



Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco

Tesis que para obtener el grado de Maestro

***“Los sabihondos impotentes”: Estado, burocracia e intelectuales
vistos desde la trayectoria formativa de Lucio Mendieta y Núñez
(1911-1939)***

Que presenta:

Lic. Natanael Reséndiz Saucedo

Asesora:

Dra. Lidia Girola Molina

Sínodo:

Dr. Alejandro Blanco

Dr. José Hernández Prado

Dra. Rocío Grediaga Kuri

Dr. Luiz Carlos Jackson

16 de mayo 2016

Índice

Introducción General	4
Estructura y justificación del capitulo 6	6
Capítulo I	12
Sociología de los intelectuales	12
La tiranía explicativa de la historia intelectual sometida al proceso político	16
Karl Mannheim: algunos marcadores de objetivación sociológica de los intelectuales: sistema de estratificación y tránsitos generacionales.....	21
El nacimiento de una “mentalidad” como efecto de la composición social	24
Sujetos portadores de ideas.....	26
Un estrato social difuso.....	28
Ben David: una lectura funcionalista de la organización científica.....	30
Los factores “extra” científicos de la institucionalización de la ciencia	34
Orientación científica y disputas de grupo.....	38
Liderazgos científicos, mentores y administración de la investigación profesionalizada.....	41
Lewis Coser: perfiles, espacios y ambientes de los hombres de ideas	46
El intelectual académico y la universidad como invernadero.....	47
Burocratización robusta, científicidad asfixiada	48
La universidad como incubadora del liderazgo político y eje de la movilidad en la estructura de dominación.....	50
El intelectual orgánico y la administración del poder público mediante el simbólico.....	51
Bourdieu: los intelectuales y la metáfora del campo de juego.....	53
Todo es cuestión de <i>habitus</i> , (casi siempre)	54
Capítulo II	60
LA BUROCRACIA “INTELECTUALIZADA” DEL ESTADO	60
Estado y burocracia: los albergues públicos del intelectual mexicano.....	63
Burocracia: una discusión tardía	65
Antes que Estado, burocracia.....	67
El Estado “oficializa” la sociedad.....	70
El problema de la legitimación letrada	74
Discursos y aparato burocrático.....	80
Funcionariado intelectual y los caudillos	82
De la fraternidad escolar a la lealtad funcional: sistema de reclutamiento, mentores y elegidos	83

Capítulo III	89
Lucio Mendieta, los avatares de un intelectual desheredado	89
Introducción: la trayectoria de un aspirante	90
Mendieta y Núñez: aspirante a intelectual ¿“desheredado”?.....	93
Origen familiar y primeros espacios de socialización.....	98
Justino Mendieta: destacado coronel antirrevolucionario	101
Un joven provinciano en las aulas de la “Ciudad Letrada”	103
Las bondades de “hacerse amigo” en años inciertos: el futuro abogado en la nómina del antropólogo.....	108
Intelectual burocrático: instituciones y reclutamiento, sus espacios y sus rutas	117
Generación de 1915	121
Ocupaciones burocráticas y giros intelectuales.....	127
Posiciones disponibles para un intelectual en México: ala burocrática-ala intelectual	129
Notas sobre la institucionalización de las ciencias sociales y su relación con el Estado	136
Conclusiones.	139
Lucio Mendieta como “caso particular de los posible”: Lógica y alcances del análisis de trayectoria	139
Bibliografía	146

Introducción General

Este trabajo es el resultado de múltiples virajes y tentativas en torno al camino definitivo que iba a adquirir la investigación en la concreción de su tema y objeto de análisis. En los primeros bosquejos de la presentación del protocolo me incliné por un estudio comparado entre la institucionalización de la sociología en México y en Argentina. La amplitud del tema rebasó por completo los recursos y requerimientos del programa de posgrado en el que estaba inscrito. Sin embargo, en esa fase de tanteo y vacilaciones, me surgieron algunas cuestiones que poco a poco fueron acotando la dimensión del problema. Una de estas cuestiones fue hacer gravitar varios supuestos alrededor de un punto de partida: la de un pretendido retraso de la sociología mexicana con respecto al caso argentino en su proceso de institucionalización, en las modalidades de su ejercicio como disciplina empírica y en los temas de investigación. Equivocadamente, pensé en un plano comparativo a Gino Germani, que realizaba investigaciones sobre procesos relativos al proceso de modernización de Argentina y ponía en el centro de esos trabajos temas como la naturaleza de la migración y su impacto en la vida política argentina y en la vida urbana; y lo contrapuse con el estado de la sociología en México donde no existía por los mismos años un sociólogo o equipo de sociólogos que se aproximara a temas semejantes, esto a pesar del intenso proceso de migración interna y crecimiento urbano que experimentó la Ciudad de México desde finales de los años 30, acompañado del fenómeno político que representó el Cardenismo, por mencionar algunos temas en los que podría encontrarse cierta coincidencia de fenómenos para establecer una base sólida de investigación.

Pronto advertí que esa serie de presupuestos además de ser inconsistentes, estaban mal orientados y no tenían posibilidad de desarrollo. Para entonces, el problema se orientó a mantener una perspectiva comparada pero ahora eligiendo dos liderazgos institucionales centrales para la disciplina en ambos países: Lucio Mendieta y Núñez y Gino Germani. Sin embargo, al consultar la bibliografía para construir el caso de Mendieta descubrí que en los trabajos relativos a su trayectoria intelectual existía una remarcada atención al rol que tuvo

como director y fundador del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) y a las distintas iniciativas intelectuales que llevó a cabo una vez que pudo consolidar su carrera como intelectual académico. La fase previa, la de su periodo formativo, en la que apenas se encuentran proyectadas sus expectativas para desarrollar una carrera dentro del mundo de la cultura o de la política, ha sido pasada a un segundo plano. Decidí aprovechar esa oportunidad para realizar una aportación, destacando algunos elementos previos que condicionaron la orientación de su itinerario intelectual en su periodo de madurez. En consecuencia, la comparación con Germani quedó descartada.

Ahora se trataba de abrir una interpretación sobre una fase del recorrido intelectual de Mendieta que no había sido especialmente trabajada. Pero quizá la parte más desafiante y de mayor motivación intelectual para esta investigación la encontré en una doble convicción: la primera, que la sola exposición del caso de Mendieta me llevaría a desarrollar algunos de los elementos más relevantes en la organización y desarrollo del aparato cultural y político, es decir, me obligaría a definir los espacios institucionales por los que los intelectuales ingresaron a las funciones públicas durante el periodo posrevolucionario. La segunda, que partiendo de un registro de análisis de los intelectuales anclado en herramientas de carácter sociológico, me sería asequible construir una tipología de trayectoria intelectual, vista bajo el régimen de condicionamientos sociales propios de la relación de los intelectuales con el poder político, en primer término; pero también con el orden de relaciones derivadas de la estructura del campo intelectual, siempre dinámica, que dispone posiciones diferenciadas para cada actor social, dotado, a su vez, de disposiciones adecuadas para el lugar que ocupa dentro del espacio social relativo al mundo de los productores culturales.

De esas premisas parte el título de esta tesis: “Los sabihondos impotentes”. El intelectual, como figura social que encierra la ambivalencia de llevar a cabo sus acciones dentro de la dimensión cultural y política, representando un activo simbólico y efectivo dentro del campo del poder, no puede evadir, paradójicamente, su posición de subordinación frente al poder político. “Sabihondos impotentes” fue en realidad el apelativo con el que Weber, en sus escritos políticos, hace referencia al papel de los intelectuales y educados que tienen alguna participación en el gobierno, ya sea en la burocracia o en el parlamento. Al discutir la reorganización política alemana, la falta de liderazgo político, el entrapamiento burocrático

del Estado, el papel político del parlamento y los partidos, Weber se percata de la impotencia política del intelectual frente al jefe político. Los intelectuales pueden llegar a constituirse como una casta privilegiada, de hecho ese era su estatus en Alemania, pero nunca podrán ocupar las posiciones de comando político de una sociedad. El sueño del Rey Filósofo termina como la pesadilla del sabio resentido. Frente al poder político, frente al fñhrer o caudillo que tiene bajo sus manos el *savoir faire* del poder, los intelectuales que se aproximan a la política terminan como “criticastros”, “trepacargos” y “esbirros serviles”, otros de los adjetivos con los que Weber ilustra la condición de “dominados” que tienen los intelectuales que participan en política; una estela que siguió de forma profunda el análisis de los intelectuales hecho por Bourdieu.

El periodo que tomamos para exponer la etapa formativa de Mendieta y sus incipientes participaciones en el campo intelectual y político van de 1911, año en que Mendieta ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria, hasta mediados de la década del 30, donde todavía puede registrarse un activismo político de Mendieta en el PNR. En medio hay una Revolución armada, una reconfiguración en la relación de los intelectuales con el poder político, el Ateneo de la Juventud, el papel y las transformaciones de la Universidad Nacional, la disputa por la hegemonía cultural y política y las luchas por la legitimación por parte de varios actores sociales, la construcción de una nueva burocracia o el reforzamiento de la ya existente, la Generación de 1915, la cruzada educativa vasconcelista, el Maximato, la campaña electoral del 29 donde se movilizó una buena parte de la comunidad intelectual y estudiantil bajo el liderazgo de Vasconcelos, la lucha por la autonomía universitaria y un enorme número de nuevas realidades que vincularon a los intelectuales con la coyuntura histórica que atravesaba el país a partir de la Revolución.

Estructura y justificación del capitulado

Para llevar a cabo tal empresa, tuvimos que tomar una postura para definir los recursos teóricos y metodológicos que nos permitieran situar a los intelectuales como un grupo social inscrito en un sistema amplio de relaciones, y evitar así la descripción, más de corte intelectualista o de la historia de las ideas, donde los condicionamientos de corte sociológico

y el contexto social son entrepuestos como telón de fondo y, en cambio, el aspecto cognitivo o la deriva conceptual adquieren un papel protagónico a la hora de trazar los momentos axiales de una tradición de pensamiento, de la trayectoria de un intelectual o de los cambios conceptuales de una disciplina.

El primer capítulo se encarga de exponer las bases teóricas que sostienen diferentes aspectos de análisis en el tratamiento sociológico de los intelectuales. Instalados bajo la convicción de que la forma de existencia social relativa al espectro de bienes simbólicos entraña una interrogación sociológica. Que el quehacer intelectual sea una actividad profesionalizada no es un hecho social que se da por descontado, se trata de un largo proceso de diferenciación social que dio como resultado una serie de condiciones para que en una sociedad sea posible la existencia de los productores culturales Su función social es la de producir, manipular y administrar la experiencia simbólica de la sociedad. Desde el punto de vista histórico, con el saber especializado, mejor dicho, al producirse la diferenciación social del quehacer intelectual, se provoca la emergencia de un grupo social autorizado por esa diferenciación. Nacen así las asignaciones a partir de la autoridad ligada al papel de los expertos, esa subpoblación certificada y legitimada socialmente.

El ajuste en la utilización de esas bases teóricas al objeto de estudio queda justificado para la exposición de aspectos específicos que ayudan a ilustrar de mejor manera el caso en su conjunto. Como veremos, desde Mannheim hasta Bourdieu, en el tratamiento de los intelectuales, las ideas son, en lugar de abstracciones autogeneradas, recursos simbólicos movilizados por grupos sociales donde poco importa qué contenido influyó para el desarrollo de tal otro contenido ideográfico. Al preguntarnos por cuáles son las posibilidades de existencia social de un cuerpo de ideas, encontramos a grupos sociales portadores de esas ideas y a las condiciones de existencia social de ese grupo o sujeto, evidentes de forma objetiva en forma de propiedades ligadas a una experiencia social específica que condiciona la serie de tomas de posición de esos sujetos, no nos encontramos al complejo inventario de ideas y abstracciones de una época flotando sobre esos grupos en una suerte de maridaje simbólico que pretende higienizarse, como falso mundo aparte, de la sociedad.

La experiencia social como historia incorporada en el sujeto, su origen social, familiar, su trayectoria formativa, sus diferentes marcas de socialización en un tiempo histórico y una

sociedad determinada, hasta la dicción que manifiesta, el vocabulario que utiliza, la expresividad del cuerpo, etc. no son meros apuntes al margen de una biografía que se queda en el recuento anecdótico, es experiencia social incorporada en el agente que deviene, a partir de estos procesos de enorme densidad, en productor cultural. Estos elementos del *habitus* propios del tipo de intelectual que tengo por objeto analizar, no serán abordados en este trabajo; realizaré más bien una selección de momentos iniciáticos de su trayectoria.

Fue gracias al esfuerzo por clarificar una trayectoria intelectual orientado por esos presupuestos de análisis, que se revelaron algunos de los rasgos políticos y sociales que caracterizaron con mayor fuerza al periodo enfocado. Uno de ellos fue que en la conformación de la alta burocracia política del periodo posrevolucionario se manifestó la relación directa entre la formación educativa y la consolidación de una carrera política. Como ningún otro autor sobre el tema, Camp apoya en ese presupuesto gran parte de sus trabajos sobre las elites políticas mexicanas.

A partir de la demanda de múltiples formatos institucionales, el líder político era, en primera instancia, un agente formado en las instituciones educativas que señalizaron la ruta de ascenso político y social desde principios de siglo hasta los cambios y reformas institucionales que experimentó el sistema educativo superior a partir de la década de los años 20. La educación “académica” colonizó territorios de acceso al poder que durante siglos habían permanecido como bastiones exclusivos del clero o los caudillos militares o políticos. Esto significó que por primera vez surgiera entre los intelectuales de la época la convicción de que su papel histórico demandaba un protagonismo que no se iba a conformar con ser servidores del poder, en cualquiera de sus configuraciones pragmáticas, sino que era el momento de tomar por asalto las posiciones de mando político más importantes. Para ello, los recursos con los que contaban serían puestos al servicio de una sola causa: consolidar su presencia como agentes centrales del alto funcionariado que dominaría la estructura burocrática del nuevo régimen.

No es posible dar una interpretación de lo que podemos llamar el proceso de construcción del sistema político mexicano emanado de la Revolución, sin atender a este rasgo característico: el grueso de la elite política mexicana se formó desde instituciones educativas comunes a la gran mayoría de sus miembros. La educación se consolidó así como una

precondición de orden social para el acceso a los más altos niveles de comando burocrático y del aparato cultural mexicano. Una serie de tensiones surgirían de la incrustación de la élite letrada en el aparato funcionariado. El proceso revolucionario consolidó a los caudillos militares como jefes políticos y colocó en situación favorable a sus respectivas camarillas. La disputa por la repartición y rotación de cargos al interior del sistema burocrático entre actores de extracción social diferenciada, ya sea por su participación directa en la revolución armada o por la nula participación en ese proceso, jefes militares en oposición a jóvenes educados dispuestos a asumir tareas disponibles para una calificación profesional especializada. Por esta razón el segundo capítulo de este trabajo se aboca a describir algunos aspectos teóricos relacionados con el Estado, la burocracia y su vinculación con los intelectuales.

A todos estos elementos que integraron el núcleo argumental de este trabajo debe agregarse un elemento prospectivo que no está desarrollado en este trabajo pero constituye una de las hipótesis más sugestivas derivadas de esta investigación: la idea según la cual una disciplina queda indiscutiblemente marcada por la naturaleza de sus liderazgos fundacionales. Al liderazgo de Mendieta al frente del Instituto se le pueden agregar algunos elementos ligados a su trayectoria formativa y a los primeros espacios de socialización política e intelectual. Eso quedará expuesto hacia el final de este trabajo.

Por último, adoptaremos una perspectiva que enfatice un análisis de trayectoria más anclado en la experiencia formativa y en las primeras etapas de socialización como intelectual o funcionario público de Lucio Mendieta y Núñez. Se encuadrará no al Mendieta consolidado como el líder intelectual encargado de realizar y gestionar las principales acciones para institucionalizar la sociología como disciplina en México, sino al joven aspirante Lucio Mendieta venido de Oaxaca con el objetivo de consolidarse como un *candidato* a la carrera intelectual. Por tanto, el grueso de la exposición está centrada en su trayectoria formativa más que en la etapa de su consolidación académica. Para los fines que esta investigación persigue, interesa menos quién fue “Don” Lucio Mendieta para la sociología mexicana, que el aspirante que afrontó una configuración social concreta desde la que proyectó sus aspiraciones intelectuales y políticas. Es decir, nos interesa más la ruta que el punto de llegada, los tramos de incertidumbre de su itinerario intelectual y biográfico que su afianzamiento como cacique intelectual en el Instituto de Investigaciones Sociales. Entonces,

fue de mayor importancia encontrar las claves de su ascenso, y no tanto los aportes que su liderazgo consolidó para la institucionalización de la sociología como disciplina autónoma.

En el periodo en que Mendieta cursó esa etapa de su experiencia formativa y de su inserción en la vida pública, las carreras intelectuales y políticas experimentaban una consolidación precoz. Mendieta entra a la carrera intelectual como un miembro subordinado que a su vez aporta experiencias sociales que comenzaron a tener mayores espacios a partir de la deriva revolucionaria. Su interés por el derecho agrario, por ejemplo, no puede desligarse de su experiencia formativa y tutelar que significó la cercanía con Manuel Gamio ni de las nuevas orientaciones en las políticas de Estado.

Nos inclinaremos más por preguntarnos cuáles eran los caminos disponibles para convertirse en un intelectual dependiendo de las características específicas del candidato a esa carrera o a las modalidades que ofrecía el mundo intelectual de ese momento. De tal suerte que, con el fin de desarrollar este propósito, serán seleccionados espacios sociales concretos como las instituciones educativas de nivel medio y superior, se mencionarán contextos sociales y culturales, se trabajará en torno al proceso de construcción de instituciones políticas como el Estado y su aparato burocrático y se realizará un análisis de las elites que conformaron las respectivas comunidades intelectuales y políticas.

Al adoptar esta perspectiva, la noción de elite no será restrictiva a los agentes que conforman la clase política. Es importante advertir lo anterior por el hecho de que en México los intelectuales tuvieron un papel preponderante en la conformación de las elites políticas o, cuando menos, formaron parte de la alta burocracia del Estado. En consecuencia, el uso de la categoría de élite como grupo social diferenciado, estará fuertemente ligado al concepto de poder y prestigio, como lo señala Needell: “el poder que deriva de la riqueza, la ocupación y el status social reconocido, además de la posición política, y con mayor frecuencia el poder que deriva de una combinación integral de todos estos factores” (Needell, 2012: 367). El hecho de que se adopte una perspectiva de encuadre de las élites intelectuales y políticas no quiere decir que todos los procesos o figuras sociales que actúan al margen de las élites no adquieran una importancia analítica. De hecho, es en la exposición del carácter dicotómico característico de la composición del campo intelectual donde se encuentran las lógicas de fuerza en la lucha por la hegemonía cultural y política. Luchas entre ortodoxos y heterodoxos,

establecidos y advenedizos, dominantes y dominados, herederos y desheredados, se convierten en las dinámicas en torno a las cuales se establecen las coordenadas que organizaron el mundo cultural, las instituciones académicas y el impulso de nuevos enclaves disciplinarios ligados a las ciencias sociales.

Por tanto, lo que la estructura de este trabajo revela en última instancia es la intención de proponer un análisis de trayectoria que vaya acompañado de herramientas de uso sociológico sin olvidar que se está trabajando con cuestiones relativas a un pasado histórico. Por eso el entrecruce de la sociología y el dato histórico, del análisis sincrónico del espacio social combinado con la descripción diacrónica del hecho histórico, serán los ejes vertebradores de todo el trabajo.

Así es como adquieren una lógica interna el enlace de los tres capítulos: un primer capítulo teórico y preliminar, sin apenas asomo del caso empírico; un segundo capítulo que comienza a ensamblar el caso desde una perspectiva que enfoca procesos macro sociales como el Estado, la burocracia y el rol de los intelectuales en ambas dimensiones; y por último el caso concreto de Lucio Mendieta que en el tramo que analizaremos aspiró a una carrera intelectual condicionado por el sistema de fuerzas descrito en su forma más global en el segundo capítulo, y en su forma teórico-práctica, en el primer capítulo.

Capítulo I

SOCIOLOGÍA DE LOS INTELECTUALES

“Nosotros, como sociólogos, debemos entender que las ideas son objetos sociales (y no ideales), es decir, formas en las que están sedimentadas determinadas experiencias sociales que se trata de reconstruir. Entonces, las ideas de los autores tienen que ser necesariamente comprendidas colocándolas sobre el trasfondo de la experiencia de sus autores, con todo lo que la palabra experiencia implica: origen social, socialización, estado del campo intelectual, etc.”

Alejandro Blanco, (2016)

Introducción

Intelectual público, orgánico o independiente, intelectual burócrata, intelectual comprometido, caudillo intelectual, intelectual de derecha, de izquierda, intelectual académico, intelectual católico, intelectual total, conservador, de vanguardia, intelectual mediático, crítico, radical, libre pensador, ideólogo, profeta, visionario, maestro, sabio, hombre ilustrado, culto, de letras, especialista, asesor, experto, hombre docto, técnico, hombre de ciencia, campo intelectual, exilio intelectual, impostura intelectual, autor intelectual, comunidad intelectual. Un sinfín de usos del sustantivo y otros tantos adjetivos agregados engrosan un insondable campo semántico manifiesto en usos, prácticas, instituciones, actores y relaciones sociales.

A lo largo de la historia, los intelectuales han sido abordados desde distintos ángulos, intentando encontrar las claves explicativas de su función social, de su especificidad como grupo diferenciado del resto de la sociedad, la naturaleza de sus intervenciones y la situación histórica en la que, tomando en cuenta la variabilidad de cada caso, se encuentra la intelectualidad frente al espacio político. Dedicados al tráfico simbólico, los intelectuales son actores sociales que ante todo representan formas y relaciones sociales y ámbitos de acción. El propósito de este capítulo es exponer algunos criterios analíticos de orientación sociológica que han puesto su atención en algunas dimensiones derivadas del estudio de los intelectuales.

La base teórica que a continuación exponemos fue el resultado -como no podía ser de otro modo- de una selección arbitraria. Se apoya en una serie de autores que desde distintos ángulos han puesto su atención en el estudio sociológico de los intelectuales, sus espacios y sus funciones dentro de la sociedad. El criterio de selección fue en todo momento orientado por la definición del objeto en la medida en que, como caja de herramientas analítica, se ajustaban al tema o subtemas de este trabajo. Por esta razón, es posible leer este capítulo como una referencia teórica paralela a los dos capítulos restantes donde abordo el caso particular del rol de los intelectuales mexicanos en contexto histórico, o, mejor dicho, en las particulares circunstancias del reacomodo de sus funciones en la reorganización del Estado y su aparato burocrático durante el periodo posrevolucionario.

De manera constante, advertimos la necesidad de restringir la teoría a las posibilidades de su uso, es decir, a su pertinencia práctica aplicada al trabajo de construcción del objeto, situado históricamente bajo coordenadas empíricas. ¿Cómo esta serie de autores interpela mi trabajo y cuál es su uso concreto? A primera vista, se objetará la presencia de autores de origen alemán que exponen problemas concretos en torno a cuestiones relativas al mundo intelectual alemán durante el siglo XIX y el primer cuarto del XX. Esto tiene dos justificaciones, una epistemológica, que al mismo tiempo da cuenta de una tradición; y la otra, pragmática, que se deriva de la pertinencia comparativa entre la experiencia histórica del caso alemán y algunas características del mundo intelectual mexicano durante el periodo de la posrevolución.

La primera sigue la estela dejada por Max Weber cuando afirma que la ciencia tiene un origen religioso. Según Weber, lo que secularmente se denomina como la búsqueda de la verdad no es sino un lenguaje eclesiástico secularizado. Weber encuentra un proceso de secularización y racionalización en la doctrina religiosa. Afirma que las figuras racionalizadoras de la religión son los profetas, el mago, el sacerdote, pues por medio de ellos se monopolizó el mensaje sagrado al quedar en manos de personas especialmente asignadas para esa tarea, en claro contraste con los laicos o profanos (Weber, 1981:328-376). Esa afirmación dejaría resonancias no solo para el ámbito de la tradición alemana, sino que en distintas versiones lograría incrustarse en tradiciones ajenas a esa tradición. Prueba de ello es que tanto Ben-David como Bourdieu (Bourdieu, 2014:43-63) uno de tradición funcionalista y el otro inscrito en la sociología de la cultura o reflexiva, tomaron ese presupuesto como base para algunas de sus argumentaciones más desarrolladas.

En segundo lugar, es preciso que quede claro que no se trata de un planteo comparado del caso alemán y el mexicano relativo a la organización de su mundo intelectual. Lo cierto es que ha sido posible trazar analogías comparativas por la extrema similitud de ambos procesos que, para el caso alemán, dieron pie a la formación de un canon para el análisis sociohistórico de los intelectuales. Las condiciones metodológicas permiten una exposición por analogía de ambos casos, advirtiendo las insalvables diferencias en cada proceso pero enfatizando esas analogías con carácter heurístico que, extrayendo conclusiones de la experiencia histórica del caso alemán, den luz al caso mexicano expondré. Al abrir el eje de

contraste entre el caso alemán y el caso mexicano se revelaron profundas coincidencias: en ambas sociedades la emergencia del intelectual se experimenta en un entorno fundamentalmente agrario, de carácter fuertemente tradicional, sin actores económicos y sociales autónomos, una autoridad central poderosa, vertical y patrocinadora de las grandes empresas culturales, una entrada dilatada a la modernización, una movilización discursiva y cultural que solicitó agentes legitimadores y que les permitió el acceso a los estratos dominantes, sistema de reclutamiento análogo para la incorporación de la casta educada para los altos puestos de la estructura burocrática, sistema de mentores y liderazgos institucionales similares. Cada uno de estos elementos encontró un correlato entre ambas experiencias.

Así, por ejemplo, Mannheim, como uno de los primeros sociólogos en estudiar a los intelectuales como grupo social concreto, nos ayudó a problematizar el lugar del intelectual dentro del sistema de estratificación, a definir algunas de sus funciones sustantivas, así como los mecanismos de filiación ideológica del intelectual. Registra, como lo hace también Fritz Ringer (1995), desde un punto de vista sociohistórico, los movimientos de un pequeño grupo que reacciona ante coyunturas históricas transformadoras. Ben David, por su parte, fue pertinente para estudiar el surgimiento de la profesión académica y los centros universitarios y de investigación y el impacto social que tiene este proceso, marcador central para nuestro caso de estudio. El estudio clásico de Lewis Coser nos ayuda a ubicar a los intelectuales en distintos ambientes culturales, dándole un rastreo a las mudanzas de domicilio espacial y simbólico que a lo largo del tiempo han configurado tanto al intelectual como a sus productos. Cabe advertir que, si el espectro teórico-práctico que expondremos en este primer capítulo está espaciado en diferentes dimensiones, tanto de orden general como específico, para nuestra perspectiva más concreta, centrada en el caso de un intelectual mexicano en un determinado tiempo histórico, el punto de apoyo “local” no puede ser otro que el trabajo desarrollado por Roderic Camp. Por esta razón he decidido ensamblarlo con los capítulos subsiguientes y no, como podría suponerse, en este capítulo centrado en exponer una perspectiva de análisis sociológica sobre los intelectuales. La objetivo principal es poder establecer una perspectiva sociohistórica que dé cuenta, en primer lugar, de la identificación de los actores que van a pertenecer a un proceso determinado, para después observar dónde está parado el intelectual, cuál es el sistema de intereses, las motivaciones, el origen social, los condicionamientos desde y por los cuales toma ciertos cursos de acción y no otros.

La tiranía explicativa de la historia intelectual sometida al proceso político

¿Qué clase de actor social es el intelectual? ¿Es posible “objetivar” sociológicamente a un grupo social tan difuso que no compone un estrato social claramente identificado? ¿Cuál es la función que juega dentro de la estructura que organiza el poder en una sociedad o, mejor dicho, puede entenderse su rol sin relacionarlo con la esfera del poder? La gran mayoría de planteamientos revisados sobre la relación de los intelectuales y el Estado en México parten de un relato más cercano a la historia intelectual y la historia política de ese periodo. La intensa participación de los intelectuales en vida pública se toma, por tanto, como parte del mismo proceso. Dicho de otra manera, la historia intelectual, con su gran amalgama de actores y tendencias ideológicas son enlazadas a la historia política, que a menudo se confunde con la historia social de esos actores y sus orientaciones y prácticas intelectuales. De hecho es especialmente notable el núcleo de coincidencias en que los diferentes autores analizan procesos, personajes y generaciones. Los relatos son contados como una historia diacrónica que se hace cargo de la temporalidad y los vaivenes de la secuencia cronológica, seleccionando factores y hechos que son considerados decisivos para conformar un relato panorámico, el telón de fondo es la evolución histórica. En términos generales, se describe al intelectual como navegando entre un mar de coyunturas políticas que de un modo u otro fue sorteando, siempre sobre la línea de flotación de la historia “oficializada” por la tradición historiográfica de la Revolución mexicana, de la cual no son pocas las ramificaciones y tendencias. Estas, a su vez, tienen como común denominador el predominio del gremio de los historiadores donde destacan los mexicanistas norteamericanos o de los historiadores que trabajaron y se formaron en instituciones nacionales.

Cuando Javier Garciadiego (2010: 33-44), por ejemplo, reconstruye el vínculo entre los intelectuales y la Revolución mexicana no encuentra la solución para desanudar una contradicción: por un lado, señala que fue la Revolución mexicana el hecho decisivo que *marcó hacia dentro* (al obligarlos a “diseñar, moldear y defender su propio proceso”) y *desmarcó hacia afuera* (apartándolos de cualquier reflexión sobre sucesos históricos más allá de sus fronteras) a los intelectuales mexicanos, dándoles un aire de singularidad en relación

a los intelectuales latinoamericanos; y por el otro lado, somete toda la lectura de los intelectuales y la Revolución a “particularidades históricas” con “tendencias generales”. La contradicción consiste en que la mentada singularidad es absorbida y neutralizada por una periodización sin ninguna singularidad, es decir, apegada al relato convencional, no de los intelectuales como un capítulo aparte, sino del proceso histórico más global, el de la Revolución mexicana, desde donde los intelectuales son vistos.

Así, los intelectuales que participaron en la arena más propiamente política, como aquellos que tuvieron un papel importante en las disputas parlamentarias y en las convenciones que darían forma al texto constitucional, quedan como el tercer apéndice de la relación entre la política y los intelectuales (Camp, Hale y Zoraida, 1991). Antes que estos cabilderos letrados que se empujaban y confundían con los políticos y militares de cepa, el primer sitio lo ocupan -para la historiografía más tradicional- las grandes figuras públicas, los grandes hombres de la cultura, los Reyes, los Vasconcelos, los Paz, los Fuentes; después están los ambiciosos jovenzuelos con competencias especializadas para la alta administración. Esa es la radiografía del aparato cultural mexicano recompuesta una y otra vez por las “historias” más influentes de la historiografía mexicana que reproducen, con mayor o menor intensidad, un encantamiento romantizado del periodo revolucionario y de los intelectuales que se articularon en torno a ese suceso catalizador de la historia moderna de México.

Garciadiego introduce el tema de los intelectuales a la columna vertebral de la versión que él tiene de la Revolución y deduce de ahí el aspecto más específico de los intelectuales mexicanos en la primera mitad del siglo XX. Como muestra está la periodización que lleva a cabo: Ateneo de la Juventud, Generación 1915, nacionalismo cultural, Contemporáneos, exilio español, generación de medio siglo. Y de nuevo una “etapa histórica” como determinante definitivo para los grupos intelectuales: *“Había un “entonces” y surgía un “ahora”. En los intelectuales se reflejaría ese cambio. Comenzaron a desaparecer físicamente los intelectuales determinados por el proceso revolucionario y surgieron otros, determinados por el nuevo contexto histórico...”* (2010: 41).

Por su parte, Enrique Krauze, si bien es cierto que presenta una posición más heterodoxa con su libro *Los caudillos culturales de la Revolución*, en trabajos posteriores recurre a herramientas tradicionales de su oficio e incluso señala que una mezcla de disciplinas en el

tratamiento con perspectiva generacional puede provocar, por ejemplo, “*una intromisión de la psicología social en la historia que las distorsiona a ambas*” (Krauze en Camp, Hale, 1991: 583). De hecho, Krauze asume el “método generacional” para dar una perspectiva amplia del mundo cultural en México durante el siglo XX confiado en que bajo esa perspectiva se revela “la problematicidad histórica de la cultura”. Sin embargo, el uso del método solo refuerza su linealidad histórica sin darle oportunidad de enfatizar elementos que él mismo señala, pero que pierde inmediatamente de vista, como la contemporaneidad y el sentido de destino colectivo, y que, muy probablemente a través de Ortega y Gasset y su contacto con el vitalismo de Dilthey, se encuentran alterados por el imperativo cronológico y por otra característica que reduce el campo de análisis: el centralismo del aparato cultural en México.

Y lo reduce bajo la justificación, por lo demás cierta, de que la vida cultural que organizó y fue organizado por el trabajo del campo intelectual en México tuvo una baja densidad de actores que se movieron dentro de una localización bien delimitada, la Ciudad de México. En cierta medida lo que Krauze insinúa es que esta baja densidad y esta domiciliación centralizada en el desarrollo de la cultura en México facilita una fotografía “impresionista”, pero de contornos claros. Sin embargo, la morfología interna del problema permanece relativamente intocada, a no ser que, de nuevo, sea la pauta del acontecer en el ámbito político la que sirva como instrumento de interpretación para entender las transformaciones al interior del campo intelectual.

Otra de los bemoles de la perspectiva enfocada en la cronología histórica es tomar como dato que el actor social puede verse así mismo dentro de ese campo asumiendo una misión y reportando plenamente el rol histórico que le corresponde. Se toma la autorrepresentación del intelectual como fuente documental sumamente atendible para la objetivación. Como testigos inmediatos de su vivencia histórica, los intelectuales mexicanos de la posrevolución construyeron en muchos casos una idea de sí que rebasaba la esfera de sus competencias y se invistieron como “delegados” de la misión revolucionaria encarnada en su propia trayectoria biográfica. Esta convicción cruzó, como veremos más adelante, las mitologías edificantes del intelectual que se erige como un elegido, capaz de llevar sobre sus hombros misiones heroicas, cuyo misterio de la “representación carismática de la producción y de la

recepción de las obras simbólicas” está vedado para el resto de los hombres. Los biógrafos e historiadores, en su afán por encontrar los detalles más reveladores, los guiños más significativos, acumulan, como señala Bourdieu, un sinfín de *“documentos pacientemente exhumados y se condenan al destino de esos geógrafos, cuyo preocupación de fidelidad a lo “real”, los condena, según la parábola de Borges, a producir un mapa tan grande como el país”* (Bourdieu, 2014: 24)

El problema de estas perspectivas es que sacrifican al actor social, en este caso, el intelectual, y a sus relaciones inmediatas, inscribiéndolo a una línea de narración histórica, atenazada por procesos más generales, sobre todo de orden político. Nuestro objetivo es ensayar una interpretación que no soslaye la historia política, sino que la mantenga sólo como escenografía de fondo donde los rasgos escénicos más relevantes sean aspectos de morfología social dados por unidades de análisis, por decirlo de algún modo, de menor escala, sobre todo si lo que se trata de impugnar es la primacía que le otorga a los grandes rótulos de la historiografía tradicional que echa a andar los tanques semánticos de la “Revolución mexicana”, el Estado posrevolucionario, los Sonorenses, el partido, etc.

Ante este panorama, advertimos que este trabajo adopta una perspectiva donde tanto el planteamiento como el problema mismo de la relación de los intelectuales con el poder político, tengan una orientación sociológica de análisis. Sigue siendo pertinente la advertencia de Mannheim que previene al quehacer sociológico de pensar que está objetivando un problema cuando solo da cuenta de una “historia dogmática”, hay que poder dilucidar, sostiene Mannheim, *“la situación interna del planteamiento de la cuestión, para poder asegurar así nuestro propio acceso a la solución de la misma”* (Mannheim, 1993: 193)

Partiendo de ahí, notamos cómo esa morfología, es decir, cómo esa tensión de fuerzas en un determinado momento del tiempo histórico condicionan la acción social que, bajo un encuadre más específico, permite hacer una objetivación más concreta de los intelectuales. Dicho de otro modo, tomar la acción social en un sentido amplio en el cual pueda observarse que...

...“una pluralidad de individuos está atravesada por procesos subjetivos (y los individuos son los únicos capaces de tales procesos) que orientan la conducta sobre la base de formas comunes en los modos de definir y evaluar la situación en la que se encuentran, dirigiendo

tal conducta a intereses (¡materiales e ideales!) compartidos, generando disposiciones relativamente estables para accionar en vista de tales intereses.” (Poggi, 2005:117)

Tomar el análisis únicamente desde la línea horizontal del tiempo soslayando el cruce y la intersección de la espacialidad el mundo social extirpa, entre otras cosas, el factor del conflicto y la puesta en juego de condicionamientos sociales internos que escapan a la periodización histórica más general.

Como indica Bourdieu, la dinámica interna de un determinado campo no puede ser captada “si no es mediante un análisis sincrónico de su estructura y, simultáneamente, no podemos captar esa estructura sin un análisis histórico, esto es, genético de su constitución y de las tensiones que existen entre las posiciones en su seno, así como entre dicho campo y otros campos, y especialmente el campo del poder (Bourdieu, 2014:126). A partir de la objetivación del campo del espacio social es posible determinar de qué modo determinado actor está condicionado por esa dinámica de relaciones. Esta perspectiva queda fuera del alcance de una periodización lineal apegada al suceso histórico; dicho de otra manera, el ritmo de la historia somete el acontecer social. No tematiza, por dar un ejemplo, la paulatina racionalización del Estado – ni las peculiaridades de esa racionalización- a partir de la ampliación de la administración pública, rubro donde los intelectuales cobraron una importancia crucial.

En contraposición a este presupuesto, la objetivación del campo de fuerza que se ejerce y ejercen los intelectuales en el mundo social se hace a partir, si se pudiera utilizar una imagen gráfica, del eje vertical que representa no solo la experiencia del tiempo que condiciona a los actores, sino la experiencia en un espacio social. El volumen de estas configuraciones o morfología social no está dado únicamente por la forma narrativa del suceso histórico. Ni siquiera el acontecer histórico, por más robustas que sean sus consecuencias en la vida social, es la unidad que determina todos los fenómenos alternos o subalternos que rodean a un hecho histórico que convalida...

... “la sobreacentuada unidad del tiempo (el espíritu del tiempo, el espíritu de una época). La unidad de una época no tiene impulso dinamizador alguno, no cuenta con ningún principio formativo unitario; carece, por lo tanto, de entelequia. Su unidad consiste, a lo sumo, en una situación de afinidad en cuando a los medios que un mismo momento de tiempo pone a disposición de la generación para las distintas tareas (Mannheim, 1993:202).

Es innegable que los eventos disruptivos impactan a los actores e imprimen una marca indeleble en el curso de su historia biográfica o generacional, de hecho, suelen ser estos eventos las incubadoras de nuevas generaciones. Por esta razón es impensable que se extraiga el proceso revolucionario en México de cualquier análisis serio sobre la organización del campo intelectual mexicano. El propósito no es deshistorizar la relación entre los intelectuales y el estado bajo la justificación de un análisis que parta de una sola disciplina, en este caso la sociología, para encarar al objeto solo desde determinaciones internas de esa disciplina. Lo que sostenemos es que podemos ampliar el espectro de interpretación al localizar una serie de relaciones antagónicas y diferenciadas al interior de ese grupo social, captar a los actores sociales en ese doble eje: historia y sociología.

Objetivar a los intelectuales desde una entrada sociológica, significa reconocer que se está construyendo un objeto a partir de aspectos socialmente relevantes que lo afectan. No es la importancia “sociopolítica”, ni la pertinencia que un problema adquiere desde afuera lo que guía la objetivación. Se trata de una aplicación ceñida a la propia construcción de objeto donde los “datos” funcionen en el marco de una serie de hipótesis que tengan su apoyo en el esquema teórico.

De acuerdo a nuestro propósito, estos “datos” nos sugieren la existencia de un patrón singular del intelectual mexicano durante ese periodo de tiempo que se define en medio de otros caminos y otra posible tipología de intelectuales. Para sintetizarlo, *el interés está puesto en ese intelectual sin capital cultural ni social heredado por la familia, que tuvo que abrirse paso mediante cuotas compensatorias en su actividad intelectual y política para paliar ese déficit.*

Karl Mannheim: algunos marcadores de objetivación sociológica de los intelectuales: sistema de estratificación y tránsitos generacionales

Desde puentes analíticos sociológicos podemos extraer líneas de interpretación ampliadas, a pesar de que a primera vista tiendan a un procedimiento más acotador que extensivo. La relación de los intelectuales con el sistema de estratificación social, su colocación frente a dinámicas de status y las transformaciones concretas de los roles que desempeñan, son

cuestiones que se deslindan de tratar a los intelectuales como una población examinada en función de parámetros sociológicos. Mannheim, dentro de los muchos ángulos en que aborda el problema, apunta que la dificultad de establecer líneas de observación para grupos sociales, en nuestro caso, los intelectuales, estriba en que no se les mira bajo sus estructuras más básicas, por ejemplo, el tipo de mancomunidad (familiar, ideológica, comunitaria) que los identifica como grupo. Pero Mannheim aprieta aún más las cosas empujando hasta el centro una categoría sociológica, la “situación de clase”. La operatividad analítica a partir de la introducción de esta categoría desborda el punto de partida más explícito del problema, ya no se trata solo de la temporalidad compartida y la coincidencia de influencias compartidas, *“la posición que están destinados a tener determinados individuos dentro de la contextura económica y de poder de su respectiva sociedad”*, como Mannheim define la situación de clase, es un elemento que engloba tanto la mancomunidad como las afinidades que cohesionan al grupo pero a partir, y esto es el rasgo distintivo, de la posición que se ocupa frente a una pluralidad de ámbitos sociales (Mannheim, 1993:207)

Explicar a esos actores como parte de un grupo anclado en un contexto forma parte de la objetivación del espacio social, requisito previo para entender esa estructura morfológica como la plataforma desde la que ellos intervienen en la vida pública. La relación entre ideologías o sistemas de pensamiento y los grupos sociales que los abanderan no tiene un carácter abstracto pues:

“no separa los modos de pensamiento que tienen una existencia concreta, de la trama de la acción colectiva, por medio de la cual descubrimos por primera vez el mundo en un sentido intelectual. Los hombres que viven en grupos no se reúnen, en un sentido meramente físico, como individuos aislados. No se enfrentan con los objetos del mundo desde las abstractas alturas de una mente contemplativa, ni lo hacen exclusivamente como seres aislados. Al contrario: actúan unos contra otros, en grupos organizados de diferentes maneras, y al hacerlo piensan unos con otros y unos contra otros. Esas personas vinculadas en grupos luchan, de acuerdo con el carácter y la posición de los grupos a los cuales pertenecen, con el objeto de cambiar el mundo circundante de la Naturaleza y de la sociedad o de esforzarse” (Mannheim: 1993: 3)

Lo que se concibe en un sentido amplio como intervención concreta de una generación de intelectuales en la vida pública, como agentes centrales de un proceso cultural, no podría explicarse, según Mannheim, sin la proximidad física de sus miembros y su ubicación en un espacio en común de acción, dentro de una posición frente a otras posiciones, en la medida

en que cada uno de ellos tiene una referencia recíproca, inmersos en una relación objetiva que ofrece la posibilidad de determinados cursos de acción al tiempo que cancela otros.

En el análisis que ofrece Mannheim, los alcances de la categoría de “generación” no se limitan a la de los grupos de intelectuales que se suceden en el tiempo, pero cobra un singular matiz al momento de dar luz a estos grupos en los que se subrayan distintos registros con los que Mannheim describe esa categoría social. Señala, por ejemplo, que una generación tiene una caducidad, inherente a su desarrollo, que limita la vida activa en el mundo cultural como contemporaneidad histórica, pero que, dicha caducidad formal no impide la herencia transgeneracional que tensa el hilo de una tradición basada en la mutua pertenencia a un legado y a un punto de vista común, como una suerte de agregado de experiencia histórica acumulada en el tiempo:

“Pertenece a un grupo no sólo porque nacimos en él o porque confesamos formar parte de él, ni porque protestamos serle fieles y acatar sus mandamientos, sino principalmente porque vemos el mundo y ciertas cosas del mundo en la misma forma que éste los ve (esto es, con el sentido que el grupo les presta)” (Mannheim: 1993: 19)

Sin embargo, no todo es cuestión de transiciones de reguladas y dúctiles. Los procesos de ruptura son también escenarios comunes en el recambio de una generación a otra. Dentro de una parábola más o menos extendida de tiempo histórico existen generaciones que pueden neutralizar el conflicto para minimizar el impacto del cambio. Esto es posible por la infiltración de miembros que deambulan, en términos de edad y funciones, entre dos generaciones y son perfectamente ubicables en la zona fronteriza entre ambas.¹

Son estos eslabones con los que Mannheim trabaja la idea del tiempo como el factor que atraviesa la génesis de una tradición de pensamiento e incorpora la noción de estatus para el análisis del conservadurismo como ideología. En el estatus puede verificarse la sedimentación de tiempo acumulado, una idea que dentro de la tradición sociológica ayudó a descubrir cómo los grupos sociales logran estabilidad y cohesión interna. (Mannheim 1993; Elias, 1976; Ringer, 1995). El imperativo del tiempo histórico puede clarificar algunas de sus motivaciones, pero de ningún modo las agota; es más, la dificultad para que la historia logre

¹ Es importante apuntar que nuestras dos coordenadas generacionales inevitables están atenazadas por la vinculación entre el llamado Ateneo de la juventud y la Generación de 1915. Veremos que son varios los personajes transicionales que protagonizaron y delinearon los contornos tanto de una generación como de otra.

colarse como herramienta analítica precisa renunciar a una generalización abstracta del tiempo histórico, “*es decir, lo que Hegel denominaba Zeitgeist y Mill, “la característica de una época”*”. Donde antes funcionaba esa identificación intuitiva de unidades, ahora debemos contentarnos con la búsqueda empírica de pluralidades” (Schorske, 2011: 20).

El nacimiento de una “mentalidad” como efecto de la composición social

La pregunta guía para Mannheim es cómo se forma una ideología política a lo largo del tiempo. Para Mannheim, el estudio del conservadurismo alemán revela la movilidad restringida de una ideología, sustentada por un grupo social, que se autoabastece así misma sin tener una posición activa en términos políticos. El conservadurismo, de la mano de los intelectuales que lo promovieron, tendrá un impacto menor en términos de desarrollo de un proceso cristalizado, por ejemplo, en movimientos u organizaciones políticas:

“... en Alemania detrás del conservadurismo había medio siglo de desarrollo intelectual ininterrumpido. Había tenido tiempo para educarse y equiparse filosóficamente sin tener que luchar con las exigencias de una vida parlamentaria que, enredándolo constantemente en una lucha de facciones, indudablemente habría quebrantado su pureza y consistencia (Mannheim, 1963:92).

A partir del estudio sobre el pensamiento conservador en Alemania, Mannheim nota que la reacción a la Revolución francesa se nuclea en el estrato conservador de un grupo social que advierte un momento regresivo en el ámbito de la cultura alemana y busca cerrar filas en un movimiento de defensa. Al rastrear las características de ese grupo y circunscribirlo a la dinámica de su configuración social, Mannheim pone el acento no en las obras ni en el contenido conceptual del conservadurismo sino en sus *portadores*. Lo novedoso de esa tarea es que no examina a su objeto de estudio desde el mapeo de ideas y las tradiciones filosófico abstractas que las sostienen.

“El principal indicio de que hay alguna conexión entre la existencia y el destino de grupos sociales por un lado, y ciertos estilos de pensamiento por otro, es que generalmente se hallará que la quiebra súbita de un estilo de pensamiento corresponde a la caída súbita de los grupos que lo sustentaban: de manera análoga, la amalgama de dos estilos de pensamiento corresponde a la amalgama de los grupos”. (1963: 87)

Su búsqueda está dirigida a entender esas ramificaciones reaccionarias a partir de las raíces y signos más característicos de esa “mentalidad”, propia de las élites dirigentes, desarrollada

en medio del singular camino de ingreso de la sociedad alemana a la modernidad. Los puentes de carácter histórico en los que se apoya siguen la misma ingeniería constructiva que parte de la Revolución francesa como la bisagra que da inicio a transformaciones que se incorporaron y procesaron para cada sociedad a distintos ritmos. ¿Cuáles fueron las rutas de acceso y las aduanas que Alemania experimentó en este proceso de influencia y reacción ante la revolución francesa?

En Alemania, antes que una reacción política, hubo una respuesta *intelectual* a “la presión ideológica de la Revolución Francesa” con el fin de contraponer “*un contramovimiento intelectual que conservó su carácter puramente intelectual durante mucho tiempo y que pudo así, desenvolver sus premisas lógicas en la mayor medida posible*” (1963: 93). Si no hubo una movilización política la razón consiste en que no existía un factor burgués de clase lo suficientemente vigoroso para abanderar cambios políticos radicales. En cambio, en medio de ese orden social de tipo estamental, existe un estrato social clave que mantiene una inconsistencia oscilatoria al no ser estrictamente ni noble ni tampoco identificado con los sectores bajos. Por otro lado, los verdaderos activos e iniciativas políticas estaban en manos de la monarquía y la nobleza.

Entre tanto, al llegar los primeros impactos de la Revolución, la monarquía en Alemania ya ha iniciado esfuerzos de centralización política y cultural. Gracias a su alianza con agrupaciones profesionales que ocupan puestos en la estructura burocrática, el monarca finca un cerco a la nobleza y promueve la movilidad de grupos anteriormente desplazados con el fin de fortalecer los mecanismos y la efectividad de la centralización política. La Revolución francesa desencadena entonces una oposición “feudalista” por parte de grupos sociales que se vieron afectados por ella, sobre todos los grupos dirigentes que vieron amenazadas sus prerrogativas. La nobleza por ejemplo, afirma su carácter estamental como forma de derecho propio para defenderse frente al monarca y otras formas de vínculos sociales son movilizadas ante la amenaza. Los principios de resistencia,

“... fueron recogidos y desarrollados nuevamente, al principio por los estratos sociales e intelectuales que permanecían fuera del proceso capitalista de racionalización o que por lo menos representaban un papel pasivo en su desarrollo. Las relaciones personales concretamente humanas que anteriormente tenían el predominio se mantuvieron vivas en formas y grados diferentes primordialmente en los estratos campesinos, en los grupos

pequeño-burgueses que descendían directamente del artesanado de tiempos pasados, y en las tradiciones aristocráticas de la nobleza” (Mannheim, 1963:99).

Aparece en ese contexto un grupo minoritario que se filtra en medio de la disputa para llevar a cabo un proyecto de unificación cultural de alto impacto en la sociedad germánica. Este pequeño estrato vio así la posibilidad de sustituir su impotencia política por medio de su papel activo como forjadores de la idea de nación y el desarrollo de la *kultur*. Los hombres letrados de ese sector son los portavoces de ese conservadurismo que promueve un antagonismo ideológico a las ideas ilustradas:

“Que el conservadurismo haya sido llevado en Alemania hasta sus últimas conclusiones lógicas, y que la antítesis en la Weltanschauung de la época sea tan fácilmente visible, puede atribuirse en parte a la falta de una clase media importante, capaz de mantener un equilibrio social independiente y producir, así, una síntesis intelectual independiente entre los dos extremos. Si existió una clase media, se desarrolló intelectualmente dentro del marco del conservadurismo” (Mannheim, 1963:93)

Sujetos portadores de ideas

Para Mannheim, la atención no está puesta en las ideas sino en los portadores de esas ideas, ya sean grupos o individuos, que conforman un estrato social. Las personas adoptan una representación del mundo a partir de la representación que les provee su grupo de pertenencia.

Mannheim también señala las virtudes de una sociedad diferenciada con un grado importante de división del trabajo, pues es ahí donde es posible la pluralidad de pensamiento y el desarrollo de diferentes tendencias ideológicas. Para él, “situar” una obra significa reconstruir su contexto, su “milieu social” desde el cual adquiere sentido. En este punto es extraordinariamente afín Pierre Bourdieu cuando ataca el presupuesto del artista como creador que establece una “relación encantada” con la obra para convertirla en una singularidad irreductible (Bourdieu, 2014, 26). Entender las variaciones en la dinámica interna de un grupo social es tanto más importante como analizar la evolución interna de su producción intelectual, política o artística, más aún, sin lo primero no es posible entender lo segundo. Mannheim describe de esta forma su propuesta:

“Queremos describir sus diferentes modos de ver las cosas como si reflejasen las perspectivas cambiantes de sus grupos; y por este método esperamos hacer ver la unidad interior de un

estilo de pensamiento y las ligeras variaciones y modificaciones que el aparato conceptual de todo el grupo debe sufrir al cambiar la situación del grupo en la sociedad” (Mannheim, 1963: 87)

No basta atender solo el orden intrínseco del grupo como si se tratara de un juego a puertas cerradas en donde la composición interna definiera de manera compacta y unívoca la posición del grupo, haciendo de este una entidad autorreferencial e impermeable; es necesario atender la situación del grupo dentro de la estructura social, al lado de otros grupos diferenciados. No son las ideas las que generan afinidades de grupo, es sobre todo la morfología del grupo quien altera el régimen ideológico al que están adscritos. Y debido a la división del trabajo en las sociedades modernas, ciertos grupos sociales están en condiciones de producir, manipular y promover “significaciones” para su uso y cumpliendo funciones distintas incluso ahí donde diferentes grupos se sirven del mismo concepto.

Cuando se dice que los grupos sociales o los individuos ligados a esos grupos son “portadores” de ideas o tendencias de pensamiento, se infiere el hecho del carácter móvil y transferible de esas tendencias y que, en consecuencia, no son poseedores nominativos y exclusivos de la ideología con la que se identifican como grupo, sino, más bien, con una situación concreta del grupo que funciona como “fuerza dinámica” que subyace al “carácter cambiante” de una ideología y *“actúa muy profundamente por debajo de la superficie concreta de los diferentes modos de autoexpresión”* (Mannheim, 1963: 88), ya sean políticas, artísticas o filosóficas. Así es posible inferir también las peculiaridades que definen la relación entre el sistema de ideas y el grupo que las representa ¿cuándo estas ideas mudan de carácter al modificarse la composición social del grupo y cómo se estabilizan para conformar el “clima mental de la época”?

Todo el argumento de Mannheim está atravesado por la idea de que los grupos sociales representan fuerzas en conflicto que entran en colisión y que estos antagonismos son susceptibles a ser explicados si se rastrean las causas sociales adecuadas. Siguiendo este presupuesto, las mediaciones analíticas diluyen al supuesto universalista del pensamiento como entidad separada o la atomicidad con la que se aborda al individuo particular dedicado a la producción de bienes culturales.

Un estrato social difuso

Al no constituir un gremio, ni estar identificados con una corporación concreta, los intelectuales proyectan un alto grado de flexibilidad y difusividad en su adscripción institucional. Sin embargo, Mannheim abriría con su estudio de la “*Intelligentsia*” un punto de encuentro que toca de una forma u otra a distintas perspectivas sociológicas que tuvieron como objeto de estudio empírico a los intelectuales, independientemente del contexto nacional e histórico desde el que han sido enfocados. Desde el *Homo academicus* bourdiano, el “mandarín” de Ringer, pasando por la llamada “nueva clase” de Gouldner y, desde luego, los “educados” que identifica Roderic Camp, todos atraviesan algo que Mannheim enfatiza y que Weber sólo esbozó, es decir, que más allá de que la división del trabajo en una sociedad compleja y con puntos de vista plurales no permita encasillar a los intelectuales a un estamento de clase, sí es posible encontrar un vínculo homogeneizador: la educación compartida.

“Aunque demasiado diferenciados para que se les pueda considerar como una clase aparte, existe, sin embargo, un vínculo unificador sociológico entre todos los grupos de intelectuales, verbigracia, la cultura, que los une a todos estrechamente. La participación en una común herencia docente tiende progresivamente a suprimir las diferencias de nacimiento, de profesión y de riqueza y a unir a las personas educadas por medio de la educación que recibieron” (Mannheim, 1993:137)

Rasgo imprescindible pero no suficiente para entender su conformación como grupo social. A pesar de que la educación compartida juega el papel de “vínculo unificador”, no por ello condiciona el dinamismo continuo de su movilidad ideológica. Ahora bien, así como pueden tener su nicho más importante en el medio universitario, también lo pueden hacer desde el periodismo, la política o el arte. No existe un domicilio de orden clasista para el intelectual. Son trotamundos que deambulan en el ámbito de la producción cultural. Esto coloca al intelectual en una situación de volatilidad adscriptiva. Así que, como grupo social identificado, su permeabilidad en el sistema de estratificación es constante. Esta flexibilidad queda de manifiesto al convertirse en exponentes de diversos intereses. Mannheim, influenciado fuertemente por Weber, describe a este grupo social en forma muy sintética:

“En toda sociedad existen grupos sociales cuya tarea especial consiste en proveer a esa sociedad de una interpretación del mundo. Se les suele llamar intelectuales (*intelligentsia*).

Cuando más estática es una sociedad, tanto más probable es que esa capa adquiera una situación bien definida o la posición de una casta en esa sociedad. Así, los magos, los brahmanes, la clerecía medieval deben considerarse como capas intelectuales, cada una de las cuales, en su sociedad respectiva, disfrutó el monopolio en la formación de la concepción del mundo de su sociedad, y en la elaboración o la conciliación de las diferencias que existían entre las concepciones del mundo, más ingenuas, de las otras capas. El sermón, la confesión, la lección, son, en este sentido, medios por los cuales se opera la conciliación de diferentes visiones del mundo en niveles menos alambicados del desarrollo social” (Mannheim, 1993: 9)

El grado de apertura, flexibilidad y permeabilidad que el grupo manifiesta, lo coloca en una situación de disponibilidad política para fungir como brazo ideológico. Las posturas o posiciones intelectuales entran a un terreno movedizo y esto se acentúa en momentos de mayor inestabilidad política. Así, un grupo de intelectuales que adopta una determinada postura política, “visión de mundo”, y asume la existencia de una oposición latente, seguramente respaldada por otra perspectiva ideológica motorizada por otros grupos sociales. La diferencia del contenido ideológico, si uno es más o menos pertinente, más o menos comprometido, etc., no afecta su condición de intelectuales, al contrario, en términos formales, la acentúa. Son los comisionados para darle rotación al régimen de polaridades en una sociedad con intereses plurales. La disputa por la arena pública se juega en sus cuarteles de ofensiva y defensiva, de las distintas estrategias para elaborar pautas de clasificación legitimadoras o deslegitimadoras del orden social:

“Esta competencia por conquistar el favor de varios grupos de público se acentuó debido a que los distintos modos de pensamiento y de experiencia de cada grupo fueron cobrando una expresión y una validez públicas cada vez mayores. En tal proceso desaparece la ilusión del intelectual de que existe un modo único de pensar. El intelectual ha dejado de ser, como antaño, miembro de una casta o clase cuya forma escolástica de pensamiento representa para él el pensamiento en sí” (Mannheim, 1993: 11)

En consecuencia, una de sus funciones primordiales, según Mannheim, es la legitimación a partir del poder que otorgan las facultades de manipulación del mundo simbólico. Para Mannheim, en los intelectuales se encarna una perspectiva privilegiada que define la interpretación del mundo. Asimismo, la expansión de las tareas administrativas a partir de la consolidación del régimen constitucional en los estados modernos, delegó funciones centrales para aquellos agentes capaces de manipular ese espacio técnico-simbólico. Lo mismo ocurre en el apartado de la disputa democrática del poder político al interior de un régimen.

Por último, hay que apuntar que uno de los mayores aportes cognitivos que deja tras de sí la sociología del conocimiento desarrollada por Mannheim es que despoja al sujeto -objetivado como actor intelectual- de su aura de originalidad creativa, una visión que por lo demás tuvo una enorme gravitación en el idealismo alemán. Por el contrario, de la propuesta de Mannheim se desliza que las aptitudes individuales, desarrolladas al interior de un grupo de referencia, proporcionan una serie de disposiciones específicas que se vinculan entre sí y en paralelo de una identificación interna. De tal manera que, desde el punto de vista sociológico, las aptitudes individuales que predisponen al sujeto para tareas intelectuales, carecen de valor analítico si sólo se les observa como una tendencia valorativa del “talento” individual, natural y previamente inclinado a la resolución óptima de dichas tareas. La suspicacia, la curiosidad intelectual, los recursos expresivos y toda clase de atributos individuales pueden ser aptitudes que efectivamente se encuentren en individuos ligados al trabajo intelectual, pero no dicen nada sobre el lugar ni la función del intelectual dentro de la sociedad.

Ben David: una lectura funcionalista de la organización científica

A los productores culturales se los puede encontrar desempeñando su rol en distintos espacios e instituciones. El tipo de intelectual que es objeto de este estudio está relacionado con un ámbito específico de acción del cual él fue no solo resultado sino también un precursor. Se trata del intelectual académico que encuentra su sitio en un ecosistema singular dentro del espectro de la producción simbólica.

En la división del trabajo intelectual, la proliferación de actividades, cada vez más especializadas y diferenciadas unas de otras, obligó a que los procesos de identidad con la actividad intelectual, en cualquiera de sus facetas, se aceleraran a tal punto que la concepción del sabio diletante cediera el paso ante la figura del especialista. El experto, como figura social emergente de un largo proceso social, estuvo ligado a contextos institucionales específicos. Uno de ellos, con toda seguridad el más determinante, ha sido el sistema de educación superior. Como sistema, esta esfera de la vida social dedicada a la actividad científica no puede ser entendida sin atender el hecho de que tanto las universidades, laboratorios, institutos, escuelas superiores, etc., componen una maquinaria burocrática

basada en una organización estable y cotidiana, sostenida, a su vez, por un personal altamente diferenciado en sus funciones.

En “El papel de los científicos en la sociedad. Un estudio comparativo” (1974), Ben-David sugiere que, en las sociedades modernas, el desarrollo de la vida intelectual tiene ambientes sociales en los que encuentra condiciones favorables para su prosperidad como proyecto institucional, más allá de los emprendimientos aislados que participan de ella. Su trabajo orbita la perspectiva funcionalista que dejó trabajos de una enorme influencia para el estudio de los intelectuales. La solidez argumental del texto consiste en apuntar que en el análisis de una comunidad científica, no basta una fotografía interna de la composición organizacional de los centros universitarios o de investigación, ni tampoco es suficiente el solo retrato de las trayectorias individuales y su itinerario institucional, y menos aún de los productos intelectuales “puros”; es necesaria una radiografía más amplia de la composición social dentro de la cual se formaliza la empresa académica. La conjunción de factores (definición de roles académicos, competencia interdisciplinar, integración de grupos y liderazgos, papel del Estado, etc.), el grado de su interrelación -directa o indirecta- o su combinación fortuita, en suma, el núcleo de relaciones que entran en juego, manifiestan un arreglo singular de fuerzas en la composición del campo científico.

¿Cómo surge la ciencia como actividad organizada? El proceso no es de ninguna manera un hecho social homogéneo y que se dé por sentado para aquellas sociedades que entran en procesos de modernización. Hay diferencias específicas, modalidades y ritmos de consolidación de la actividad científica dependiendo de las particularidades de los “ambientes sociales” que logran insertar al quehacer científico en un mecanismo de organización burocrático-racional. Para el caso que Ben-David estudia, los entornos sociales son tomados como reguladores de la flora y fauna del ecosistema de la investigación académica de las instituciones, los actores sociales en sentido amplio y los recursos que componen el trabajo científico organizado. Esta perspectiva se apoya en el estudio de la universidad alemana que levantó el sistema de investigación científica más sofisticado de la Europa decimonónica.

Su observación está centrada en describir cómo en Alemania, entre 1825 y 1900, la ciencia se convirtió en una actividad fuertemente burocratizada y, paralelamente, cómo adquirió un

alto grado de profesionalización de la investigación para que, entre otras cosas, este carácter burocrático institucional quedara garantizado sin que eso afectara el nervio de la actividad científica, centrado no solo en la enseñanza sino también en la investigación (Ben-David, 1974).

¿Cómo fue posible este proceso y por medio de qué cambio en la producción y distribución de roles en una sociedad como la Alemania decimonónica, fundamentalmente tradicional y agraria, sin actores sociales autónomos que tuvieran posibilidades de participación en la disputa del poder político y sin la facultad necesaria para promover iniciativas de carácter científico? La tesis de Ben David parte del supuesto de que en términos de organización científica:

“un país donde el movimiento científico fuera débil, aún podía llegar a ser uno de los países principales, como resultado del respaldo dado a un sistema relativamente independiente y socialmente aislado de educación superior e investigación. Este respaldo se concedió sobre bases no relacionadas con la aceptación de la ciencia por su propio valor” (Ben-David, 1974:77).

¿Cuáles son esas bases?, ¿de dónde proviene ese respaldo, quién lo “concede”, y cuáles serán los canales de apoyo para que, por encima de la valoración *per se* de la ciencia, se antepongan intereses que poco o nada tienen que ver con la ciencia como actividad específica?

Ben David se apoya en la jerga funcionalista para describir el proceso. En el glosario funcionalista el rol social implica que las prácticas de un conjunto de actores están no solamente relacionadas entre sí, sino que presentan en muchos casos un alto nivel de integración con otras prácticas con las que necesariamente interactúan. Debido a su filiación común dentro de un espacio social concreto, es en el conjunto global de roles, abiertos a concursos de oportunidad o mecanismos de rechazo, donde las prácticas de los agentes mantienen un grado de aprobación y de aceptación en el marco valorativo de una sociedad. Ello implica que esas prácticas ya están reguladas por un conjunto de normas, valores, instituciones y creencias que encuentran en la sociedad una caja de resonancia.

En el proceso estudiado por David es notable cómo se desecha el argumento según el cual el “amor a la ciencia”, al saber y la búsqueda de la verdad por medio de la razón -registros tan fuertemente ligados al iluminismo-, no explica, parafraseando a Weber, la contextura de la ciencia como profesión, y apenas dice algo sobre su desarrollo.

En consecuencia: ¿cómo se instaura, en el metabolismo de una sociedad, el rol y la valorización de los científicos o de la actividad científica? Una respuesta simplificadora sería apelar al presupuesto de que la ciencia consigue un alto grado de prestigio en aquellas sociedades que han consolidado el camino hacia su modernización. Sin embargo, tanto la estima social del científico como de sus actividades, no vienen por un golpe *de facto* que se apoya en el imaginario colectivo del progreso o en la necesidad de las élites de promoverlo. La interrelación de factores e intereses y el grado de relevancia que tienen para definir las características más decisivas del proceso son entradas analíticas más sólidas.

Para el caso concreto de esta tesis, me interesa reconocer en el trabajo de Ben David los mecanismos de intervención vertical del Estado, los distintos intereses promovidos por grupos diferenciados tanto en la estructura social como al interior del propio campo de conocimiento. Las coyunturas políticas que hicieron posible que la ciencia se afianzara como una actividad institucionalizada también merecen una mención aparte. Todas estas cuestiones son pertinentes para los objetivos de este trabajo en la medida en que se exploran las tensiones de una construcción institucional del trabajo científico patrocinada *desde arriba*, dentro de una articulación conflictiva al interior de las elites dirigentes y de los grupos en pugna dentro del campo científico.

De esta manera, el papel de la ciencia encuentra sus márgenes de legitimación en medio de una disputa por el reconocimiento social por el que otros actores y otras prácticas también rivalizan. A través de esta serie de nudos y distensiones se teje un entramado de alianzas e intereses que rigen un determinado acomodo de fuerzas. La honorabilidad y el prestigio son concesiones sociales que no vienen dadas en función del sujeto como particular, sino como ligado a una serie de funciones ungidas bajo una alta estima social. Son resultado del proceso por medio del cual los grupos entran en disputa para que su situación sea considerada como respetable y sus actividades sean justificadas. ¿Por medio de qué y a quienes una sociedad asigna el prestigio? El camino descrito por David, como señalamos anteriormente, privilegia el efecto multiplicador de una serie de componentes, socialmente decisivos, que coadyuvan a la elaboración de hipótesis y explicaciones menos reduccionistas. En este sentido, el caso Alemán es, en más de un sentido, un caso paradigmático y con suficientes elementos de singularidad como para justificar su grado de excepcionalidad.

Los factores “extra” científicos de la institucionalización de la ciencia

En Alemania, más que “condiciones” indispensables que funcionen como el basamento necesario para el trabajo científico, lo decisivo está en el entramado de circunstancias que confluyen en un momento determinado y en localizar qué agentes fueron capaces de promover esas iniciativas de carácter científico. En este sentido, la participación de Estado como principal promotor, organizador y protector de la empresa científica refuerza la hipótesis de cómo las posibilidades de crecimiento de la vida intelectual -en un medio no propicio para ella, e incluso en condiciones hostiles- pueden acelerarse y, consecuentemente, generar condiciones de viabilidad de una tradición, el desarrollo de una infraestructura de un alto grado de complejidad y bajo estándares muy rigurosos de producción científica. Así, para entender al científico como un tipo *sui generis* de productor cultural, hay que indagar sobre lo que es la universidad como organización burocratizada.

Una serie de cuestiones concentran el núcleo del problema y se agregan a las anteriormente planteadas: ¿qué grupos intervienen en este proceso y cuál es su capacidad de movilización de recursos? ¿Hacia dónde y cómo se van desplazando las diferentes tradiciones intelectuales y cómo es que, institucionalización mediante, determinado sistema o programa científico y universitario se afirma no solo en el mundo académico sino en una sociedad?, o, más concretamente, ¿cómo una ciencia se justifica ante el sistema de legitimación o ante el juego de posiciones encargadas de sancionar el grado de autoridad y pertinencia de esa actividad?, ¿cómo es posible esto en un entorno donde se carece de tradición científica?, y, por último, ¿cómo se profesionaliza el rol del científico y cuál es su lugar dentro de la estructura social?

El presupuesto de arranque comienza con la afirmación según la cual el origen del quehacer científico, instituido como una actividad regular y plenamente profesionalizada -de donde resulta su diferencial más determinante-, tuvo lugar en Alemania antes que en cualquier otro sitio y como en ningún otro lugar. Ben-David identifica cómo “*solo en Alemania se desarrolló una red autónoma para la transmisión y recepción regular*” de los productos de investigación científica (Ben-David, Collins, 1966:6). Es notable cómo para entender el desarrollo de la ciencia como actividad institucionalizada es preciso identificar “condiciones

cruciales” como la existencia de una red de comunicación donde se garantice la transmisión y la recepción de las innovaciones científicas con el fin de consolidar roles ocupacionales ligados a campos específicos de conocimiento. En esas condiciones estructurales está apoyada la posibilidad de que ese rol profesional, adscrito a un programa de investigación, pueda devenir en una tradición científica.

Alemania contó, en el desarrollo de su sistema de educación superior, con estas condiciones. Las coordenadas comparativas que Ben David establece para contrastar el caso alemán son el sistema francés, en primer lugar, y el inglés en menor medida. El hilo argumental se tensa en torno a las paradojas y consecuencias no esperadas que trajo consigo la reforma del sistema alemán de educación superior.

Si se toma en cuenta que una sociedad donde la participación política y autónoma de la sociedad es reducida, es comprensible que la descripción del proceso esté orientada hacia plano vertical, es decir, hacia el papel de las élites como promotoras de un nicho cultural y la “composición” de los grupos de intelectuales que, como primer distinción importante, no estaban en condiciones de entrar en el juego político, a diferencia de sus pares franceses donde los ejecutores de los cambios políticos y sociales estaban dedicados al trabajo intelectual. Las condiciones para el trabajo científico no parecían favorables para que fuera impulsado por grupos autónomos que, al mismo tiempo, tuvieran la capacidad organizativa y de movilización para generar los recursos necesarios para dicha empresa.

Lo que Ben-David toma como punto de partida, es decir, las reformas que abanderó la universidad de Berlín, y que sirvió de modelo para el resto de universidades ubicadas en distintas ciudades prusianas, es en realidad el punto de llegada de un largo proceso de reorientación de la educación superior en Alemania que tuvo en el papel del Estado uno de sus procesos culminantes. A lo largo de todo el siglo XVIII, el flujo de movilización de la clase media alemana logró establecer mecanismos de ascenso social por medio de dos circuitos ligados de forma estructural: la educación y el aparato burocrático. Como consecuencia de esta combinación “*se creó una clase media no económica centrada por un lado en las universidades y por el otro en el funcionariado*” (Ringer, 1995:30). La monarquía burocrática del Estado prusiano actuó como la bisagra centralizadora del proceso de reorientación de la universidad alemana a partir del ingreso de la clase media educada al

personal de servicio del Estado. Esta situación introdujo una flexibilidad inédita en el sistema de estratificación. Sus efectos se sintieron menos en el sentido material que en el simbólico: la clase media educada ganó cuotas de prestigio, sentido de identidad y cohesión interna a partir de su investidura como funcionarios de la monarquía. En Alemania, la estima social del académico estaba por encima del prestigio ligado a la riqueza económica, habían construido un camino de consolidación de su estatus privilegiado hasta llegar a formar parte de la clase dirigente: *“Los académicos ocupaban necesariamente un lugar insólitamente eminente en el país, en la medida en que la educación superior constituyó un factor importante en la estratificación social alemana”* (Ringer, 1995:49).

Para comenzar a armar el cuadro social que abrió paso al desarrollo de la ciencia en Alemania es indispensable señalar las tensiones entre la monarquía ilustrada, que tenía la intención de modernizarse, y la nobleza que intentó mantener sus privilegios estamentales. Aliados del monarca, los intelectuales forjaron y reforzaron el brazo burocrático bajo nuevas pautas de racionalidad y seguimiento administrativo. *“La nueva élite de funcionarios tenía todos los incentivos para apoyar a un dirigente autocrático contra la esfera de la tradición aristocrática”* (Ringer, 1995:31). Ligada al protestantismo, esta clase media se había mantenido muy alejada de los grupos dominantes. A pesar de ello, cumplía con características y prácticas favorables a las intenciones del monarca: tenían educación letrada y manejaban el ámbito simbólico.

Con todo y esta alianza estratégica, dentro de esa clase media intelectual, nos recuerda David, existía la sensación de que la nobleza alemana los había desplazado al dirigir su atención a los científicos y filósofos franceses:

“En el siglo XVIII, las academias alemanas preferían invitar a eruditos extranjeros, y no a alemanes [...] Así, no solamente eran escasas en Alemania las oportunidades para obtener respaldo y reconocimiento fuera de las universidades, en academias y por medio del patrocinio privado, en comparación con Francia y la Gran Bretaña, sino que además había discriminación en contra de los intelectuales alemanes” (Ben-David: 1974:79).

Como respuesta a ello, afirman una concepción radical de la formación de la personalidad por medio de la educación integral del individuo, completamente alejada del ideal ilustrado heredado de los filósofos franceses. El aprendizaje puro estaba cargado de una rígida ideología que configuraba un estilo de vida, no solo un oficio o una profesión. Por eso el burócrata, agente socialmente destinado al cumplimiento del *servicio práctico*, se vio

íntimamente influido por esta corriente anti-pragmática del humanismo pedagógico. Es más, gracias a ese influjo, el burócrata podía obtener una mejor colocación en el escalafón social y político.

“En cuanto al burócrata, pudo seguir haciendo valer sus méritos basados en su carácter de experto, y obtenidos mediante una formación práctica en cameralismo: pero nada le impedía buscar simultáneamente el estatus que se confería mediante el cultivo de los clásicos o de la filosofía. Eso podía ayudarle a ascender desde la posición de escriba a la del hombre de Estado aristocrático, al que se le pregunta qué es, no qué puede hacer” (Ringer, 1995:35).

La ciencia no nació de grupos seculares que tuvieron que abrirse campo frente al monopolio eclesiástico, como actores inmersos en la fase de consolidación de su identidad social, tenían que aliarse a grupos ocupacionales que los apoyaran. Educación y rango se entrecruzaron en la ruta del ascenso social que comenzaba en los centros educativos y terminaba en el aparato burocrático. De esta forma, la universidad y el Estado se conectarían a partir de una base común de intereses y una mutua conveniencia. Con el tiempo, la clase media se filtra como un sector de la clase dirigente al “ennoblecerse” a través de una coincidencia de valores en común o por mecanismos más mundanos como las alianzas matrimoniales. Adquieren así la membresía, de segunda clase, sí, pero membresía al fin, de ser parte de la clase dirigente, sin tener la nobleza de nacimiento. El sistema educativo superior quedaba sujeto al Estado como un área estratégica, no como un mero apéndice discursivo. Los valores promovidos por esa clase media intelectual, la extracción social, religiosa y simbólica de sus instrumentos pedagógicos, sus estrategias de movilización y de alianza van a sintetizarse en una reforma del sistema educativo que tendría en la Universidad de Berlín a su correlato más acabado. De esta forma, la consolidación del sistema universitario y el trabajo científico están directamente asociados con la historia de esa clase media en ascenso que fue ganando posiciones dentro de las elites alemanas. A través de este seguimiento en la combinación de factores, de las estrategias de los grupos para movilizarse en torno a posiciones favorables, el texto de Ben David demuestra que no hay una fórmula ni requisitos unívocos para la instauración del de la investigación profesional de la ciencia.

Orientación científica y disputas de grupo

En este primer momento, el mundo intelectual de Alemania tuvo que reconcentrarse hacia sus condiciones internas y fortalecer sus peculiaridades frente a la ofensiva que ejercía la influencia francesa. La orientación y la marca que se imprimió a la universidad alemana bajo la pauta de la reforma aplicada en la universidad de Berlín favoreció un sistema que combinó la supervisión y regulación burocrática de las actividades científicas por parte de los gobiernos y estados alemanes, a la par de flexibilizar el margen relativo a los contenidos y al poder de acción e iniciativa que imprimieron los líderes intelectuales. Esto se reflejó en el liderato que tomó la filosofía especulativa en los centros universitarios alemanes:

“En Alemania, la filosofía tuvo un giro más abstracto. Los principales intereses de la filosofía alemana eran la autoexpresión estética del individuo y de la nación por medio de su cultura única, el establecimiento de una teoría sistemática de conocimientos metafísicos y los valores morales basados en la intuición y la especulación. Este cambio de enfoque y de interés reflejó el hecho de que, en Alemania, los intelectuales no podían pretender el liderato político. Por consiguiente, tenían que concentrarse en cuestiones espirituales. En éstas podían estar seguros de tener un auditorio, puesto que, como lo señalamos, el pluralismo religioso proporcionó bases sociales llenas de simpatía para la búsqueda, por parte de los filósofos, de una cultura secular, espiritual y moral.” (Ben-David, 1974:78)

Otra circunstancia, analíticamente crucial, fue que los grupos que lideraron el cambio de ruta del escenario cultural en Alemania (eruditos, filólogos, historiadores, filósofos), entraron por la puerta de atrás sin tener que responder a un estrato social fijo. En una posición de flotación sin ligamento directo con el poder político, guardaron, al mismo tiempo, una confrontación directa con los abogados, los teólogos y los médicos. Estaban en condiciones de disputar un sitio sin estar inmovilizados por restricciones adquiridas por compromisos políticos previos. La idea era privilegiar las ramas más especulativas del saber y no reducir a la formación de educación superior a una fábrica de técnicos profesionales, capacitados para cumplir con metas de orden más práctico y aplicado, tal como en Francia se había diseñado su sistema de enseñanza superior. Insignes figuras del mundo cultural alemán como Kant, Humboldt y Fichte (primer rector de la Universidad de Berlín) señalaron que

“las universidades no debían ser simples escuelas de formación para funcionarios. [...] Debía cultivarse por sí mismo el aprendizaje puro, en el sentido idealista. El Estado debería apoyar este gran objetivo sin ejercer por ello un control directo sobre las materias a aprender y enseñar. Las universidades seguirían adiestrando a los futuros funcionarios y profesores, pero llevarían a cabo esa misión dentro del espíritu del cultivo filosófico, no de una forma

estrechamente utilitaria. A largo plazo, tanto el Estado como la sociedad se beneficiarían de la influencia espiritual y moral del nuevo aprendizaje” (Ringer, 1995:37)

Antes de las reformas al sistema de educación superior, la enseñanza tenía en Alemania una estima social baja. Sus pedagogos y eruditos, de procedencia clerical, pertenecían a una clase media estancada económicamente y con pocas posibilidades de ascenso social. Una suerte similar compartían los científicos naturales (que a diferencia del caso francés donde se convirtieron en protagonistas estelares de la reforma social y política) conformaron un sector con poca gravitación en la escena intelectual. Incluso dentro de la enseñanza universitaria, tanto los filósofos humanistas alemanes como los científicos naturalistas eran relegados por facultades de mayor peso que destinaban a su profesorado una mejor posición tanto simbólica como salarial. Su condición de outsiders, que incluía, como ya se mencionó, ser segregados por la nobleza para que cedieran el paso a los filósofos franceses, movilizó a los intelectuales alemanes hacia una cruzada cultural que traería consigo un giro de las humanidades hacia parámetros más “científicos”, despojándolas de su carácter meramente “estético y moral” para orientar la investigación del mundo de la cultura a la manera de las ciencias empíricas (1974:79).

Esta circunstancia provocó una coalición entre miembros dispersos de ese reparto secundario que estaba siendo relegado en el seno mismo del mundo cultural alemán. Al mismo tiempo esa cohesión funcionó como impermeabilizante ante la influencia francesa, sirvió para posicionar a los humanistas y filósofos alemanes una mejor situación frente a otras disciplinas y funcionó como el soporte de alianzas necesarias para ampliar su propio proyecto hasta obtener la hegemonía de la universidad alemana. Según Ben-David, la influencia de estos intelectuales en el diseño del sistema educativo superior significó,

“... una respuesta a las necesidades y las presiones de los intelectuales en general, más que a la de los científicos expertos [...] Como resultado de ello, toda la reforma se enraizó en un concepto de la ciencia que incluía la filosofía especulativa y no matemática, así como también las humanidades, estudiadas de acuerdo con el método filológico. Como lo señalamos, este concepto implicaba una redefinición de las funciones sociales de la ciencia y la erudición y una revisión todavía más drástica de las funciones sociales de la filosofía” (Ben-David, 1974:81)

Así, sin tener esa pretensión como objetivo predeterminado, la investigación científica se va a filtrar por los espacios abiertos por esa disputa, en la cual, una profesión que busca ganarse

la aceptación y adhesión de otros grupos ocupacionales autorizados, encuentra formas de integración a una esfera más amplia de influencia.

Ben David nos ayuda a observar cuál es el sistema de relaciones y los actores que mantienen tensión al representar intereses de diversa índole. Estos intereses son encarnados por una fuerte movilización de grupos que buscan consolidar para sí mismos una trama de apoyos con el fin de obtener un consenso legítimo. También pone de manifiesto cómo dentro de las diferentes estrategias que adoptan los grupos, ocupan un lugar central los mecanismos de diferenciación que cohesionan al grupo, al mismo tiempo que demarcan una separación con otros. En una dinámica de alianzas entre grupos, cobra una importancia estratégica el peso que se otorgue a las oportunidades abiertas por la coincidencia de intereses, al mismo tiempo que se afirman y se demarcan las diferencias bajo el propósito de mantener la identidad interna de cada grupo y, con ello, evitar que sus intereses queden subsumidos. En todo caso, quien esté en mejor posición para apoderarse de los mayores beneficios de la alianza será aquel que logre capitalizar las ventajas que representa el liderazgo de la unión o pacto, ya sea este tácito o explícito. En consecuencia, las relaciones así instituidas tienen un carácter de recelo ambivalente.

Los filósofos alemanes de la época, aun cuando coincidían con el rigor de los científicos naturalistas, y éstos últimos compartían en anhelo de ser reconocidos como científicos no sujetos a intereses utilitarios y ajenos a su actividad, fueron los que tomaron la iniciativa más agresiva de diferenciación al interior de la alianza al poner en un segundo término *“los métodos para adquirir conocimientos lógicamente correctos y empíricamente válidos sobre la naturaleza y la sociedad (...) En lugar de ello su preocupación científica principal llegó a ser el estudio de la cultura”* (Ben-David, 1974:81). Luego de la derrota sufrida por el ejército napoleónico, la acentuación del nacionalismo se volcó hacia el ámbito de la cultura, desde la historia hasta la literatura y el arte. El nacionalismo cultural operó como el espacio de habilitación de iniciativas que congregaron intereses que hasta ese momento se habían mantenido distantes entre sí. *“Desde el punto de vista de los intelectuales, las circunstancias creadas en las circunstancias particularmente favorables de la lucha contra Napoleón, fueron el único marco institucional seguro para las actividades intelectuales libres en el país. La posición y los privilegios de las universidades se los concedía la clase de gobierno*

militar-militar aristocrática y no se alcanzaban como parte del desarrollo de la libre empresa” (1974:94). Crean así su propio nicho de acción como representantes del hombre cultivado bajo el concepto de *Kultur* que encarnaba la contrapropuesta a la alternativa francesa y se decantan por una identidad ligada a la nación.

Liderazgos científicos, mentores y administración de la investigación profesionalizada

Como fue señalado con anterioridad, otra singularidad del caso alemán está en cómo la ciencia surge en Alemania como un proyecto de investigación, apoyado institucionalmente, a pesar de no estar en un medio con tradición científica. Por sí solo, este dato puede orientar la perspectiva hacia la cuestión del surgimiento de la ciencia organizada en Alemania. Pero desde una perspectiva comparada, por ejemplo, frente al sistema educativo francés o inglés, el caso alemán provoca preguntas mucho más sugestivas. Tanto en Francia como en Inglaterra, las iniciativas privadas de promoción científica estaban garantizadas por grupos sociales que realizaban sus actividades en un clima razonable de manifestación y participación política y económica. El problema que enfrenta el proyecto de la institucionalización de la ciencia en Alemania es el poco margen de libertades civiles mermadas por el poder autocrático de la monarquía. ¿Cómo se puede garantizar la libertad y autonomía de la actividad científica en un escenario político autoritario? ¿Cómo puede blindarse la investigación científica frente al poder de cooptación del régimen político que es al mismo tiempo su principal proveedor de recursos? La tesis que Ben-David moviliza intenta superar la interpretación hegemónica sobre ese periodo de consolidación de las universidades alemanas. Desde su punto de vista, la gran mayoría de historiadores del sistema educativo alemán ponen un especial énfasis en el análisis interno, relativo a la organización de las universidades como entidades autónomas que habían alcanzado cierto grado de uniformidad en sus procesos. Bajo este punto de vista, procesos institucionales como la libertad académica -tanto de cátedra como de investigación-, el autogobierno y el funcionamiento objetivo y racional de las universidades a partir de sus propios organismos colegiados serán parte de una misma narrativa. Lo innovador del texto de Ben-David radica en que además de atender el régimen interno de las universidades en particular, analiza al sistema educativo alemán en

su forma de organización global. Y esto incluye, forzosamente, al conjunto de relaciones que se establecen entre el campo científico y el poder político.

Gracias a la peculiar situación de Alemania, el proyecto que unía a la universidad, la investigación científica y el Estado se llevó a cabo en medio de una “pluralidad” de prácticas relativas al culto religioso, compensando así la ausencia de pluralismo político. Este aspecto de morfología social revela otro factor central que se empalma con la pista burocrática. La consecuencia de que este sistema universitario estuviera apoyado en una fuerte organización administrativa, estaba correlacionada con el alto grado de desarrollo del funcionariado alemán de la época. Gracias a la buena salud del sistema circulatorio de funciones dentro del organismo burocrático, que partía de tres fuentes principales: la burocracia militar, la política y administrativa y, por último, la religiosa.

Sin embargo, a diferencia de estos ámbitos, la investigación científica puede quedar severamente afectada si se expone a las secuelas de un sistema donde el aparato burocrático y las formas de organización que adquiere estén por encima de los objetivos y procedimientos propiamente científicos. En este punto se encuentra una encrucijada nodal para el desarrollo del sistema universitario alemán: ¿a quién y bajo qué condiciones y garantías se le asignaría la tarea de administrar, institucionalmente, los centros universitarios?

En principio, la estructura interna de las universidades cargaba con todas las responsabilidades y procesos, tanto burocráticos como académicos. Al desglosar de forma muy general el organigrama jerárquico de los instrumentos que regulaban la vida universitaria se desprenden de inmediato los supuestos positivos de la reforma inaugurada con la Universidad de Berlín. La libertad de cátedra estaba garantizada por el autogobierno representado por un senado académico conformado por profesores catedráticos (*Professor Ordinarius*), figura central del sistema. En su papel de experto, reconocido y legitimado tanto por la comunidad académica como por el ministerio de cultura, el profesor sustenta y valida las decisiones de gobierno de la universidad y refuerza la idea de autonomía y correspondencia con fines meramente científicos.

David señala la importancia de los profesores como catalizadores de la investigación científica. En Alemania los profesores son apoyados y su figura crece por encima del científico naturalista. Hacia 1870 se integra la investigación (laboratorios disponibles y

equipos de trabajo consolidados) con la enseñanza y lo que se produce de la combinación de esos factores es la profesionalización de la investigación científica. Lo anterior no puede dimensionarse correctamente sin tomar en cuenta la segmentación reflejada en la división del trabajo al interior de los centros universitarios.

En la punta de la estructura estaba catedrático que recibía una remuneración permanente por parte del Estado, ingreso sensiblemente superior no solo para el siguiente eslabón de la escala, que es el profesor agregado, sino también en relación al ingreso promedio de un integrante de la clase media. Surge así el investigador que transmite su conocimiento en centros de altos estudios. Por su parte, el profesor agregado también recibía un salario por parte del Estado y era considerado como un funcionario gubernamental, no como un empleado más de la estructura burocrática. Su estatus funcional quedaba justificado por el hecho de que eran consejeros de Estado y mantenían una extrema cercanía con sus estructuras y funciones. Por último, el profesor colaborador (*Privatdozent*), no estaba integrado a la nómina del estado pues no recibía sus ingresos de ahí, sino de su habilitación para impartir conferencias y cursos en los que el número de alumnos determinaba su remuneración. Los *privatdozenten* encarnaban las regulaciones formales de la universidad en un doble sentido. En primer lugar, los profesores colaboradores, siendo habilitados para impartir conferencias y cursos, estaban en principio bajo igualdad de condiciones que los otros profesores, en el papel, “*todos permanecían libres e iguales como científicos responsables solo ante sus propias conciencias científicas y ante la opinión pública de la comunidad científica y los estudiantes*”(Ben David, 1974:85).

Por otro lado, los estudiantes tenían la posibilidad de erigirse en gran jurado al tener libre circulación para inscribirse al curso que mejor valoraban, establecían con ello una suerte de encumbramiento plebiscitario que movilizaba la competencia interna entre los profesores, sean estos catedráticos, agregados o colaboradores. Los ingresos estaban jurídicamente justificados sólo por la enseñanza, no por la investigación; esta última solo podía esperar la recompensa del mérito y el reconocimiento; era el resultado de una vocación (*beruf*), no solo entendida como ejercicio de una profesión, sino, siguiendo la acepción desarrollada por Weber (2009), como el cumplimiento de un deber trascendental.

Se suponía que con este proceso las disciplinas orientadas a la investigación encontrarían en la universidad el terreno fértil tanto para la innovación científica como para la enseñanza. Sin embargo, la verticalidad del sistema y la cohesión interna del grupo de profesores catedráticos obstaculizaron cualquier equilibrio de fuerzas dentro de la planta académica. Los catedráticos no solo ejercían una influencia formal, sino que tenían plena “autoridad personal” sobre los *privatdozenten*, eran parte de su feudo, no parte de una comunidad científica de pares, sino de un conjunto segregado y jerarquizado de posiciones provocado por “los abismos de autoridad y poder” que ejercían los profesores titulares. Bajo estas condiciones es difícil explicar el desarrollo científico que tuvo Alemania durante ese periodo. La atrofia que podía provocar un profesor titular al generar atomizaciones de grupo, lealtades carismáticas o fincadas en el mutuo interés de cálculo entre superior e inferior, no es precisamente el escenario más estimulante para la innovación científica.

Pero si este era el escenario al interior de las universidades, ¿qué fuerza actuó como contrapeso para que el sistema universitario alemán no solo se sirviera de la sobredeterminación de esos liderazgos, sino que a partir de ellos se sentaran las bases para la investigación científica más avanzada de Europa? Una clave estaba en el estricto proceso de reclutamiento y ascenso del personal académico que, antes de convertirse en verdaderos latifundistas del conocimiento, debían probar una larga trayectoria apegada a estándares de resultados académicos y de conducta moral rígidamente establecidos (Ringer, 1995:38-48). Sin embargo, la pieza clave estaba en la estructura global del sistema universitario alemán que constituía un mercado de movilización geográfica tanto de los productores como de los productos científicos. Lo que no funcionaba para la organización interior de cada universidad, es decir, el supuesto de libre competencia entre pares a partir del medidor estudiantil, fue lo que terminó siendo el impulso central para la generación de conocimiento científico. Ben David encuentra en la proliferación y libre competencia entre las universidades alemanas el factor decisivo del proceso: “*La condición que contrarrestaba las tendencias oligárquicas de los senados universitarios era la competencia entre un gran número de universidades, dentro de un mercado académico grande y en expansión*” (1974:86).

Entonces, los liderazgos al interior de la ciencia dependerán en gran medida del grado de prestigio del mentor científico, no solo del grupo bajo su comendo sino como el fichaje estrella de la universidad donde radicaba. La demanda que las universidades tenían activada para la captación de investigadores consumados o prometedores alentó a que los liderazgos científicos se comportaran como “empresarios individuales” (1974:86). El jefe de esa fábrica de conocimiento disponía no solo de los recursos del sabio y erudito, sino de la capacidad de gestión de los recursos necesarios para la actividad científica de alto rendimiento. Su nombre se había convertido en una pieza del marketing interno en la línea dorada del sistema universitario alemán. El mecenazgo se realizaba por medio de un “mercado regular” para la investigación que les otorgaba una mayor autonomía al estar sujeto no a un solo sistema de mecenazgo, sino a un stand de ofertas que hacía *“posible efectuar predicciones más o menos realistas”* (Ben-David, 1974:87).

Lo que Ben David describe da cuenta de que un Estado promotor de la actividad científica no necesariamente se apoya en condiciones burocráticamente centralizadoras con efectos atrofiantes. La curva de oportunidad que aprovechó Alemania, que a primera vista podía parecer un obstáculo, fue capitalizar las condiciones internas de competencia entre los distintos centros urbanos y universitarios. Hay que añadir que los líderes de ese mecenazgo eran intelectuales letrados, no científicos duros, el catedrático humanista viene de esa fuente y salen de sus filas las iniciativas antipragmáticas de la universidad alemana, un modelo que entraría en fase de crisis y reconstrucción durante las primeras décadas del siglo XX.

Lo que esta descripción global revela es la serie de factores que se combinaron para que fuera precisamente en Alemania donde la ciencia y la investigación tuvieran un mayor desarrollo que en Francia e Inglaterra (donde, por cierto, las tradiciones científicas eran más fuertes), y se convirtiera en el sistema más sofisticado, pasando a segundo término las razones de planificación científica o institucional y poniendo en énfasis en la dinámica de los grupos, es decir, en su peculiar composición social. En Alemania, sostiene David, la reforma del sistema educativo superior tuvo un mayor desarrollo de consecuencias no esperadas que aquellos objetivos por los que se pensó esta reforma. La localización de las condiciones que componen un medio académico, sus contrapesos disciplinares, son importantes en la medida en que el ajuste de cuentas con esos contrapesos define la orientación de la ciencia. La ciencia se

practica mediante el apoyo del sector público que garantiza la dedicación exclusiva. Sector público y ciencia se alían en una dinámica mezclada con la industria militar y de Estado.

Lewis Coser: perfiles, espacios y ambientes de los hombres de ideas

Por su parte, Lewis Coser (1980), desarrolla una sociología de la vida intelectual porque observa que los actores y artefactos cambian de acuerdo a cada espacio de producción simbólica. Formatos institucionales diferentes que producen y defienden géneros de producción cultural igualmente diferenciados. De qué clase es el producto final al que se le imprime una denominación de origen que dé cuenta de una filiación institucional legitimadora. Son espacios que no solo confeccionan tipos de productos, sino tipos de intelectuales. Coser ofrece un recorrido por las mutaciones morfológicas de la vida intelectual en el mundo moderno, a través de la transferencia de espacios y géneros del trabajo intelectual. Resalta el rol dominante de esos espacios como pasajes obligatorios de la intelectualidad.

El análisis es especialmente útil para los objetivos de este trabajo porque ayuda a enfocar una característica del mundo intelectual mexicano del periodo que analizo: la migración institucional del intelectual fue constante y transitó por los formatos más variados, desde los salones literarios del siglo XIX y los periódicos, a los departamentos y facultades universitarias, pasando por los ministerios de cultura o las grandes editoriales.²

² Con el repertorio que arma Coser, tanto de espacios como de perfiles de intelectual así como sus productos, se podría trazar un mapa donde se ubiquen las rutas que siguió el intelectual mexicano en su trayecto de transición del Porfiriato hasta la década del 40. Desde el salón, los cafés, círculos literarios, academias y universidades hasta su lugar como consejeros del caudillo, los intelectuales fungen como protagonistas de esos escenarios de socialización del debate público e intelectual. Coser no cuenta entre su inventario con una institución de socialización intelectual clave para el intelectual y político mexicano de la primera mitad del siglo XX: el bar y el restaurante y las veladas en domicilios privados que fueron retratados una y otra vez por los novelistas de principios de siglo hasta ocupar un lugar central en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán. El papel que cumplen sus instrumentos de difusión como las revistas, el ejercicio periodístico o la literatura marcaron por décadas el centro de sus actividades. Asimismo, es posible observar, en un lapso muy breve de tiempo, como esta socialización intelectual “a la francesa”, se moderniza y va trazando una línea de cambio de esos espacios tradicionales a espacios sujetos a una modernización institucional como las universidades, la burocracia, la industria y los medios de comunicación de masa.

El intelectual académico y la universidad como invernadero

Coser enfatiza el modo en que la espacialidad condiciona la vida intelectual e imprime nuevas formas y diseños de los productos culturales. Bajo el presupuesto de que cada uno de estos lugares tiene una posición de proximidad o distancia en relación al campo del poder, cada uno de estos lugares factura un tipo de posición y función social. Es necesario hacer énfasis en las propiedades históricas de cada caso particular para identificar sus peculiaridades o, en caso contrario, inscribir las coincidencias en un marco más general relativo al mundo de la producción cultural.

Al respecto, Coser traza un cuadro análogo con el caso alemán al reseñar el origen de la universidad americana. Los *college* estaban dominados por humanistas que tenían en muy poca estima los fines utilitarios de sus saberes. Poca fue la resistencia de esta elite intelectual ante la marea de demandas que provocó la aceleración del desarrollo industrial en los Estados Unidos. Por lo tanto, las raíces históricas que dieron pie a una composición heterogénea del mundo universitario norteamericano, que al igual que el alemán se encontraba en condiciones descentralizadas, donde la oferta quedaba abierta a una red extensa de universidades de prestigio, representan la base de un sistema que se transformó de manera abrupta a partir de la dinámica abierta por una red de comunicación del desarrollo científico y de las demandas técnicas y aplicadas de éste. Como en ninguna otra experiencia, el sistema universitario americano encontró una virtuosa vinculación entre la colocación ocupacional (ligada al desarrollo industrial y tecnológico) y la formación de sus graduados.

A pesar de que, al igual que Ben-David, subraya la necesidad de la burocracia académica para el funcionamiento óptimo del sistema universitario y, al mismo tiempo, advierte los desafíos que envuelve una burocracia abrasiva, Coser sostiene que, en la medida en que se fue fortaleciendo, la universidad se convirtió, (algo del todo cierto para el caso del intelectual mexicano) en el “*escenario institucional más favorable para los intelectuales*” (Coser, 1980: 291).

Como correlato regional, durante el siglo XX, pero sobre todo en la posguerra, la universidad ocupa el centro de la vida intelectual de América latina. A diferencia del siglo XIX, donde las actividades intelectuales eran producidas por agentes que no pertenecían a un claustro universitario. Predomina aun la figura del intelectual que acumula su vasta cultura a partir del sostén de una familia, socialmente favorecida. Y desde ahí podían incidir en el mundo de la cultural y de la política. Sus dotaciones intelectuales las incorporan a partir de las posibilidades que les brindaba su socialización más próxima, que en manera alguna podía ser la universidad, que por entonces, en gran parte de América Latina, estaba aún por desarrollarse. De hecho, como señala Hebe Vessuri, *“las universidades republicanas”* que fueron consolidándose en las distintas naciones independientes, fueron en gran medida *“transformaciones de las universidades coloniales”* que lograron una transición reformista gracias al alto grado de homogeneidad de su clase intelectual. Porque a pesar de la accidentada e incierta estructura institucional de las naciones independientes en el continente americano, lo cierto es que se mantuvo a la educación letrada como una frontera activa de estratificación social. Sus instituciones y sus agentes solo experimentaron un cambio de régimen, pero no una amenaza a sus condiciones de privilegio. *“En México, la depresión económica postindependencia, las guerras civiles y las invasiones extranjeras cobraron una cuota mayor sobre las iniciativas educativas pero no las destruyeron”* (Vessuri, 2007: 171).

Burocratización robusta, cientificidad asfixiada

La universidad proporciona un perímetro donde los intereses entre pares de profesionales y especialistas pueden transitar y reproducirse, permite una estabilidad económica que asegura una colocación favorable en el sistema de estratificación y, con mucha frecuencia, resguarda al académico de las inclemencias del entorno económico. Otra de las ventajas comparativas en relación a otros nichos ocupacionales está en que el empleado académico puede desarrollar su trabajo sobre la base de la libertad de cátedra, en el supuesto de defender el sentido crítico y la autonomía de su trabajo. A pesar de este supuesto, la incorporación al sistema universitario de enseñanza e investigación por parte de agentes con capitales socialmente diferenciados, la lógica interna de la organización académica y hasta el contexto político

circundante, invierten este último presupuesto, lo que Coser señala como “contratendencias” donde “el que paga la flauta”, sea directa o indirectamente “el que dé el tono”. El intelectual académico está constantemente sometido a presiones que desfiguran la imagen ideal del catedrático universitario dedicado “*al pensamiento puro y la investigación autónoma*” (Coser, 1980:291). Este mecanismo ocasiona que los pasos de ascenso de una carrera universitaria media sean lentos, mientras que los requisitos al interior de ese intervalo de una posición a otra sean más bien vertiginosos y delimitados por las fronteras que impone el grupo dominante.³ Rituales de conducta, señalizaciones de tránsito interno para respetar el tráfico entre los distintos departamentos y subdivisiones académico-burocráticas, disciplina escolar en aspectos de carácter meramente formal, respeto y adulación de jerarquías establecidas, todo ello contribuye a la inversión del intelectual académico en funcionario del saber simulado o en gestor no del saber especializado que ha acumulado, sino de su imagen y posición dentro de la estructura del campo que estimula “*una fuente adicional de profesionalización que surge, no del desarrollo inherente del conocimiento, sino de la estructura orgánica específica de la universidad moderna.*”(Coser, 1980:294). El intelectual académico encarna este proceso debido a que es un agente activo de la maquinaria que sostiene su trabajo intelectual, a la vez que forma parte de la construcción de muros y trampas burocráticas que lo constriñen.

³ Coser parece anunciar aquí un mal que aqueja a los centros universitarios derivado de la perversión burocrática en su sistema de certificación y calificación de su personal académico. Una de esas consecuencias es la tendencia irreversible que exige al profesional académico a dar volumen a una suerte de “publiquería” personal, ciertamente “académica”, pero sobre todo notablemente pseudocientífica, condicionando su ascenso –y su ingreso– en el escalafón universitario a ese régimen cuantitativo de valoración de su desempeño. El académico se ve forzado a entrenar la musculatura de sus habilidades intelectuales para hacer frente a las pruebas contrarreloj, en detrimento de los desplazamientos de fondo que implicaría la proyección de trabajos que precisen años de profundización y construcción del objeto. Los monografistas y articulistas de la universidad moderna combaten ahora en la jaula octagonal de las artes marciales mixtas, donde la exigencia física es muy alta, y dada la explosividad y violencia que implica, solo pueden pelear cinco rounds como máximo para acabar ensangrentados. Si vale la metáfora, es obvio que el formato de doce rounds del box, que permitía una estrategia a mediano y largo plazo de la pelea, ha desaparecido bajo las reglas del Ogro burocrático-científico que podemos identificar en nuestro contexto con Conacyt y el SNI.

La universidad como incubadora del liderazgo político y eje de la movilidad en la estructura de dominación

La transformación interna de la universidad cobra sentido en la medida en que a través de esta transformación se vislumbra la orientación de los nuevos procesos de reclutamiento de las élites para las tareas de mando. A grandes rasgos, se trata del proceso por el cual la universidad se convertiría en un centro de capacitación y adiestramiento de personal para labores técnico-útiles y de formación política, a la par de consolidar sus funciones como el lugar por definición de la investigación científica. Este proceso trajo consigo el desplazamiento del erudito, del sabio hombre de letras, poseedor de una cultura general que lo facultaba para ejercer el liderazgo para un grupo de fieles seguidores que en su conjunto conformaban un grupo de elite. Esa etapa donde el catedrático sabio dominaba la escena universitaria, tiene una explicación directamente relacionada con el disminuido número de sujetos podían tener acceso a la formación de nivel superior. Una vez que esta se masificó, se incrementaron al mismo tiempo “*tendencias más generales hacia la especialización del conocimiento*” (Coser, 1980:297). Por otro lado, Coser pone atención en el campo de fuerza externo que circunda el invernadero universitario instalado en medio de una sociedad compleja y diferenciada.

Tanto el gobierno como la iniciativa privada se convierten en “usuarios” de la producción del conocimiento y de profesionales especializados. En el fondo, lo que parece estar en discusión es cómo el Estado absorbe a una “tribu inquieta” que paradójicamente asume casi sin protesta la cartilla de vacunación de la quietud: base económica, relativa autonomía crítica, privilegios laborales completamente impensables en otros sectores del mercado de trabajo. Pueden suscribir todas las banderas de resistencia y oposición al régimen político, pero, su filiación institucional los inscribe en la franja más conservadora por el grado de subordinación que mantienen, como apuntó Bourdieu, con el campo del poder. Si el mundo académico se convierte en el lugar “privilegiado” para los intelectuales, esto no hace difícil entenderlo como un refugio, útil sobre todo para los dominados del campo intelectual que, tanto fuera como dentro del mundo universitario, son los que tiene menos capital intelectual y quedan subordinados a los poderes políticos (esta será una de las tesis centrales de

interpretación para entender las reacciones de un intelectual como Mendieta). Por el contrario, los sabios con linaje o los autores independientes que lograron ejercer una influencia perdurable *“pueden en ocasiones trascender las limitaciones y seguir adelante sin la pretensión de las órdenes institucionales, pero los intelectuales comunes y corrientes, como los hombres comunes y corrientes, necesitan instituciones que los sostengan”* (Coser, 1980: 305)

El intelectual orgánico y la administración del poder público mediante el simbólico

Pero los intelectuales no solo son formateados por sus distintas trincheras, esto significaría pensarlos como esferas flotantes que se resisten al campo gravitacional del entorno social. Una faceta que los define está en el tipo de reacciones que toman en tiempos convulsos, cómo aprovechan o encaran espacios de oportunidad. No es casualidad que Coser tome como ejemplos centrales el papel de los intelectuales tanto en la Revolución francesa como en la Revolución rusa. Tal como sucedió en nuestra experiencia, la Revolución también abrió las expectativas para que los intelectuales aspiren a tomar el mando en una sociedad, toda vez que ha suspendido la definición de su orientación a causa de un contexto político inestable. Sus caminos tampoco son abundantes en opciones. Aspiran al poder por vías internas (socavando desde adentro, diría Coser), por ejemplo, desde la burocracia política. Se conforman con ser parte de las tareas de mando como peones simbólicos de la máquina de legitimación política mediante la elaboración discursiva que apuntale a la clase dirigente o, por el contrario, se inscriben en un ejercicio crítico con el orden hegemónico, no sin advertir que incluso esta última opción puede tener el efecto adverso de legitimar indirectamente. Los intelectuales comienzan sus funciones públicas en el contexto de circunstancias donde “las posibilidades del hacer” aparecen como un llamado, como una suerte de epifanía dirigida hacia ellos como sujetos excepcionales.

El papel de los intelectuales en su cercanía con el poder político, sus marcos de influencia, su rol como “cortezanos, expertos o técnicos” para mantener la proximidad en la toma de decisiones, son elementos que forman parte de su trayectoria. Si las “responsabilidades” heredadas del quehacer intelectual abarcaban el ámbito político y cultural, las soluciones

deben tener un inconfundible sello técnico en su diseño y, desde este punto de vista, lo más cercano posible de la neutralidad política o lo más lejano posible de la posición crítica. De nuevo, debemos advertir la difusividad de contornos con la que Mannheim trazó a los intelectuales para comprender las razones por las que se mantuvieron a flote en distintos ámbitos y funciones de la administración pública. Es inevitable preguntarse sobre las condiciones de sociabilidad política de los intelectuales técnicos que habían dejado el manto de la casta letrada para inscribirse como funcionarios. Porque si bien existió en ambas un significado social con el que impregnan sus iniciativas, el carácter fue distinto, pues el intelectual especializado inexperto es más optimista sobre el alcance de su actividad y, paradójicamente, menos comprometido, como técnico, con sus iniciativas políticas; es decir, que abandona la aspiración de convertirse en el sabio-rey, no ya el intelectual con sueños de gran estadista, sino el colaborador especializado, el asesor disciplinado y, sobre todo, ser partícipe de las “bondades” del Estado al convertirse clientes sujetos a ciertos privilegios. Por eso su labor se circunscribe a partir de entonces a la posibilidad de integrar soluciones concretas y prácticas. Así, el intelectual da un salto del mero reconocimiento elitista del cenáculo o círculo literario, al reconocimiento público de su labor gracias a la unción del Estado, por más específico que resultara su labor. Ponemos especial atención en el intelectual burócrata:

“El carácter específico o la amplitud de las demandas de los políticos a los intelectuales burocráticos parecen determinados en gran parte por el punto concreto de la línea política que se consulta al intelectual. [...] Sin embargo, en la situación más típica, el intelectual burocrático sólo es consultado después de que se ha elegido una línea general de acción y solamente se la pide que suministre información para la política que ya se ha determinado. [...] Esta severa limitación de su perspectiva lo obliga a poner atención solamente en aquel orden de datos que puede ser útil para poner en vigor los propósitos del político” (Coser, 1980: 328).

La esfera técnica y el saber experto no están en condiciones de dictarle al poder político las instrucciones derivadas de su diagnóstico ilustrado. Su papel, históricamente limitado a sugerir escenarios, plantear posibilidades de acción, bosquejar consecuencias, se remite a orientar desde los márgenes circundantes de la decisión política. Max Weber apostilla este análisis al indicar que esta aparente limitación del saber experto en las decisiones de orden político tiene como causa principal que estas se llevan a cabo en el mundo de los valores, ámbito no susceptible a ser determinado a partir de una fundamentación científica. Lo que el

científico puede avizorar es el esquema de costos a partir de la adopción de una u otra posición política.

En cada una de estas experiencias, si seguimos el cuadro que arma Coser de las dos primeras, la burocracia termina siendo la pieza que organiza toda la interpretación de los intelectuales en el poder, pista que desarrollaremos en el segundo capítulo.

Bourdieu: los intelectuales y la metáfora del campo de juego

Bourdieu formaliza conceptualmente el nudo argumental de los autores previamente expuestos. Muestra cómo el mundo intelectual, al automatizarse, constituye un “mundo aparte” que erige sus propias reglas y funciones diferenciadoras con otros campos. Asimismo, la función diferenciadora no inhibe la posibilidad de establecer homologías estructurales con otros campos de producción cultural. Describe cómo ese mundo aparte puede pensarse a partir de identificar los resortes más significativos en la configuración del mundo social: intereses de grupos, estrategias de reproducción, luchas internas entre diferentes actores e instituciones sociales. No se trata introducir una substanciación en el proceso de autonomización del campo intelectual. La separación del mundo de producción simbólica no adopta, para Bourdieu, una irreductibilidad, al contrario, se trata de una segregación, solo parcialmente autorreferencial, que deja abierta la posibilidad de identidad estructural con otras esferas del mundo social. Para pensar de manera relacional a ese objeto que estamos por construir, es decir, el mundo intelectual que a su vez produce un tipo de intelectual, es preciso observar las relaciones dentro de ese espacio de juego como situaciones concretas que llevan implícitas posiciones de jerarquía asignadas previamente. “Lo que debe ser objetivado no es (sólo) el individuo que hace la investigación en su idiosincrasia biográfica sino la posición que ocupa en el espacio académico y los sesgos ocupados por el punto de vista que adopta en virtud de estar “*off-side*”, o fuera de juego (*hors jeu*)” (Bourdieu, 2014:106). En el mundo intelectual, su sistema de reglas y valores, pero sobre todo, sus “apuestas específicas” por las que se articulan las estrategias y disputas, constituyen el diferencial específico de la constitución como mundo aparte. (Bourdieu, 2000: 145). Como una suerte de candado que esfuma la idea de un mundo aparte totalmente autónomo, Bourdieu insiste una y otra vez en mirar al campo intelectual y a los intelectuales como un segmento

subordinado dentro de la dimensión, mucho más amplia, del campo del poder, entendido como las tensiones de fuerza que ejercen distintas denominaciones de poder en los que se pone en juego los contenidos y magnitudes de los distintos capitales con el fin de monopolizar la legitimación de las posiciones dominantes:

“Se trata de un espacio de juego y competencia donde los agentes e instituciones sociales que poseen la suficiente cantidad de capital específico (económico y cultural en particular) para ocupar las posiciones dominantes dentro de sus respectivos campos [...] se enfrentan entre sí en estrategias que apuntan a preservar o transformar este balance de fuerzas” (conferencia inédita, “The Field of Power”, Universidad de Wisconsin en Madison, abril de 1989, nota al pie en: Bourdieu, 2008: 111)

Para el caso mexicano, la certificación educacional, como vía de acceso a las clases dirigentes, es a menudo dada por sentada como parte de la dinámica de movilidad y ascenso social, pero dada las relaciones tan estrechas entre el campo intelectual y la clase dirigente, donde efectivamente los intelectuales ocuparon posiciones de primera línea, no basta con señalar aspectos relacionales entre el campo intelectual y el campo político, sino analizar las posiciones que ocuparon los intelectuales como posiciones híbridas, en las que un mismo agente transitaba de un campo a otro. Por tanto, la disputa por la legitimidad de las posiciones dominantes podía estar ciertamente determinada por la doble faceta de ese agente que podía tener su campo de acción tanto en la política como en el mundo de la cultura.

Todo es cuestión de habitus, (casi siempre)

El elemento cognitivo con el que Bourdieu esclarece con mayor profundidad el análisis de los intelectuales es la noción de *habitus*. Por medio de esta noción es posible entender la lógica del juego en el campo intelectual entre ese tipo *sui generis* de agentes, portadores de diferentes sistemas de percepción y apreciación del mundo. El agente intelectual, visto desde su *habitus*, es resultado de dos ejes conectados: el origen social, vertebrado por la familia, y la composición diferenciada de capitales de la trayectoria vital de un agente (económico, político, social, cultural). Estas inyecciones de capital se distribuyen en un agente en proporciones diferenciadas. Esa composición diferente de capital condiciona el ingreso del

agente a su posición dentro del campo, pero no solo eso, unifica el sistema de prácticas y de orientaciones ideológicas que caracteriza a un grupo de actores sociales. (Bourdieu. 2014: 31)

No cobraría ningún sentido la argumentación subyacente en “Los herederos”, por mencionar un ejemplo (según la cual las instituciones consagratorias de educación superior en Francia refuerzan las desigualdades sociales), sin el anclaje estructural de los distintos capitales acumulados en torno al origen familiar. La noción de “heredero” es también central en nuestro análisis para entender cómo se reacomodó el tablero de posiciones del campo intelectual y del sistema político en el periodo estudiado.

A su vez, el tipo de intelectual que tenemos por objeto exponer no puede comprenderse sin desglosar su trayectoria vital como parte de una posición precaria y de desventaja en la “selección” social a la que fue integrado por mecanismos abiertos por la coyuntura política, pero, al mismo tiempo, cerrados por las prerrogativas ejercidas por el poder simbólico de los caudillos culturales más emblemáticos y que contó con la aquiescencia subordinada de aquellos que estaban en condiciones de desventaja por déficits en sus disposiciones de capital. Éstos últimos seguían, como ruta única, los caminos abiertos de la reproducción por certificación escolar y tomaban las señalizaciones requeridas por el sistema de asignaciones para ascender o, en su caso, defender las posiciones logradas. Como “aspirantes” desposeídos, mutilados sociales o en desventaja simple, empujaron hasta el límite las posibilidades del único patrimonio accesible para ellos: la educación. Pero, más importante aún, estos intelectuales no deben ser vistos como sujetos que se hacen a sí mismos, como lo contaría la historia biográfica del héroe que llega a ser por sus propios méritos; sino como agentes que movilizaron sus posibilidades dentro de posiciones posibles y limitadas, aún más para ellos como el reducto subordinado de lo que a su vez es, como campo intelectual inscrito en relaciones de fuerza con el campo del poder, una “*fracción dominada de la clase dominante*” (Bourdieu, 2014:32). Es así como la formación educativa se convierte en un índice importante en la experiencia social del intelectual, representa el eje primario de socialización y movilidad social y política. Veremos cómo en México, el sistema de reclutamiento político de las elites es incomprensible sin la formación educativa. Más que en ningún otro momento de la historia del país, el sistema educativo quedó condicionado por el

contexto nacional y, paralelamente, tampoco en ningún otro momento el sistema de educación superior de las instituciones nacionales definió tantos patrones en el liderazgo político mexicano.⁴

Para complementar esas nociones centrales de la obra de Bourdieu, el espacio social se introduce como el factor hipotético de construcción de posibles escenarios de interpretación. Un espacio social compuesto por el ordenamiento de posiciones que abren sitio a la emergencia de nuevas posiciones. El costo de pugnar por encontrar un posicionamiento fijo dentro de ese espacio social puede dilatarse o acelerarse a partir de las relaciones de fuerzas dentro del campo. Ahí, estas relaciones de fuerza ejercen flujos de dominación y subordinación entre ellas. El punto de arranque no coloca a estas posiciones en una franja horizontal donde se parta de condiciones equilibradas, al contrario, el campo está ordenado verticalmente bajo el principio de jerarquización. Para poder ser interpretados, los actores son arrojados a ese campo de fuerza con sus respectivos “stocks” de capital y se deducen de ahí aspectos explicativos del porqué su trayectoria tomó ciertas orientaciones o, en palabras de Bourdieu, “tomas de posición”, a partir del “sistema de relaciones constitutivas de la clase de los hechos (reales o posibles) del que forma parte socio-lógicamente” (Bourdieu, 2014: 23)

Se revela con todo ello que las trayectorias de los actores, cumplen en última instancia asignaciones sociales disponibles. Ellas representan el motor tácito de sus avatares biográficos. El propio Bourdieu sugiere que esta sobredeterminación que cumplen las fijaciones posicionales de un campo de fuerza que demandan un determinado acervo de capital de un sujeto, no debe ser tomada en términos absolutos, pero sí como hechos sociales predominantes que generan tendencias que reproducen y refuerzan el orden social que, a su vez, las garantiza.

⁴ El discurso de inauguración de la Universidad Nacional por parte de Vasconcelos es representativo no solo de un nuevo modelo de educación, sino de toda una concepción social ligada a la educación pública donde la clase letrada era llamada a una misión: educación y Estado, formación educativa y burocracia, se dan la mano para redefinir la realidad del país y, de paso, establecer el fuerte vínculo entre el Estado y el campo intelectual.

Una fotografía aérea de las posiciones en un determinado momento histórico, secuenciada durante un periodo más o menos largo, puede arrojar un campo poco dinámico en la medida en que se cierran estas posiciones sobre sí mismas sin abrir espacio de juego a la emergencia de nuevas posiciones que obliguen a un reacomodo general. Por el contrario, si esas posiciones se mueven con mayor fluidez, indicará que el campo se ve asaltado por grupos emergentes que reacomodan las propiedades del campo. El tipo de intelectual que analizo en este trabajo, confeccionado a partir de una realidad empírica situada históricamente, es un claro ejemplo de figura emergente que da pie a subcampos igualmente emergentes, no como un logro individual, sino como el resultado de la flotación de grupos nuevos que buscan posicionarse. Para sintetizar la propuesta en su conjunto, la configuración sugerida por Bourdieu se sostiene en el *“análisis de la relación entre las posiciones sociales (concepto relacional), las disposiciones (o los habitus) y las tomas de posición, las elecciones operadas en los dominios más diferentes de la práctica, en cocina o en deportes, e música o en política, etc., por los agentes sociales”* (Bourdieu, 2008: 28). Analizar el origen social de los intelectuales a la luz de que ellos, a su vez, son intérpretes singulares de la realidad social, y de su propio quehacer, está condicionado por su experiencia social y política. Desde Weber, la supuesta neutralidad de la ciencia puede inferirse de sus pretensiones discursivas, pero no de una abstracción esterilizada de la experiencia social, la experiencia social del investigador.⁵ *Mutatis mutandis*, los intelectuales, vistos desde una población ampliada a otras actividades culturales, son, como una fracción de la sociedad, pertenecen a una experiencia social siempre diferenciada. Si nosotros, desde el campo disciplinar de la sociología, sacamos ciertos cursos de vida en el camino de construcción del objeto, no podrá

⁵ “Entre el interés “histórico” por una crónica familiar y el interés por el desarrollo de los más vastos fenómenos culturales concebibles, que eran y son comunes a una nación o a la humanidad durante largas épocas, hay una infinita escala de “significaciones”, cuyas serie difiere en cada uno de nosotros. Como es natural, estas varían históricamente de acuerdo con el carácter de la cultura y de las ideas que guían a los hombres. Pero de esto no se sigue, evidentemente, que la investigación en las ciencias de la cultura sólo pueda tener resultados “subjetivos”, en el sentido de válidos para una persona y no para otras. Antes bien, lo que varía es el grado que interesa a diversas personas. En otras palabras, qué pase a ser objeto de la investigación y en qué medida se extienda ésta en la infinitud de las conexiones causales, estará determinado por las ideas de valor que dominen al investigador y a su época. En cuanto al “cómo”, al método de investigación, el “punto de vista” orientador es determinante —como hemos de ver— para la construcción del esquema conceptual que se empleará en la investigación. En el modo de su uso, sin embargo, el investigador está evidentemente ligado, en este caso como en todos por las normas de nuestro pensamiento. Pues la verdad científica es lo que pretende valer para todos aquellos que quieren la verdad” (Ensayos sobre metodología sociológica. La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social, p. 73).

entenderse sino como un sujeto ligado a su obra, a su horizonte histórico, pero despersonalizado y sin ubicación alguna dentro de la estructura social donde, invariablemente, son proyectadas las experiencias extraídas de sus trayectorias biográficas particulares.

Al analizar una trayectoria, por ejemplo, las apuestas familiares significan también una pista para perfilar la posición del sujeto dentro del espacio social, ¿cómo y en qué condiciones previas devino su trayectoria como intelectual? Esas inversiones están condicionadas por la posición que tiene la familia en la estructura social, y, desde el punto de vista diacrónico, también es medular observar si la familia viene de una experiencia de ascenso o descenso social. Las estrategias de reproducción están en función de esa serie de situaciones objetivas que pueden ser registradas y de las cuales se derivan relaciones entre expectativa e inversión, entre lo que en un miembro de esa familia se acentúa más que en otro, de acuerdo a lo que se espera en directa relación a lo éste recibe.

Otro tanto sucede cuando se interroga acerca de las condiciones para que exista la vida intelectual, las formas de existencia social ligadas a la vida intelectual. En América latina encontramos diarios, revistas, universidades, como en otras partes de occidente, pero además, encontramos el desarrollo de mecenazgos culturales que monopolizaron la escena gracias a una composición política muy compleja. La actitud de los intelectuales respecto al estado y la vida política va a depender, de nuevo, de la posición que ocupa en el sistema de estratificación social, de su tradición, sus concepciones del quehacer intelectual para esa comunidad.

Lo que se disputa el campo intelectual es el dominio de los bienes culturales, su producción y circulación, las determinaciones para el acceso a estos bienes. Esta circulación y producción de bienes nunca van a tener un grado de verificación confiable sobre el tipo de impacto que va a ejercer en los distintos grupos ni en el acceso diferenciado que éstos tendrán. Pero el espacio de disputa elude esta tarea en tanto es capaz de formar un sedimento que tenga garantizado un piso mínimo de autonomía. Como señalamos al principio de este apartado, cuando el campo intelectual se constituye como una capa emergente del mundo social, logra un grado importante de separación de éste en tanto constituye reglas propias. La vida intelectual, en consecuencia, se va a politizar, entra en disputa intestina provocada por un

ambiente más heterogéneo. Abrir el campo a la pluralidad tiene como resultante mecanismos de dominación al interior de éste.

Capítulo II

LA BURORACIA INTELECTUALIZADA DEL ESTADO

“En México el Estado pertenece a la doble burocracia: la tecnocracia administrativa y la casta política. Ahora bien Estas burocracias no son autónomas y viven en continua relación –rivalidad, complicidad, alianzas y rupturas–

Octavio Paz, El ogro filantrópico (1979)

“Entre 1916 y 1920, las resistencias eran vencidas; en esa última fecha Obregón alcanzaba la presidencia, y se consolidaba el poder revolucionario. La experiencia había costado centenares de miles de muertos y diez años de colapso para la economía mexicana. El resultado era la hegemonía política de los generales norteros que arbitraban entre un movimiento obrero bien pronto corroído por la corrupción y uno campesino que se mostraba, luego de haber alimentado el furor revolucionario, inesperadamente moderado. Al mismo tiempo, el personal político y aun militar volvía a menudo a reclutarse entre los fieles servidores de la situación prerrevolucionaria, cuya docilidad Obregón aprendió pronto a apreciar también como Díaz”

Halperin Donghi (1972)

“¿Qué interés político habrá de emprender la tarea de resolver el problema de la síntesis y quién tratará de realizarlo en la sociedad?”

Karl Mannheim, Ideología y utopía.

Introducción

El objetivo de este capítulo está centrado en cualificar la zona de intersección entre Estado y burocracia como clave para interpretar el rol específico de los intelectuales en ese espacio de juego político. Uno de los aspectos que enfocaremos será la *función legitimadora* de los intelectuales dentro del régimen político. Como base de discusión teórica, me apoyaré en uno de los problemas que mantuvo en vilo la sociología política de Weber: la tensión intrínseca entre el Estado, tomado como la determinación última del poder político, y el aparato burocrático, instrumento indispensable en la ejecución de ese poder. A partir de esta contraposición, Weber introduce un enfrentamiento entre el liderazgo político, basado en el carisma, y la tendencia del personal burocrático no solo de neutralizar las funciones del Estado reduciéndolas a su carácter administrativo, sino a la de aspirar a usurpar el poder político desde su posición de técnicos-funcionarios.

Para lograr convertirse en una opción política y aspirar al poder, los intelectuales de la alta burocracia mexicana en los años 20 y 30 no sólo debían entender el juego político derivado de la lógica corporativa del sistema político, debían quitarse los lentes y el moño, dejar la pluma y salir a la plaza pública, es decir, debían convertirse en líderes políticos. Pero por encima de ello, el intelectual debía entender y aceptar (cosa que, por citar un ejemplo, Gómez Morín entendió y no aceptó) que la política exigía cabildear no como intelectuales, ni siquiera como políticos propiamente dicho, en el sentido que su acción estará ligada a una “orientación político-Estatal”, sino como hombre de negocios. Y como Weber advirtió bien: *“Esta situación le aumentaría a la burocracia la tentación y las posibilidades de afianzar su propio poder a base de jugar con los distintos intereses materiales contrapuestos y de establecer un sistema aún más intenso de patronazgo de cargos y de concesiones de prebendas”* (Weber, 1991:135). Algo que, por lo demás, entendió muy bien la generación de políticos encabezada por Miguel Alemán.

Tomando como presupuesto el lugar central de los intelectuales en el aparato burocrático en México y las confrontaciones emblemáticas que mantuvieron con los jefes políticos, el “Estado” y la “burocracia” desde sus determinaciones conceptuales y sus contrapuntos empíricos, serán los dos polos en los que esté sujeta toda la discusión de este capítulo.

Además, es necesario advertir que este capítulo tiene una función transicional en la composición orgánica de este trabajo, pues se encuentra a medio camino entre el esbozo teórico establecido en la primera parte y el caso concreto que será desarrollado en la sección final. Al mismo tiempo que representa un corte con el primer capítulo, también puentea la discusión al movilizar no solo un replanteamiento de los conceptos “Estado” y “burocracia”, sino estableciendo un vínculo directo entre ellos mediado por una reinterpretación del caso que me atañe. Todo ello a condición de ir eliminando el excedente teórico con el fin de reducir también los riesgos que conlleva forzar preceptos teóricos ajenos al caso.⁶ Si bien este propósito no se acatará con todas sus consecuencias sino hasta el tercer y último capítulo, es preciso no perder de vista que el propósito que entraña esta sección intermedia del trabajo es la de construir un escenario de fondo, un “contexto” problematizado que permita establecer la coordenadas en las que colocaremos la figura de Mendieta y Núñez, no como actor particular, sino como un *tipo de intelectual posible* dentro de las condiciones objetivas dadas por esa estructura de coerciones preestablecida.

En ese sentido no será un capítulo que ofrezca una historia sociologizada del caso empírico, es decir, que dé cuenta de una trama de actores y sucesos que respondan en su singularidad como caso a la puntualización teórica que acá esbozamos. Si ese fuese el esquema argumental que persigo, sería necesario determinar y reconstruir cuáles y quiénes encarnaron las relaciones y los actores concretos que apoyan la hipótesis deslizada a partir del planteamiento teórico. Un desafío tal, que implique la traducción de ese registro abstracto a su aplicación empírica, exigiría poner *en situación* los marcos de referencia con los que sería consecuente interpretar, por ejemplo, la suerte que corrieron algunos miembros del Ateneo de la Juventud; la deriva vasconcelista en su disputa por el poder, yendo de su paso por la Secretaría de Educación hasta las consecuencias de su candidatura a la presidencia de la república en 1929;

⁶ “el conocimiento teórico debe un gran número de sus propiedades más esenciales al hecho de que las condiciones en las cuales se produce no son las de la práctica” (Bourdieu, 2014: 104)

asimismo, tendría que responder cuáles fueron las principales estrategias de los caudillos políticos y sus camarillas (Obregón, Calles, Cárdenas), para mantener a raya al “profesor funcionario” que aspiraba al poder, y a la inversa, describir cual fue la respuesta de los intelectuales, o de los sectores emergentes educados, para conseguir la hegemonía política a partir del gobierno de Miguel Alemán. Y así por el estilo. Esto sería algo más que deseable pero rebasa las expectativas puestas en este trabajo. Por ello, estos casos solo quedarán esbozados y sugeridos en medio de una discusión preparatoria que está centrada, como ya mencioné, en construir un marco o contexto de interpretación que a su vez interpele directamente el caso concreto, es decir, la definición de un tipo de intelectual que, insisto, más allá de sus atributos personales, da cuenta de características que lo habilitaron para ocupar un sitio en las posiciones sociales que estaban disponibles al tiempo que lo inhabilitaron para otras.

Estado y burocracia: los albergues públicos del intelectual mexicano

Comparativamente, la cercanía de los intelectuales con el poder constituye, en la historia latinoamericana de la primera mitad del siglo XX, una característica que se acentúa con mayor intensidad en México que en el resto de los países de la región (Rama, 1998). No es casual que Roderic Camp, en la conformación de la “población de élite” que analiza a partir del grado de su influencia política durante ese periodo, excluya de su estudio a los liderazgos empresariales y clericales, y se centre en el sector militar y, sobre todo, en aquellas personas que obtuvieron una formación educativa que los dispuso a ocupar un lugar en la toma de decisiones políticas (Camp: 1985:13). Las rutas de acceso en la colocación de los intelectuales a las posiciones de liderazgo político se mantuvieron casi sin alteración a pesar de las profundas transformaciones provocadas por la Revolución en otras esferas de la vida social. Más aún, fueron esas transformaciones las que precipitaron e intensificaron la enorme gravitación pública de los intelectuales en las décadas de estabilización y consolidación del régimen político posrevolucionario. Los personajes podían cambiar su extracción social, o mantenerla, podían sentirse parte del cambio o disentir de él, incluso ya listos para ejercer su profesión podían manifestar actitudes de distancia o compromiso, pero a la gran mayoría de ellos los unía la común iniciación y pertenencia al sistema de educación pública.

Para el caso del mundo intelectual de ese periodo, es posible afirmar que los nuevos escenarios sociales precisaron de viejos escenarios institucionales. La educación media y superior del régimen porfirista, como sistema de colocación para el servicio público, siguió siendo el canal más fiable de desarrollo en las aspiraciones políticas e intelectuales. Al menos en la primera etapa de la posrevolución (a la que una parte de la historiografía de la Revolución llama de “reconstrucción”), no existieron rastros de derrumbe en la segmentación educativa que representó para el Porfiriato tanto la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) y la Escuela Nacional de Jurisprudencia (ENJ), como otras escuelas integradas a la Universidad Nacional, al contrario, la caída del antiguo régimen no solo no representó el desmantelamiento de esa estructura, sino que se reforzó aún más como factor estructural del reclutamiento, permaneciendo como la principal cantera del liderazgo tanto de la estructura burocrática como del mundo intelectual.

Así, la formación educativa, que desde el Porfiriato significó una certificación autorizada de participación en las estructuras del Estado, siguió siendo para el nuevo régimen el principal patrón de distinción al interior de la elite dirigente. Sin embargo, sería falso afirmar que se trataba de un mecanismo de estratificación social rígido. La cuestión puede ser colocada en la descripción de factores que obligaron a flexibilizar los dispositivos de integración de un nuevo régimen político que, con una renovada dotación de actores y demandas, estableció condiciones de reproducción para asegurar la continuidad de viejos grupos y engranajes, sin por ello cerrarle las puertas a la emergencia de nuevos actores sociales ni a las demandas que promovían.

Por eso, ya sea en forma velada o explícita, es común señalar la íntima relación entre la composición del sistema educativo superior y la evolución de la burocracia estatal (Camp, 1985; 1981; Garciadiego, 2000; Zaid, 1988). Durante los primeros decenios de la difícil -y no exenta de sobresaltos y retrocesos- estabilización política del país, un periodo que puede fecharse entre 1920 y 1940, la clase política se amplía debido a que se acentúa el nivel de permeabilidad a partir de una apertura del sistema de reclutamiento de sus capas dirigentes. En México, a diferencia de otros modelos de ingreso al servicio burocrático⁷, este ingreso no

⁷ Un ejemplo es el estudio comparado de la composición de los sistemas burocráticos en las sociedades modernas es el desarrollado por Francoise Dreyfus en *La invención de la burocracia. Servir al Estado en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, siglos XVIII-XX*, Editorial Biblos, 2012.

se dio a través de un examen o un proceso similar, sino a través de las instituciones, no más de tres o cuatro, localizadas en el Distrito Federal, que colocaban a sus graduados para ocupar un sitio en el régimen de cargos. El panorama se estrecha más si a esta centralización y delimitación institucional se le agrega la variable demográfica: durante la primera mitad del siglo XX, solo un reducido porcentaje de la población tuvo acceso a la preparatoria y la universidad. Esta condición contribuyó a que un sector minúsculo de la sociedad se distinguiera como la “minoría rectora de la etapa constructiva” del nuevo escenario social y político (Olvera, 2004:42). En los siguientes apartados se desglosarán cada una de estas cuestiones.

Burocracia: una discusión tardía

Si nos atenemos a la tradición del pensamiento político, el tema de la burocracia, como instrumento administrativo del Estado moderno, es relativamente tardío. Hasta el siglo XVIII, la filosofía política -de Hobbes y Locke hasta Montesquieu y Rousseau- había alcanzado un alto desarrollo centrada en la relación entre los individuos y la institución del poder político mediante el contrato, el pacto, la voluntad o la asociación de la mayoría con el fin de asegurar la paz, “proteger la vida, la libertad y la propiedad” (Sabine, 1968: 393). Los dilemas entre libertad y la constitución del poder político, el problema del tránsito entre el estado de naturaleza y la institución autorizada y consensada del gobierno soberano, la importancia del derecho, la moralidad pública y el constitucionalismo, por citar solo algunos aspectos, fueron temas centrales para el pensamiento político moderno. Por sobre todos estos aspectos de la ciencia política destaca la importancia que concedieron al Estado, sentando con ello la base conceptual que alcanzaría con Hegel su mayor desarrollo especulativo.

A diferencia del Estado como fuente de legitimidad y catalizador del poder político, la burocracia no fue tomada como un elemento central hasta que no apareció la cuestión del “funcionariado” como una parte orgánica y estructural del Estado.⁸ Como señala Bourdieu, *“tanto en Francia como en Inglaterra, el largo período de transición del Estado dinástico al Estado burocrático está marcado en su totalidad por la lucha entre quienes no desean*

⁸ Francois Dreyfus, *La invención de la burocracia. Servir al Estado en Francia*, Gran Bretaña Estados Unidos, Editorial Biblos, 2012.

conocer ni reconocer otra cosa que las estrategias de reproducción de base familiar (los hermanos del rey), fundadas sobre los lazos de sangre, y quienes invocan las estrategias de reproducción burocráticas (los ministros del rey), fundadas sobre la transmisión escolar del capital cultural”. (Bourdieu, 2011: 40)

Por otra parte, si bien muchos sistemas políticos tuvieron en cuenta, tanto por su eficacia como por su principio racional, el modelo weberiano de burocracia, éste se demostró insuficiente e inapropiado para realidades políticas que requerían funciones del Estado a partir de demandas, necesidades y actores resistentes al esquema racional. Así ocurrió en el caso mexicano para el periodo analizado. Ni el reclutamiento profesional y objetivo, la disciplina, la precisión, el deber, la racionalidad, la neutralidad y demás atributos de eso que desde un tipo ideal se designó como "burocracia administrativa moderna", fueron signo característico del establecimiento administrativo de las funciones del Estado. Se fincó una burocracia *sui generis* con una racionalidad igualmente particular.

La "racionalidad" en el papel del Estado reflejada en sus órganos burocráticos vuelve a traernos la idea de que la organización de sus funciones es producto de un complejo proceso político que involucra muchas dimensiones, intereses y actores sociales. Puede, en consecuencia, verificarse en este proceso la acepción “restringida” del significado de la burocracia en Weber: “se trata del tipo de un orden de dominación específico dentro del terreno político. Desde esta perspectiva, se considera a las personas como el grupo definido de personas cuyas actividades se ejercen en el ámbito estatal” (Zabludovsky: 2007:108).

¿Qué tipo de organización burocrática montó el nuevo Estado y cuáles eran los imperativos que obligaron a fincar ese aparato administrativo? La burocracia del periodo que abordamos, de qué tipo fue: ¿moderna o patrimonial? ¿Por qué el estudio de la burocracia es importante para entender cómo se organizó el campo intelectual en México? Partimos de un hecho que, dada la íntima relación entre los intelectuales y el servicio público, es clave para el análisis de la burocracia como medio para describir los patrones de relación, incorporación e integración de los intelectuales a las estructuras del Estado. En el periodo analizado, la burocracia cultural se conformó por intelectuales que se ven a sí mismos como partícipes de la evolución del poder político manifiesto en la ampliación del aparato público. En una

relación inversamente proporcional, la dependencia que guardan los intelectuales con el Estado está relacionada con un mercado autónomo de bienes culturales poco desarrollado.

El análisis de la formación burocrática del régimen permite una entrada privilegiada al problema de investigación. Más de un aspecto central de la composición de la comunidad de intelectuales en México está determinado por el desarrollo de la administración del aparato público. De hecho, la singularidad de los intelectuales mexicanos no está, como lo sostuvo Garciadiego (2010), en la internación voluntaria de los intelectuales a la galera de la Revolución mexicana, circunstancia que les impidió atender procesos externos. Si hubiera que decantarse por una “singularidad” la encontraríamos en la clave del servicio burocrático y la intensa y decisiva participación de los intelectuales en la estructura del poder político, cosa que con mucha razón sostuvo ya Ángel Rama (1998:123).

Antes que Estado, burocracia

En la tradición sociológica, Weber es quien apuntó las líneas decisivas para el estudio de la burocracia. Coloca la administración burocrática en el centro de la configuración del poder al interior del Estado moderno. Ni el nivel discursivo ni la estructura gubernativa que ostenta el monopolio de los aparatos desde donde se produce y se emite esa dispersión modal del discurso político, son tan determinantes, en lo que respecta a la ejecución del poder, como lo es el aparato burocrático en todos sus niveles de acción: “En un Estado moderno, el poder real, que no se manifiesta en los discursos parlamentarios ni en las proclamaciones de los monarcas, sino en la actuación administrativa cotidiana, reside necesaria e inevitablemente, en las manos del funcionariado; del civil y del militar.”. (Weber, 1991: 123). Es muy probable que la historiografía tradicional, tan estacionada en la historia política, no ponga un especial énfasis en la función organizadora del poder derivada de la burocracia porque toma al Estado como la criatura política más acabada y plausible de la Revolución: el Estado como gran Leviatán.

Alan Knight aporta una discusión crítica sobre el desarrollo del Estado posrevolucionario. La puerta de entrada para entender la naturaleza ideológica de la Revolución mexicana toma al Estado como la consolidación del proceso. Sin negar la centralidad del Estado, a Knight sólo le basta levantar una precisión para ir a contracorriente de una parte de la visión

dominante de la historiografía hasta bien entrados los años ochenta. Fija como foco de ataque la sobresignificación que se le asignó al Estado mexicano desde la llegada al poder del llamado grupo Sonora. El viraje hacia la “estatolatría”, afirma, tuvo como principal consecuencia la de suplantar la discusión politológica e histórica contenida en el concepto de clase, por ejemplo, y desplazarla hacia el concepto de Estado, convirtiendo a este último en una suerte de concepto fetiche, capaz de explicar y dar con las pistas más trascendentales de todo ese periodo histórico.

Sin embargo, a la luz de una lectura weberiana, la objeción de Knight a esta preponderancia que cobró el Estado posrevolucionario para entender el México moderno queda debilitada debido a que confunde la discusión teórica (llevándola en última instancia a la formulación de la pregunta “¿es el Estado el concepto organizativo fundamental para el entendimiento de la historia?”, con el análisis empírico de la primera etapa de la revolución institucionalizada. Afirma que los “estatólatras” desarrollan una perspectiva que,

“... exagera empíricamente el poder y el papel del Estado, especialmente del periodo más temprano (digamos que anterior a 1940). Sus proponentes creen ver el Estado moderno mexicano —con su desarrollada burocracia y sus estructuras corporativas, su presupuesto masivo, su omnipresencia económica y su gran longevidad- en una edad en que no existía; cuando el Leviatán de hoy era un pecesillo de ayer” (Knight, 2013: 520).

Esta confusión en su estrategia argumental lo lleva a ignorar el proceso formativo y de consolidación del Estado en México (sus fuentes de legitimidad, y su intermitente y precario desarrollo), y lo suscribe a la arena historiográfica y teórica donde pierde su carácter procesual.⁹ Efectivamente, el Estado mexicano, en el sentido del Estado burocrático moderno, estaba poco consolidado en las dos décadas que van de 1920 a 1940; pero sin ninguna duda éstas son las décadas decisivas para el esbozo y formación de sus pilares institucionales sobre los que se asentaría el, entonces sí, poderoso Estado que dominaría muchos de los ámbitos de la vida pública y política en México a partir de 1940.

Pero la pieza del rompecabezas no solo no está situada en su lugar, sino que ni siquiera es la correcta. Tanto Knight como la tradición a la que critica eluden la discusión que entrelaza el

⁹ Estos elementos son, incluso, directamente vertidos en los títulos de algunas obras referenciales sobre el tema: Alvaro Matute, *Evolución del Estado mexicano*, Volumen II “Reestructuración 1910-1940”, Ediciones El Caballito (1986); Enrique Krauze, Jean Meyer y Cayetano Reyes, *Historia de la Revolución mexicana*, “La reconstrucción económica”, tomo 10, El Colegio de México, 1977; Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México*, Ediciones Era, México 1972.

poder político con la administración burocrática, piso desde el cual Weber sitúa cualquier litigio sobre el Estado moderno. Ocurre también con frecuencia el encontrarse con una reducción trivializada de la tesis de Weber sobre el Estado cuando se repite que el monopolio de uso de la violencia es su expresión última, sin reparar en la instrumentación necesaria para que sea efectivo ese monopolio de la fuerza, y que Weber antepuso, por razones lógicas, al tema de la concentración y legitimidad del Estado como el único actor autorizado para el ejercicio de la violencia.

El débil Estado mexicano posrevolucionario se encontró con una distribución del poder político arraigada en el orden del antiguo régimen porfirista y agudizada por los liderazgos carismáticos de índole heroico-militar que dejó a su paso la Revolución Mexicana. Tanto en uno como en otro caso, el Estado, siendo una autoridad central deficitaria de una burocracia moderna, se vio obligado a articular una centralización bajo una dirección político-estatal capaz de mantener el orden, para ello tuvo que recurrir al mecanismo de concesiones del poder a los caciques locales.

La discusión que no debemos perder de vista, en relación al funcionariado y a cómo se organiza la presencia de una autoridad central, es que este tipo de régimen concesionaba el poder efectivo de tipo político a partir de una articulación muy compleja en la tenencia de la tierra, donde el terrateniente no solo era el tenedor jurídico de la tierra, sino que se convertía *de facto* en autoridad política, es decir, se convertía en un funcionario plenipotenciario que se fabricaba para sí sus propias fuentes de capital político a partir de las diferentes modalidades de producción como gran propietario, y además, en muchos casos, se constituía como autoridad constituida.¹⁰ El sistema de haciendas y de grandes familias de terratenientes y caciques, expresa de forma notable este fenómeno. El escenario era una burocracia atomizada alrededor de un centro de control político que distribuía de forma local el ejercicio del poder, es decir, la administración completa del orden político.

Desde el esquema weberiano sobre la burocracia, uno de los orígenes del problema alude a una cuestión simple y llana: la capacidad de financiamiento económico para soportar uno de los soportes básicos de cualquier régimen burocrático, el aseguramiento de que el

¹⁰ En relación al poder local que ejercían como unidad política basado en la propiedad de la tierra, es posible establecer un nexo entre la clase terrateniente inglesa y el cacique mexicano (Nisbet, 2009, tomo II, p. 14)

funcionariado tenga una “compensación pecuniaria regular de un sueldo normalmente establecido, y la seguridad de una pensión para la vejez” (Weber, 1985: 177). La fórmula para esquivar esta deficiencia en un estado deficitario de una base tributaria centralizada y efectiva, para la cual es menester la ensambladura administrativa, es el otorgamiento de derechos de suelo, garantía de utilidad permanente para el beneficiario.

Esta situación llevó a la fragmentación del poder político y puede decirse que toda la aventura sonorenses para la construcción del Estado pasó por encontrar una solución política viable, una vez que los ecos de la refriega militar aún estaban en la atmósfera de las más altas esferas de gobierno. Y la solución no pudo ser otra que la que ya Justo Sierra o José Yves Limantour le sugirieron una y otra vez a Porfirio Díaz: la creación de un partido gubernativo que arrancara los derechos políticos de enclave local y los estructurara sobre una base única y hegemónica.

“Díaz mantuvo, en el aspecto político, la dictadura personal, y las oligarquías locales rígidas se aferraron al poder, aunque un sistema como ese era cada vez menos adecuado en época de desarrollo y urbanización. Incluso los científicos se dieron cuenta en su programa de 1892 de que una estructura política más flexible, institucional, “moderna”, convendría más [...] Uno de los logros más importantes de la Revolución fue terminar con esos monopolios políticos y sustituirlos por una élite más joven, dinámica y cambiante, que buscó cierto apoyo en las “masas”, y aunque creó su propia oligarquía revolucionaria, no reprodujo los estrechos y mutuamente reforzantes monopolios” (Knight: 1318).

El gran salto en la evolución burocrática del Estado fue la creación del instrumento político más crucial en la historia política del México moderno: el partido de Estado.¹¹

El Estado “oficializa” la sociedad

Dentro de este mismo proceso, al formalizarse los instrumentos administrativos, es decir, en el momento en que su constitución tiene una organización burocrática como su instrumento de poder, el Estado adquiere su mayor desarrollo. La plena conformidad con sus diferentes

¹¹ El tema del partido será vinculado en un apartado del capítulo sobre Mendieta. Sabemos de la centralidad que tuvo para el sistema político la formación del partido pero queremos desviarnos de la dimensión formal a partir del estudio tipológico de la burocracia donde nuestro objetivo está centrado en la participación de los intelectuales en el ámbito público.

agencias administrativas puede establecerse como un proyecto de alcance nacional, la organización del Estado en torno a funcionarios se vuelve el órgano mediador: el Estado como entidad política mediadora de los intereses o el conflicto social.

Remi Lenoir coloca al Estado como un conglomerado de instituciones e instancias que, ante todo, son las encargadas de sancionar, desarrollar y delimitar una agenda de problemas sociales sometidos a la acción pública. Esta agenda parte, para decirlo en términos de Lenoir, del proceso por medio del cual estas instancias estatales desarrollan una “invención” en torno a ciertos problemas que logra alcanzar la consistencia de una “categoría de acción política” (Lenoir, 1993: 86). La dimensión se estrecha hasta el papel ejecutivo del Estado en diferentes etapas, desde el señalado proceso de oficialización y acreditación del problema hasta la definición concreta de medidas para abordarlo.

Oficializar un problema social quiere decir, según Lenoir, que ese problema ha llegado a instalarse en la órbita de acción del Estado. Con ello, Lenoir se aproxima a una conceptualización clásica sobre el Estado moderno. Recordemos que la idea que critica Knight sobre la figuración de un Estado poderoso y omnipresente tiene su origen conceptual en Hobbes, como lo señaló irónicamente, pero también en Hegel. Para, Hegel, el Estado es el encargado de subsumir –y subordinar- en su seno todos los modos de asociación humana. Una vez que el individuo ha transitado por todas las estructuras de “mediación” que representan intereses de esferas particulares (gremios, corporaciones, estamentos, clases, oficios, comunidades y asociaciones locales) propias de la sociedad civil, es como puede convertirse en ciudadano del Estado. Entiende que el Estado es el único canal en el que queda garantizada la viabilidad de sus “esferas particulares, su legitimidad, autoridad y bienestar” (Hegel, 2004: 270).¹²

La cuestión remite entonces a localizar las esferas de acción del Estado mexicano a partir de los propios objetivos con los que orientó sus acciones. Para facilitar esta tarea, Lenoir piensa

¹² En el mismo sentido, hay que tomar en cuenta que impulso del Estado es de naturaleza proyectual, y el sentido proyectual de estas metas y objetivos demandaban *confianza*, es decir, para retomar a Luhman, tomar una suerte de “riesgo” colectivo en la definición del futuro, en la medida en que existen solo “ciertas posibilidades en el futuro” a partir del cual se compromete esa acción colectiva. “El actor une su futuro en el presente con su presente en el futuro. De esta manera ofrece a otras personas un futuro determinado, un futuro común, que no emerge directamente del pasado, que ellas tienen en común, sino que contiene algo relativamente nuevo”. Niklas Luhmann, (1996): *Familiaridad y confianza*, Anthropos p. 33.

que, desde el punto de vista del sociólogo, la mirada debe estar enfocada en la naturaleza de las agencias del Estado, sus actores, los intereses y equilibrios de fuerza, las dimensiones del problema y su grado de importancia, qué sectores sociales implica y cuáles son los mecanismos que se ponen en marcha para incorporar a todos estos agentes y procesos (Lenoir, 1993:83). Guiado por esta posibilidad de enfocar múltiples dimensiones del problema, el Estado ya no sería visto como una entidad compacta y vertical, sino sometida al contexto y a la experiencia política concreta de sus actores e instancias, a sus objetivos y motivaciones. La perspectiva de Lenoir amplía las posibilidades de análisis.

La facticidad del Estado quedó sujeta a las formas de control político, es decir, a la acción efectiva de su influencia en distintos ámbitos, además de generar un vínculo común y duradero entre los actores que promueven desde el Estado nuevas formas de convivencia, como señala Bourdieu: *“El poder, como apropiación anticipada, como futuro apropiado, sostiene las relaciones entre los agentes más allá de la constante creación de interacciones ocasionales”* (Bourdieu, 2011: 96). Como puede observarse, el Estado atraviesa de manera transversal las metas y proyectos que él mismo se encargó de darles carácter prioritario. Su vocación mediadora del Estado parece palidecer ante su tentación intervencionista.

El fuerte intervencionismo y el autoritarismo centralista del Estado mexicano y de sus instituciones se forjó en gran medida gracias a la poca participación u oposición de actores colectivos, económicos y políticos, muy poco consolidados o deficientemente articulados, en suma, se trataba de una composición deficitaria de los diferentes sectores sociales en su relación con el Estado. Los espacios que estos actores no ocuparon fueron verticalmente copados por el Estado en una relación inversamente proporcional donde, a menor madurez y participación de actores políticos y económicos autónomos, mayor sería la capacidad del Estado de intervenir en estos ámbitos de forma centralizada.

De ahí la importancia que jugó el ámbito legal para determinar el rol y las funciones del Estado. Observamos que, desde el esquema hegeliano, el “órgano mediador” más acabado entre el Estado y la sociedad civil es el poder legislativo que tiene un sentido doble en su función: “tener el *sentido* y el sentimiento tanto del Estado y del gobierno como de los intereses de los *círculos particulares* y de los *individuos*” (Hegel, 2004:280). En el caso de Lenoir, por el contrario, la idea de Estado no pasa por una normatividad estrictamente legal

o restringida a lo meramente jurídico. Lenoir está pensando en una sociedad con actores insertos en un mecanismo burocrático bien organizado en torno al orden institucional. Esto implica un cambio institucional que también Bourdieu subraya por su importancia en el proceso de reproducción social: *“El surgimiento del Estado, que organiza la concentración y la redistribución de las diferentes formas de capital (económico, cultural y simbólico), acarrea una transformación de las estrategias de reproducción”* (Bourdieu, 2011: 45). Es más, las etapas de diagnóstico y definición del problema que está encargado de mediar u oficializar pueden estar en un “vacío” legal, mientras no se consolide el proceso de reconocimiento y mientras no se planifique la operatividad de la intervención estatal. Hegel ve al derecho como el árbitro supremo que define el carácter de la intermediación del Estado, mientras Lenoir configura esta intermediación a través del carácter y gestión de las políticas públicas. El problema está ubicado en un nivel donde las demandas y necesidades de distintos grupos de la sociedad pueden estar, y de hecho lo están continuamente, en conflicto constante con el sentido gubernativo del Estado.

Entre el posicionamiento de la tesis hegeliana del Estado y sus relaciones con la sociedad civil y la propuesta de Lenoir sobre la “consagración estatal” que adquieren los problemas sociales, existen puntos de contacto y posibilidades de interpretación del Estado posrevolucionario en México. A partir de esta perspectiva, fue posible preguntar por el sistema de reglas y valores, prácticas e instituciones que constituyeron el sustrato desde el que se podría enfocar mejor los mecanismos, formas y figuras que caracterizaron la índole del nuevo Estado emanado de la Revolución y su relación con el campo intelectual.

Esta intermediación tiene, tanto en Hegel como en Lenoir, una determinación neutralizadora del conflicto. Es evidente que el planteamiento de Hegel sobre las relaciones entre la sociedad civil y el Estado se sostuvo en una elaboración minuciosa sobre el carácter “constitucional” con el que el Estado, desde una base legal, ejercería sus instrumentos reguladores. Hegel es enfático en reconocer que si, por una parte, el Estado ejerce un poder demasiado abstracto en relación a la sociedad civil, dándole un sentido despótico o inclinándose de forma arbitraria por un interés de clase; o si, por la otra, la sociedad civil se dispersa y se diluye en una atomización de intereses particulares que solo sean capaces de constituir una multitud con un “querer y opinar inorgánico”, se corre el riesgo de que este agregado *“se enfrente al Estado*

organizado como un poder meramente masivo”(Hegel, 2004: 280). Por su parte, Lenoir considera que parte sustancial de estos instrumentos reguladores son puestos en marcha por los gestores de la acción estatal que se articulan en “dos formas de legitimación que se combinan y se refuerzan mutuamente: la consagración por los “sabios”, es decir, principalmente por altos funcionarios públicos, y el reconocimiento de los “expertos” (Lenoir, 1993: 86).

De lo que en realidad nos está hablando Lenoir es de dos ejes de la estructura burocrática, del todo coincidentes para el caso mexicano y que invoca una clásica distinción de Paz sobre la composición bipartita del Estado mexicano: la burocracia de los políticos profesionales y la de los técnicos y expertos. Si Lenoir pone el acento en el procesamiento estatal de los problemas sociales, es porque le interesa analizar las modalidades burocráticas que adopta “la gestión de las relaciones sociales” desde distintas instancias legitimadoras. El papel del experto y la ciencia, como vehículos y garantía de esas categorías de la acción política, se convierten en “un modo legítimo de representación del mundo social” (Lenoir: 89). Un nuevo sector de agentes sociales ligados al servicio público comenzó a conformarse como un grupo identificable en el doble sentido que Bourdieu indica:

“Los grupos sociales, y especialmente las clases sociales, existen, de alguna manera, dos veces, y ello incluso antes de cualquier intervención de la mirada erudita: existen en la objetividad del primer orden, aquella que las distribuciones de propiedades materiales registran; existen en la objetividad del segundo orden, la de las clasificaciones y las representaciones contrastadas que los agentes producen sobre la base de un conocimiento práctico de las distribuciones tales como se manifiestan en los estilos de vida”(Bourdieu, 2011: 205).

El problema de la legitimación letrada

Por otro lado, la problematización del tipo y naturaleza de la legitimación política por parte del intelectual y de las grandes empresas llevadas a cabo a partir del desarrollo de la literatura, el arte, la ciencia y, como es lógico, de las ciencias sociales en México, está aún postergada. En la argumentación general sobre este tema se dan supuestos categóricos sin sondear dimensiones menos reduccionistas. Basta con que recordemos, por ejemplo, y para traer a cuento la interpretación tradicional que se hace sobre los inicios de nuestra disciplina en

México, la afirmación de Fernando Castañeda, según la cual, la sociología en México “encontró el fundamento de su práctica en discursos externos que daban sentido y fundamento a la política estatal. Esta ambigua relación de la sociología con los discursos que han dado legitimidad al Estado mexicano” (Castañeda, 1995: 289). Y así por el estilo una buena parte de los trabajos que interpretan el primer ciclo de consolidación de la sociología como proyecto de investigación empírica (Olvera, 2004; Moya y Olvera, 2015). Y sin embargo, aun aceptando esta posición, lo que causa extrañeza es que se dan por supuestos los discursos legitimadores del Estado sin abordar la complejidad de su elaboración discursiva.

El camino que acá se elige para ensayar algunas explicaciones sobre el tema gira en dos sentidos contrapuestos: la legitimidad construida por la institución racional-administrativa, por un lado; y la legitimidad no-racional que tiene como sustrato un fondo de valores que no se adoptan a partir de un proceso de deliberación racional. Incluso introducimos esta distinción en la noción de ideología que si bien puede tomarse como “justificación racional de la organización del poder” y representa el *“instrumento clásico de legitimación de los regímenes políticos en el mundo moderno”*, contienen también elementos no solo de orden discursivo que rebasan la función racional codificada desde los grupos dirigentes, sino también *“mediante signos más universales, de lectura más fácil, como las imágenes, las alegorías, los símbolos, los mitos”* (Murillo de Carvalho, 1997).

La población objetivo para este dispositivo de reclutamiento a los parajes simbólicos es, ni más ni menos, que los sectores populares a los que se les ofrece modelos de organización social que introducen estímulos para su integración ampliada. Como lo expone de manera notable José Murillo en “La formación de las Almas. El imaginario de la República en Brasil”, que encuentra hondas similitudes con el caso mexicano del periodo, la batalla llevada a cabo por conquistar el imaginario popular, les llevó a la convicción de que *“la elaboración de un imaginario es parte integrante de la legitimación de cualquier régimen político. Por medio del imaginario se puede llegar no solo a la cabeza sino, de modo especial, al corazón, esto es, las aspiraciones, los miedos y las esperanzas de un pueblo”* (Murillo de Carvalho, 1997:17)

En el México de la posrevolución la cuestión de la legitimación simbólica no está decidida a favor de un bando. No fueron solo las élites las que entraron en la disputa por las almas, las “almas” mismas saltaron a la arena de la disputa y como muestra están los agitados años 20. (Díaz Arcienega, 1989)

¿Cómo logra una autoridad en proceso de formación la suficiente legitimidad para poder imponerse como tal? Una explicación de carácter sociológico que sigue de cerca las sugerencias de José Murillo, sostendría que la legitimación al interior de una comunidad política, al interior de un cuerpo social, depende de la solidez de un sistema de creencias. Nuestros compromisos morales de mayor determinación están vinculados a la defensa de la integridad de la persona como miembro de una comunidad. Durkheim vincula este presupuesto con la expansión de la división del trabajo y la consecuente diferenciación social. En un primer momento, la posición del Durkheim guarda un tinte formalista y conservador. Afirma que la base de toda solidaridad social está contenida en las formas jurídicas, argumento que Durkheim utilizó en *“La división del trabajo social”*. Durkheim sostiene que: *“La vida general de la sociedad no puede extenderse sobre un punto determinado sin que la vida jurídica se extienda al mismo tiempo y en la misma relación”* (Durkheim, 2007: 74). La postura durkheimniana, al menos en esta fase de su desarrollo teórico, está profundamente comprometida con los presupuestos iluministas subyacentes en la República francesa del periodo de la *belle époque*. Incluso en los matices que Durkheim introduce a esta posición se intuye un remarcado optimismo. Además de la ley, para Durkheim la costumbre puede funcionar como sustituta del derecho, sin embargo puede ocurrir, según él, que las costumbres estén en total contradicción con el derecho: “Para ello es preciso que el derecho no se halle en relación con el estado presente de la sociedad...”. Esos casos, según Durkheim, deben ser tomados como *“circunstancias completamente excepcionales”*, *“casos raros y patológicos que no pueden incluso durar sin peligro”* (Durkheim 2007). Sin embargo, Durkheim también señala que las fuentes de autoridad legítima pueden provenir y estar representadas por diversas mediaciones sociales como la profesión, la comunidad local, la escuela, etc. Como recuerda Nisbet (2009: 212-221), Durkheim deja en suspenso su postura legalista, asumida más por razones de orden metodológico, y cede ante fuentes morales de autoridad legítima, inscritas en la existencia de creencias de carácter colectivo.

Por tanto, para Durkheim, una creencia determinada se explica por un hecho morfológico. Sobre ese sistema de creencias se apoyan procedimientos de legitimación política. Pero no como un proceso automático o a partir de un vínculo directo, sino mediados por proceso más complejos de compenetración entre ese espectro de creencias y las mediaciones formales e informales que intervienen en el proceso.

En la historia moderna de México, este problema fue parcialmente resuelto: *“imágenes y lealtades tomadas del pasado (en parte mítico) ayudaron a dar forma al discurso, la política y las filiaciones políticas, y lo hicieron a lo largo de un largo espectro ideológico. Desde luego, dichas imágenes y lealtades –un bagaje cultural pasado de generación en generación– solían ser aparatosas e inertes, reacias al rápido cambio social y político (o tal vez debamos decir que ingeniosamente compatible con él)”* (Knight, 2013: 28)

Sin embargo, la unificación ideológica podía no contar con el ajuste entre ese tablero de juego en el que la clase política coincidía –primero el liberalismo durante el Porfiriato o el nacionalismo posrevolucionario, después– y el resto de la sociedad, no del todo orientada por esos valores. Tanto en un periodo como en otro, el régimen no contaba con la legitimidad política proveniente de las libertades políticas básicas que garantizaría un sistema democrático. En ambos casos, las entradas ideológicas eran sostenidas por sectores medios urbanos, islotes minúsculos en medio de un mundo predominantemente tradicional y agrario. Tampoco la legitimidad vía electoral no fue una cuestión que se colocara dentro de las prioridades para construir desde ahí fuentes de legitimación. Al echar un vistazo solo en el régimen político posrevolucionario, es indiscutible que el sistema tenía índices que lo orientaban a una consolidación y aceleración del proceso de modernización al interior de la estructura del Estado, desplazó el liberalismo en términos simbólicos –sin diluirlo del todo–, en tanto que quedó relacionado al régimen de privilegios del antiguo régimen y dejó de funcionar como el único sistema ideológico de legitimidad. Fue el nacionalismo quien operó como el sustituto funcional para legitimar al estado posrevolucionario.

Es posible distinguir, en consecuencia, el proceso racional de legitimidad política (montaje burocrático) y el proceso de legitimación basado en el sistema de creencias de índole valorativo. México fue consiguiendo una administración racional, reflejada en el aparato burocrático, relativamente profesionalizado, no desde la eliminación de aspectos

premodernos como el patrimonialismo, sino en el sentido de mantener a un cuerpo de funcionarios estables, procedimientos de reclutamiento para ese personal, etc. Así el estado comienza a profesionalizar una serie de funciones sociales (ejército, administración política). Ahí rige una racionalidad con arreglo a fines que pone a funcionar la maquina burocrática más allá de la verticalidad impuesta por la fuerza que ejerce el poder no regulado del liderazgo carismático. El sistema de creencias cumple una función legitimadora del sistema político en la medida en que se convierte en un constructo unificador, en este caso el nacionalismo revolucionario. Un cambio en el sistema de creencias puede provenir de agentes que facturan una posición diferenciada de aquellos que lograron imponer un orden consensado de representaciones.

De tal suerte que los desafíos y los bastiones contestatarios a una legitimidad no-racional pueden, en consecuencia, ser identificados como parte de un cambio en los agentes e instrumentos de legitimación que logran infiltrar nuevas coordenadas en el régimen de creencias colectivas capaces de erigirse en pilares insustituibles de la construcción de un orden. Estos agentes son, en mayor o menor medida, productores de opinión pública, encargados de realizar síntesis interpretativas de la sociedad en su conjunto, de ahí que los mecanismos de cooptación o resistencia entre los intelectuales y el Estado sean de particular interés para esclarecer este problema.

En las relaciones que establece el experto y el hombre político predominan tanto tensiones formales como de contenido. Porque si, como afirma Lenoir, por un lado el experto es el encargado de dotar de una “justificación racional” a las acciones contenidas en la política pública, por el otro queda a expensas de ser reconocido por los actores políticos que los reclutan, es decir, el político que lleva el sentido de mando.

“El carácter específico o la amplitud de las demandas de los políticos a los intelectuales burocráticos parecen determinados en gran parte por el punto concreto de la línea política que se consulta al intelectual. [...] Sin embargo, en la situación más típica, el intelectual burocrático sólo es consultado después de que se ha elegido una línea general de acción y solamente se la pide que suministre información para la política que ya se ha determinado. [...] Esta severa limitación de su perspectiva lo obliga a poner atención solamente en aquel orden de datos que puede ser útil para poner en vigor los propósitos del político” (Coser, 1980: 328).

Con ello parece establecerse una línea directa entre la burocracia, la legitimidad adquirida y la autoridad del estado, es decir, se estaría argumentado a favor de una legitimidad mediada

por un proceso racional. De esta manera una de las claves para entender el fenómeno de la legitimación se encuentra claramente relacionada en montaje administrativo-racional del Estado.

Desde esta lectura, tanto los objetos de investigación, los temas y las disciplinas van a encontrar correlato con el sistema institucional, de ahí también la logística del reclutamiento político. Las disciplinas van a competir entre sí por instalarse en el régimen de prioridades del sistema. Al interior de estas disciplinas se van a desarrollar funciones orientadas a diferenciarse y definir en qué campo de cognitivo e institucional van a desarrollarse y frente a qué otras tradiciones estarán obligadas a afianzarse.

En cierto momento, ante un grado considerable de indefinición en su campo de acción intelectual, el proceso consiste en explorar cuáles son las disciplinas afines que entran en competencia para en determinado campo de acción que, además, exige diferenciación e integración institucional, en un momento de constitución de su identidad científica y de los diferentes espacios y métodos por medios de los cuales es posible reconocer las características distintivas de una disciplina. Hasta ese momento se trata de un grupo emergente sin tener aún una posición afianzada. Esas tradiciones tienen que ver con dónde se fundó esa disciplina y a qué tipo de intereses responde. Por ejemplo, en México la sociología tuvo como referentes inmediatos a la antropología, la filosofía y el derecho, así que no fue extraño que se confundieran pero al mismo tiempo, que tomara una orientación diferenciadora. Este circunstancia, por lo demás tan común en el desarrollo de las ciencias sociales en México, donde el camino a la inevitable especialización tuvo diferentes ritmos y velocidades, puede explicarse a través del concepto de *hibridación de rol*:

“Hay muchas maneras en las que surgen nuevas variedades de rol científico. El ejemplo presente es un caso de hibridación de rol: el individuo que se muda de un rol a otro, como de una profesión o campo académico a otro, se puede colocar al menos momentáneamente en una posición de conflicto de rol. Este conflicto puede ser resuelto dejando las actitudes y conductas apropiadas para el viejo rol y adoptando aquellas del nuevo rol: en este caso, la identificación con el nuevo grupo de referencia debe ser retirada. Sin embargo, el individuo puede no estar dispuesto a abandonar su identificación con su viejo grupo de referencia, ya que puede acarrear mejor status (intelectual tanto como, quizás, social) que su nuevo grupo. En ese caso, puede intentar resolver el conflicto mediante la innovación: por ejemplo, adaptando los métodos y las técnicas del viejo rol a los materiales del nuevo con el propósito deliberado de crear un nuevo rol” (Ben-David, Collins, 1966: 7).

Mendieta y Núñez, por citar nuestro caso, pasó por la ENJ, su contacto con Manuel Gamio lo acercó a los temas éticos y agrarios que después tuvieron, ya en su rol de sociólogo, un lugar central dentro del Instituto; llevó las maras de su formación y la influencia de su mentor hasta un instituto de investigación sociológica, orientando la investigación a objetos típicos de a antropología. Sin embargo no por ello hipotecó la disciplina a la influencia de su mentor. Estas cuestiones también son susceptibles a ser exploradas con detenimiento para elabora un cuadro más completo que evite generalizaciones reduccionistas.

Discursos y aparato burocrático

De esta manera, el segundo momento después de la unificación administrativa, que en cierta medida puede llevarse en paralelo, lo representa la construcción de la idea de nación, la deriva nacionalista. Los instrumentos para llevar acabo ambas tareas varían en forma y contenido. En México, la nación pasaba del enciclopédico *México a través de los siglos*, de Vicente Riva Palacio, a la pedagogía muralista de los edificios oficiales. Los discursos políticos, la construcción de la opinión pública, los “enclaves folk” que se arraigan en el mundo tradicional, son exhortaciones de índole nacionalista. Así también los diferentes organismos desde los que el estado interviene en la vida pública, el derecho, la salud, el trabajo, la vivienda, la educación, pertenecen a la cobertura burocrática del estado.

Administración y discurso se encuentran continuamente. Su fin es conglomerar bajo un mismo espacio la heterogeneidad que tiende más bien a la dispersión. La integración es uno de los problemas inmediatos con los que se encuentra el nuevo régimen, como ya apuntamos con el tema de la concentración caciquil del poder en México. A falta de mediaciones institucionales que permitieran la construcción de la legitimidad política, sobre todo en relación al juego democrático de partidos, el estado fincó uno de sus bastiones de legitimidad en el poder otorgado por el prestigio de la letra. La amplificación discursiva del nuevo régimen necesitaba portavoces y redactores, muralistas y cineastas, técnicos y expertos. Lo que ven las élites políticas en el intelectual no es la de un aliado incondicional, sino la de un empleado. La bolsa de trabajo para el intelectual en el servicio público era proporcionalmente atractiva a la necesidad del jefe político por reclutarlo.

El empleado del estado de la más alta cotización sería el intelectual, el experto, resultado del sistema de demandas. La reverencia ante el letrado se hace más evidente en momentos de transición, la compañía de los intelectuales admite la posibilidad de tener una zona abierta, relativamente democratizada, avalada por el crédito intelectual. Sólo puede entenderse la necesidad del saber experto cuando la clase dirigente no experta -el caudillo lego- precisa información y el desarrollo puntual de conocimientos especializados para soportar las tareas gubernativas.

Así, legitimar desde el campo intelectual significa intervenir, con sus propios instrumentos, a las actividades ligadas al ejercicio público: administrar una secretaría, redactar una ley, analizar aspectos coyunturales del escenario político, participar en la prensa como formadores de opinión, reclutar a más colaboradores, etc. Como he venido señalando, para el caso mexicano la proximidad entre el letrado y el político es incestuosa en gran parte de la jerarquía burocrática, un servidor del estado y un hombre de letras eran con mucha frecuencia el mismo sujeto. A primera vista parece que la lógica utilitarista y pragmática resolvería el problema: la creciente obesidad del Estado para asumir las tareas y demandas asignadas incrementó la oferta de puestos administrativos, ante este crecimiento exponencial de la demanda de personal, la oferta de mano de obra se vio limitada a un número muy reducido de personal apto para dichas tareas. Lo medular del esquema burocrático en los estados modernos es, como lo acentuó una y otra vez Weber, “la *organización* rigurosamente racional *del trabajo* sobre la base de una *técnica racional*”¹³. Las agencias del Estado burocrático, por tanto, necesitaban de sofisticados procesos para la construcción de pautas calculables, célula de la racionalización burocrática. Fue en esa medida que los canales de información del jefe político quedaron en manos de los expertos. Ninguna gran empresa de carácter estatal era puesta en obra por un político que improvisaba sobre la marcha.

¹³ Max Weber, Escritos políticos, Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada. Una crítica política de la burocracia y de los partidos (1918). Alianza editorial, 1991, p 130.

Funcionariado intelectual y los caudillos

Cuando la ampliación en la certificación profesional se instituye como parte medular en la composición de los recursos de un Estado, se fortalece el vínculo entre esa acreditación calificada y los espacios abiertos generados por las necesidades y demandas gubernativas. *“En consonancia con la técnica racional de la vida moderna, el funcionariado de ahora tiene una capacitación y una especialización continua e inevitablemente más intensa cada vez”* (Weber, 1991: 142). ¿Qué otra institución social para ofrecer “una capacitación y una especialización continua” que los centros educativos? El sistema de reforzamiento circulaba sus beneficios en un doble sentido al vigorizar tanto al aparato educativo como al burocrático, retroalimentando a ambos.

Al mismo tiempo, ese crédito profesional movilizaba una serie de aspiraciones vocacionales solo accesibles mediante la posesión de esos recursos de acreditación. El paquete de requisitos restringía el acceso con el fin de monopolizar y regular el sistema de cargos. El ingreso a la estructura burocrática podía revestir solo la forma exterior de una movilidad social en tanto también quedaban expuestos para mecanismos de ascenso social de primer orden como las alianzas matrimoniales y el acomodo, mediante el parentesco, de intereses económicos y políticos. Cada uno de estos elementos, en su conjunto, estimulaba el resorte del prestigio social.

No se puede explicar la motivación política de un sujeto únicamente apelando a la conveniencia material que representa, aunque, como lo señaló Weber, este sea un factor determinante en un análisis superficial. Las recompensas de tipo material quedan despojadas del otro pivote político central basado en las distintas manifestaciones del prestigio y el honor. Las profesiones se convierten en catalizadoras del prestigio social no por una cualidad intrínseca, sino por la estima que recibe desde la jerarquización previamente establecida por la estructura social. Pertenecer al estado como funcionario o gobernante habilitó a la política como carrera, en el más estricto sentido de una profesión, que tenían como póliza de seguro la consecución de una remuneración material diferenciada más el agregado del prestigio que implicaba pertenecer a la casta del Estado y a la estela de privilegios que ello conlleva. Por privilegio no se está entendiendo aquí una distinción arbitraria apoyada en el abuso de la

clase dirigente para proveerse de bienes, aunque esta sea una de sus consecuencias más probables y visibles; sino más bien, a aquella configuración que establece el metabolismo de lo que está socialmente valorado. Se trata de una suerte de teatralidad donde una sociedad reconoce una dramaturgia del poder y de autoridad, a la que legítimamente se le otorga la más alta estimación colectiva.

Pero el riesgo estaba en abrir latifundios de poder que no pertenecían a la clase letrada, sino a los políticos profesionales. Estos se encontraban entonces en un dilema, cómo llamar a participar a los intelectuales y expertos sin que pongan en riesgo la fortificación del grupo en el poder que no tenían un origen intelectual. Este es un foco en el que Weber llama la atención al asumir que la política no es en última instancia sino el “torbellino de las luchas” por la disputa del poder y la hegemonía de los aparatos de dominación. Y si la administración burocrática es la cede estructural de ese poder, en tanto organiza una mediación de los distintos intereses en juego, el control sobre la administración pública es capital para el ejercicio de gobierno.

Una burocracia dominada por la élite intelectual tenía que permanecer a raya. Fue la disciplina en la esfera política, su fuerza simbólica y su despiadado régimen de sanciones, sobre todo a nivel simbólico, lo que permitió que la alta burocracia estuviera sujeta al *dictum* presidencial que se renovaba, con toda disciplina y ceremonia, cada seis años. Los altos mando burocráticos - el primer círculo del presidente- eran, a su vez, los delegados directos de la investidura presidencial que planificaba y designaba a sus propios subordinados bajo el supuesto de lealtad y confianza personales. Y de la punta de la pirámide se repetía el mismo patrón hasta la base de ésta.

De la fraternidad escolar a la lealtad funcional: sistema de reclutamiento, mentores y elegidos

Los agentes fronterizos del poder político eran en realidad jefes burocráticos que hacían guardar la norma que evitaba que un nicho burocrático, muy probablemente encabezado por un intelectual, se posicionara como un grupo de poder capaz de disputar la agenda política y ganar terreno a los políticos de cepa. El flagrante régimen de patronazgo de cargos, tan desarrollado –y continuado- por lo demás desde el Porfiriato, tenía que desarrollar un

“patronazgo de subalternos” para limitar el acceso al centro de influencia de mayor peso para el aparato político del régimen. Como la coordinación entre presidente y partido era la encargada de asignar los puestos de la alta burocracia, los reclutadores que actuaban por fuera de esos dos ejes, concretamente los mentores universitarios, se encontraban en una condición tal que les permitía influir de forma directa en la alta burocracia. Parafraseando a Weber, su función consistía en que “sus aspirantes recomendados”, y su siempre renovado staff de “protegidos”, sean colocados “en cargos *no*-políticos”, o no directamente políticos.

La relación de los mentores políticos con el Estado es decisiva para entender el metabolismo del funcionariado que tuvo como punto de desarrollo la conformación de un aparato burocrático. El trabajo de Roderic A. Camp, realizado durante décadas y reflejado en varios libros, es ya un tópico obligado para cualquier estudio sobre los intelectuales y la clase dirigente en México. Se trata de un esfuerzo intelectual excepcional y plagado de singularidades. De hecho no se tienen referencias de un trabajo de esa talla para analizar, además durante el largo periodo de tiempo que abarca su también impresionante muestra de líderes políticos, a las élites del poder en México.

En el trabajo de Camp, es muy ilustrativo el papel que tuvo la noción de “autoridad” para modelar un régimen de reclutamiento que partiera de una jerarquización, formal y simbólica. En México, los profesores de la ENP, de la Universidad Nacional y la ENJ, son el filtro entre el sistema educativo y el funcionariado. Son los “headhunters” del Estado, cazatalentos que seleccionaban a un futuro líder político de acuerdo a aptitudes de mando, de notoriedad y de la estima colectiva que había capitalizado dentro de su comunidad estudiantil. Los profesores no eran simples titulares de cátedra. Desde los jefes residuales del Ateneo, la intelectualidad mexicana vio cómo cada caudillo intelectual de talla amplio era capaz no solo de “colocar”, sino de gestionar y dirigir la creación de instituciones de alcance nacional. Su función no era la disputa política –no al menos hasta la movilización vasconcelista del 29- sino la de ser los visores expertos, los armadores de hipotéticos cuadros políticos que efectivamente devendrían en cuadros políticos dentro de todo el espectro del servicio público. El mentor universitario era el vínculo que distribuía la oferta disponible en el stock educativo y procesaba la demanda del régimen político. El sistema de cargos se regulaba, en su primera etapa, desde las aulas y a partir de la relación entre el discípulo y el venerado maestro. El

peligro de que se convirtieran en un grupo de status autónomo del sistema político oficial era casi nula debido a esta funcionalidad compartida.

Por otro lado, es probable que la disciplina del régimen llegara a impactar de manera directa la movilidad política de estos mentores. Quedaba sobreentendido que el partido tenía un rol primordial en la repartición de cargos. Un mentor político de origen universitario podía arriesgar su posición de pivote si no respetaba las conexiones y asignaciones que correspondían a la cartera de los políticos profesionales, del jefe político directo. Este es un rasgo que no deja de tener cierta ambigüedad en las burocracias modernas, pues el mando puede no ser parte del régimen interno de jerarquía, sino que la orden sea externa a esa cadena de mando, “la disposición sobre los medios se encuentra en las manos de aquellos a los que el *aparato de la burocracia obedece* directamente o a disposición de cuyas instrucciones está” (Weber, 1991: 229). Por tanto, la autoridad de estos reclutadores consistía en su experiencia para identificar un talento político. Desde ese punto podían sugerir, pero estaban imposibilitados para ponerse por encima del juego político de fuerzas dentro del sistema. Además, una de las posibles recompensas por seguir este sistema de disposiciones podía ser la de pasar de reclutador a reclutado, una vez que su pupilo escolar lograba escalar las cimas del poder político y volteaba con agradecimiento hacia su viejo mentor para otorgarle un importante puesto de gobierno.¹⁴

El reconocimiento de pasillo, el activismo estudiantil, la capacidad de generar “grupo”, de ser el líder de la clase, el énfasis que se daba a ritualizar, con toda suerte de expresiones reverenciales y de afecto, la relación maestro-alumno, en suma, de acumular carisma de salón, no son solo accesorios de un desempeño estudiantil brillante, son virtudes de alto rendimiento político del bachiller. Todas esas prácticas son componentes de un método de reclutamiento de producción casi fabril para el sistema político. Tener una formación educativa no quería decir únicamente estar regido por el sistema de notas académicas, la calificación en el rubro de la sociabilidad, de sus hábitos sutiles de competencia disfrazados de cotidianidad, decidían con mayor fuerza la suerte de un candidato a líder político. El primer espacio de movilidad política no estaba en la maquinaria de cargos del gobierno, estaba en las aulas y auditorios, en los patios, calles, bares y esquinas aledañas a estos centros

¹⁴ Roderic A. Camp, Los líderes políticos de México, su educación y su reclutamiento, FCE, México, 1985.

de estudio. La sociabilidad de estas instituciones de educación descansaba en reproducir los vínculos y mecanismos por medio de los cuales se afianzara su posición como canteras de funcionarios públicos.

Por eso los miembros de la generación de 1915 – tónica por las características que apuntamos en otra parte: formación técnica, inclinación al funcionariado, etc., - son inaugurales para el estudio de las élites letradas que se incorporaron al servicio del Estado. Sin embargo, apenas y soportan la prueba tipológica de la necesidad de un compromiso vocacional para el servicio burocrático. Por un lado manifiestan la necesidad de racionalizar el servicio público bajo sistemas apoyados en prerequisites formalmente establecidos y en formatos muy rigurosos tanto de ingreso como de funciones en el servicio público. Estos requisitos deben promover la competencia a partir del mérito. La preparación específica del candidato debe quedar demostrada para el puesto al que aspira. La lealtad está puesta en su oficio para llevar a cabo una función concreta que, al momento de asumirla como un deber profesional, *“se considera como la aceptación de una obligación específica de administración fiel a cambio de una existencia segura”* (Weber, 1991: 171). Es posible que la lealtad a la función sea tácita y se dé por descontado, mientras que la lealtad al “jefe personal terrenal” puede ser inevitable y hasta convenientemente explícita. Ahí se quiebra el patrón puro del funcionario por vocación que en la tipología pura no responde a un sistema basado al personalismo de naturaleza patrimonial. Sabemos que en más de un sentido -y esta es la contradicción interna e inescapable de la burocracia mexicana de ese periodo- los intelectuales de la generación del 15 representan el eje de ese régimen de movilidad política que asigna el reparto de privilegios y favores.

Este ingreso al sistema de favores y privilegios hace que la valoración social del funcionario mexicano es un fenómeno que entraña una complejidad que en términos generales puede ser entendida bajo dos aspectos colindantes: la demanda de expertos del sistema institucional y el grado de diferenciación social alcanzado. Weber lo formula casi a manera de teorema: en una situación donde la demanda de trabajo calificado para el servicio público aumenta, la estima social del funcionario público será mayor. De manea concomitante, “debido a la distribución social del poder” donde las posiciones sociales más privilegiadas son la base poblacional de la alta burocracia pública, se compenetra y se “hace más vigorosa” la

diferenciación social. La compenetración tiene un canal privilegiado: la calificación profesional avalada por la formación educativa. Con ello, se manifiesta la dimensión vertebradora del sistema burocrático mexicano durante prácticamente todo el siglo XX. Por ese conducto pasaría la situación de México en relación a la nación, la modernización, el capitalismo y la unificación política.

Toda sociedad que inicia un proceso de modernización requiere un sistema de educación que ponga en juego las profesiones necesarias, educando a una porción importante y sobre calificando a una porción menor para las funciones de mando. Este es el principio de reproducción de las sociedades modernas con carácter burocrático que han dejado atrás el sistema patrimonialista de dominio. El caso mexicano es una suerte de híbrido que no articula la burocracia como un instrumento modernizador capaz de superar el patrimonialismo, sino que esta misma burocracia encarna el patrimonialismo como forma de privilegio.

El montaje de una burocracia moderna precisaba de personal calificado, tanto de base como de técnicos especializados. En un sistema político centralizado la incorporación de los técnicos calificados para engrosar las filas del funcionariado se ciñe al dictamen de los jefes políticos que han acumulado más recursos e influencia. Los intelectuales mexicanos son reclutados justo en un momento de transición de la élite política que no estaba en condiciones de discriminar a los pocos recursos con los que contaba (aunque esto no lo pudieran calcular los beneficiarios directos), más aún cuando la tarea más urgente era rehacer y reformar las estructuras del Estado, por medio de la formación de una burocracia política y administrativa de alcance nacional. La coyuntura política ofrece así no solo un acercamiento a las acciones improvisadas de los actores, sino también observar cómo pudieron adaptar y colocar su capital social acumulado a las nuevas circunstancias.

Los grados de oportunidad de la coyuntura podían representar la misma volatilidad que manifestaban los obstáculos, por eso mirar el proceso solo como un periodo de excepción donde se ofertaron especulaciones positivas para cierta clase de agentes sería medir solo un lado del fenómeno. Esa misma clase de agentes abrigó las incertidumbres propias de un periodo de constantes y agitadas revueltas y asonadas militares. Los intelectuales se disputan el prestigio social con los políticos profesionales, y en más de un caso, emblemático o

marginal, no por otro camino sino por la aspiración a convertirse ellos mismos en políticos profesionales.

La patente que otorgaron el circuito compuesto por la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela de Jurisprudencia y la Universidad Nacional, más que licenciar a sus egresados, les otorgó una certificación simbólica con la cual ingresaban de forma directa al servicio público. A pesar de que no podría decirse que eran instituciones exclusivamente dedicadas a la educación de la elite, estas instituciones, por su vinculación con el régimen político, eran maquinarias de reproducción de las prescripciones de estatus, contribuían a su estabilidad, es decir, a mantener su rigidez. Un escenario alternativo, basado sobre todo en actores no-estatales, propios de la iniciativa privada, ya sea en la esfera de la cultura, la economía o la política, que pudiera canjear esa certificación profesional para remunerar y compensar la inversión hecha en su formación, hubiera dificultado la desbandada hacia el sector público, donde, como ya se mencionó, la capitalización social que un alumno de cualquiera de estas instituciones obtenía, no se consumaba sino en la posibilidad de acceso al ejercicio público y a la política.

Estos son los contextos institucionales por los que el intelectual transitó, falta por ver cómo delinearon una trayectoria, el impacto que tuvieron en la biografía y la trayectoria intelectual de Lucio Mendieta que no será tomado como sujeto singular, como lo haría un biógrafo, sino como una categoría de aspirante a intelectual, su origen familiar sus vínculos, sus filiaciones institucionales y profesionales; todo ello para caracterizarlo dentro de una clasificación posible que ofrecía el campo intelectual en ese momento. Tema de nuestro siguiente y último capítulo.

Capítulo III

LUCIO MENDIETA, LOS AVATARES DE UN ASPIRANTE A INTELLECTUAL DESHEREDADO

“Los estudiantes son parcialmente irreductibles a su clase de origen, e incluso a su condición y su práctica (siempre estrechamente ligadas a su origen), porque, novicios de la inteligencia, se definen por la relación que mantienen con su clase de origen, su condición y su práctica y porque, aspirantes a intelectuales, se esfuerzan por vivir esa relación según los modelos de la clase intelectual, reinterpretados por la lógica de su condición”

Bourdieu, *Los herederos* (2003)

“... pero los intelectuales comunes y corrientes, como los hombres comunes y corrientes, necesitan instituciones que los sostengan”

Coser, *Hombres de Ideas* (1980)

Introducción: La trayectoria de un aspirante

De la figura de Lucio Mendieta y Núñez como parte de la comunidad intelectual mexicana en la primera mitad del siglo XX cabe anotar dos observaciones que deben ser advertidas antes de comenzar a esbozar algunos rasgos de su trayectoria. En primer lugar, hay que señalar que esta no será una radiografía de su proyecto intelectual que tenga como foco de atención el contenido de los trabajos y la producción intelectual de Mendieta. No será esta una exposición ni mínimamente ordenada y sistemática de las ideas, preferencias o empresas intelectuales de Lucio Mendieta. Esos aspectos apenas quedarán señalados como parte del recorrido elegido para analizar su trayectoria en términos de las condiciones sociales por las que fue posible emprender una carrera como la que desarrolló en el periodo que va del año 1911 hasta aproximadamente la década del 30.

En este sentido, adoptaré una perspectiva que enfatice no al Mendieta consolidado como el líder intelectual encargado de realizar y gestionar las principales acciones para institucionalizar la sociología como disciplina en México, sino como un *candidato* a la carrera intelectual; por ende, el grueso de la exposición está centrada en su trayectoria formativa más que en la etapa de su consolidación académica. Nos interesa menos quién fue “Don” Lucio Mendieta para la sociología mexicana, que el joven aspirante que afrontó una configuración social concreta desde la que proyectó sus aspiraciones intelectuales y políticas. Es decir, será más importante la ruta que el punto de llegada, los tramos de incertidumbre de su itinerario intelectual y biográfico que su afianzamiento como *cacique* intelectual en el Instituto de Investigaciones Sociales. En resumen, me inclinaré más por preguntar cuáles eran los caminos disponibles para convertirse en un intelectual dependiendo de las características específicas del candidato a esa carrera o a las modalidades que ofrecía el mundo intelectual de ese momento.

Este recorte de análisis, que selecciona el tramo inicial de la trayectoria de Mendieta, nos conduce a la segunda sugerencia importante a tomar en cuenta: el hecho de que el campo

intelectual y académico mexicano de ese periodo estaba aún en etapa formativa y muchas de sus posiciones e instituciones con las que Mendieta cruzó su trayectoria estaban por tomar forma o directamente no existían aún. En una sociedad donde el espectro de los productores culturales está fuertemente condicionado por la formación de un público y de un mercado de consumo de los bienes que ellos producen, el emplazamiento de Mendieta, como parte de ese grupo de productores, se inscribe en ese proceso social que supuso la expansión del aparato cultural en el periodo posrevolucionario. Esta circunstancia reconduce la atención para explorar los espacios sociales disponibles en esa primera etapa de su itinerario intelectual.

Fruto del tipo de enfoque, la acotación y selección de un cierto tramo de su trayectoria y habiendo advertido la noción central de un campo intelectual -que durante ese periodo afrontaba procesos de transformación, consolidación y expansión- fue que elegimos tres rutas de entrada: sociedad, política y aparato cultural. Cada uno de estos elementos puede presentarse como parte de un compuesto más coherente en términos de establecer contextos densos relacionados con la experiencia social e histórica de un agente. Los espacios, prácticas e instituciones fueron seleccionadas por su alta idoneidad informativa, ya que al mismo tiempo funcionan como criterios de acceso fiables en el análisis de los intelectuales en el México posrevolucionario. Tanto el espacio social como el sistema político actúan como medios de aproximación en un sentido doble: por un lado se trata de poder ubicar a los intelectuales como parte del sistema de estratificación; y, por el otro, describir cuáles y de qué tipo eran las relaciones que establecían en el campo de la política. Ambos sentidos imponen una perspectiva que tiene como razón última ofrecer un esquema interpretativo sobre las decisiones y las diferentes posturas que asumieron los agentes involucrados, para nuestro caso, Lucio Mendieta; tomas de posición ideológica, intelectual, política y aquellas de carácter personal en las que sea posible encontrar algún grado de pertinencia analítica.

Es evidente que la estratificación social incluye de suyo a la clase dirigente, ¿cuál sería entonces la diferencia de ubicar a los intelectuales en el sistema de estratificación y situarlos como un subgrupo relacionado con la clase dirigente o que incluso forma parte de ella?, ¿no se habla, en realidad, de la misma operación? ¿En virtud de qué los sujetos forman parte de esos segmentos o subgrupos de la sociedad que conforman a la clase dirigente y los intelectuales como grupo socialmente diferenciado? Colocarlos en el sistema de

estratificación conlleva varios sentidos que es necesario destacar. Se trata en primer término de un proceso de diferenciación social que separa a la clase política de ese otro subgrupo conformado por la comunidad intelectual. Desde Weber, la distinción entre el hombre político y el sujeto dedicado a las actividades intelectuales quedó delimitada a las funciones y espacios de acción diferenciados con un alto nivel de especialización, sobre todo para el campo científico. Al describir los complejos procesos de racionalización creciente en diferentes ámbitos de la vida social y la sustitución de las autoridades tradicionales por nuevos códigos de legitimidad socialmente autorizados, como el de la ciencia, Weber da pistas del nuevo régimen de incorporación y diferenciación de estos subgrupos sociales (Weber 2009: 45). Por otro lado, los lugares que cada subgrupo ocupa en el sistema de estratificación y su relación con el campo político determinan las disponibilidades, los capitales y los recursos económicos, culturales, simbólicos, políticos con los que cada agente o grupo cuenta, siempre de forma diferenciada.

El grado de prestigio social alcanzado, por ejemplo, no está relacionado directamente con el hecho de que sean clasificados como intelectuales, en cualquiera de sus caracterizaciones, sino que esa valoración social está condicionada por factores diversos, uno de ellos, decisivo y determinante de la carrera intelectual, es la forma en que el intelectual o el *aspirante* a la carrera intelectual moviliza esos recursos para instalarse en las posiciones de mayor influencia del sistema global de estratificación, que incluye, el espacio de la clase dirigente o la cercanía con ese espacio y también la disputa por los lugares de mayor peso al interior del campo intelectual. Es por ello que la noción del prestigio social asignado al intelectual no siempre parte del parámetro que representa ese nicho ocupacional en medio de otras actividades que disputan cierto prestigio. Más importante es que precisamente esa actividad consiga una incorporación o un reconocimiento por parte de los grupos dirigentes. Como señalamos, este reconocimiento puede traducirse en la capacidad de asignar, por un lado, y acaparar, por el otro, recursos y grados de influencia efectiva en esferas de actividad política, intelectual y cultural.

El modo de cualificar esa cercanía es también el modo de cualificar las relaciones entre el mundo intelectual y el político. De ese espacio intermedio de relaciones, de esa compleja interrelación va a depender el acceso que el intelectual tenga a la consolidación de un

prestigio y a las disponibilidades, recompensas y recursos que es capaz de ofrecer el núcleo de los sectores dirigentes (Bourdieu, 1999:23-42).

Asimismo, para la circunstancia mexicana de la posrevolución, la indisoluble asociación entre campo político e intelectual nos obliga a atender las relaciones entre esos dos mundos que históricamente han demostrado, bajo diferentes modalidades y momentos, su extrema cercanía.

Mendieta y Núñez: aspirante a intelectual ¿“desheredado”?

¿Cómo fue posible que un sujeto con las características sociales de Mendieta (con su origen familiar y social, con la formación educativa adquirida, con las relaciones establecidas en esos espacios de su formación, con el empuje tutelar que recibió por parte de Manuel Gamio, con su trabajo de base en el partido oficial y como funcionario público) llegara a ocupar una posición de liderazgo en el campo de las incipientes ciencias sociales en México? La pregunta no contiene, como pudiera parecer, una perplejidad o un asombro reverencial; tampoco da por sentado el supuesto de que una carrera como la de Mendieta puede explicarse en su totalidad como efecto directo de Revolución, en el sentido de que fue la Revolución la que abrió la puerta a personas que durante el Porfiriato estaban directamente excluidas de la posibilidad de desarrollar una carrera intelectual y política. Si bien este último supuesto es parcialmente cierto, deben reconocerse, desde el principio del análisis, no solo mecanismos de ruptura efectuados por los grupos políticos que ganaron hegemonía gracias al proceso revolucionario, sino también –y sobre todo– de continuidad. En este trabajo ha quedado asentado (Guerra, 1988; Vessuri2007; Rama, 1998), que en México, en un arco que puede abrirse desde el periodo colonial hasta el periodo que aquí analizo, la estructura de educación superior es uno de esos mecanismos que funcionó como instrumento de reproducción y colocación de un segmento importante de la clase política.

La propuesta desarrollada en este texto es la de separarse de una lectura intelectualista de la carrera de Mendieta que reduzca su primera etapa a la simplificadora mención de efecto inmediato que los procesos políticos y culturales destapados por el proceso revolucionario

causaron en las biografías de aquellos aspirantes a intelectual. Esta idea se reduce al impacto positivo de la apertura del sistema para el ingreso de nuevos grupos a los puestos de la alta burocracia política y cultural en México. Con todo ello, eludo también la perspectiva mistificadora de la experiencia de los agentes, perspectiva que le asignaría el mérito a las cualidades personales e intelectuales, a las decisiones acertadas, a los aspectos visionarios de la personalidad de Mendieta.

Por tanto, el problema inicial que debe atenderse es la cuestión de la ubicación de Mendieta y Núñez a la hora de analizar el punto de arranque de su trayectoria. ¿Es Mendieta y Núñez un “desheredado” que logró colarse en el aparato cultural por la adquisición de recursos y competencias de los que en principio carecía?, ¿con qué recursos sí contaba para que, al movilizarlos, estuviera en condiciones de incorporar nuevos capitales? Por el lado opuesto cabría preguntar si sus condiciones de origen social no eran sustancialmente diferentes a las de otros coetáneos, o si, en efecto, partía de posiciones asimétricas, a pesar de estar en el mismo espacio de socialización. Por último, es pertinente indagar si esta circunstancia de asimetría impactó de forma importante las opciones profesionales que les fueron reservadas, de manera diferencial, tanto a quienes partían de una posición desfavorable, por un lado, como a los que estaban situados en una posición de privilegio, directamente relacionada con su origen social.

Las clasificaciones sociológicas suelen levantar la incomodidad del historiador que se resiste a interpretar los procesos y fenómenos sociales desde modelos preconfigurados. La corroboración documental, precisa y directa, representa la contracara a cualquier intento generalizador de naturaleza tipológica. Sin embargo, como quedó ya señalado en otra parte de este texto, no limitaremos la perspectiva adoptada para la exposición de la trayectoria de Mendieta a la falsa dicotomía entre la documentación histórica y las pretensiones de generalización científica propias de los modelos sociológicos. La construcción del caso particular tendrá el objetivo de establecer una *tipología de intelectual posible* –y generalizable– durante ese periodo histórico. La subdivisión entre heredero y desheredado nos es útil en la medida en que permite observar el campo de fuerzas en las que están inscritos los actores bajo el supuesto de que parten de condiciones diferenciadas que fijan al mismo tiempo las determinaciones de ingreso a las posiciones centrales o subordinadas de un campo.

Más aún, dentro del presupuesto que Bourdieu y Passeron expusieron en “Los herederos. Los estudiantes y la cultura” (2003), subyace la idea de mirar las instituciones educativas o de índole cultural bajo la lógica del análisis homológico: observar y explicar el mundo intelectual a partir de la dinámica y los procesos del mundo social, particularmente, subrayar aquellos aspectos que revelan los efectos de dominación y las manifestaciones de conflicto y violencia simbólica.

Al igual que en ese trabajo, lo que revela el caso de las instituciones educativas que se cruzan en la trayectoria de Mendieta, es que la sobrevaloración del aparato educativo público – pensado como instrumento de movilidad social que coadyuva a la neutralización de las asimetrías sociales y motor del progreso- debe reconsiderarse, incluso para ese periodo de apertura parcial del sistema. La Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, inicialmente, así como el resto de facultades dominantes que conformaron la Universidad Nacional, compactaron un campo de reproducción de la clase dirigente que, y esto es lo verdaderamente importante del aporte de Bourdieu y Passeron, partían de condiciones favorables desde el ingreso a esas instituciones y desde el hecho mismo de ser parte de estas instituciones por las que, a partir de la certificación escolar, sus egresados quedaban sujetos a una suerte de consagración que los habilitaba para las más altas posiciones del ejercicio público o los legitimaba como productores culturales de pleno derecho.¹⁵

Hablamos aquí de un patrón dominante, característico de un mecanismo social de selección, asignación de roles, estatus y prestigio, no de casos particulares que contradigan ese patrón o impugnen el determinismo de ese mecanismo. Por ello, y para evitar el riesgo que contrae una posición maximalista y demasiado estructurada del proceso, es crucial señalar que, gracias a la coyuntura política, en el caso mexicano hay excepciones notables donde sujetos con un capital social o económico escaso, lograron incrustarse en el régimen gracias a la acumulación de capital intelectual. Sin embargo, queremos enfatizar el hecho de que el

¹⁵ Esta lógica fue trastocada primero con la masificación de la universidad pública y, posteriormente, con el efecto catalizador que tuvo para las élites la ampliación y consolidación de las universidades privadas, así como el efecto que tuvo la certificación en universidades extranjeras, sobre todo estadounidenses, para reforzar los candados de acceso a puestos de alto rango de la administración pública. Nos ofrece, en suma, una cartografía de las posiciones disponibles y de las lógicas relacionales entre ellas.

simple ingreso a esas instituciones ya representaba un privilegio que aseguraba un conjunto de expectativas positivas para sus miembros.

Por otro lado, y como quedó expuesto en el primer capítulo, estamos familiarizados con el relato histórico que reduce las trayectorias intelectuales del periodo al relato de la historia política. Los “caudillos culturales” -esa fórmula tan extendida para entender los mecanismos de gestión del mundo cultural centrado en el personalismo que acumulaba cuotas importantes de liderazgo carismático- se erigen como el centro gravitacional desde el cual se acomodan las demás piezas, por orden jerárquico, del aparato cultural de la posrevolución. Procesos enteros de transformación del campo intelectual y el mundo de la cultura son comprendidos desde una “historia mental” de esos personajes catalizadores de las grandes transformaciones culturales (Krauze, 1980: 10)

El punto de partida ensayado aquí adopta un desmarque de esta perspectiva o, al menos, la redimensiona. No se trata de negar la verticalidad funcional que ejercieron esos liderazgos, al contrario, se los reconoce como telón de fondo de un proceso social que consolidó el mecanismo mediante el cual los mentores políticos e intelectuales regularon el metabolismo del sistema de cargos y funciones en el aparato cultural y establecieron la base material y simbólica por las que se definieron y sancionaron las luchas por la legitimidad al interior del campo y fuera de él.

Más allá de una clasificación de Mendieta como un intelectual menor a partir de la referencia omnipresente de los llamados caudillos culturales, lo que ensayamos es colocar a Mendieta como un aspirante a la carrera intelectual que, partiendo de condiciones comunes a otros intelectuales que se consolidaron en espacios de mayor prestigio, experimentó condicionamientos directamente relacionados con su origen social y con los deficitarios insumos de capital con los que contaba a la hora de competir por esas posiciones de privilegio y, en cambio, fue acreedor de funciones de segundo orden. Su paso por el servicio público en posiciones menores y como funcionario del partido son espacios impensados para otros intelectuales a los que se les dispensaba de tener que hacer carrera desde abajo. La noción de “desheredado” aplicada a Mendieta parte de este supuesto.

Este apelativo clasificatorio lo sostendré con una serie de inferencias que apoyan la tesis según la cual Mendieta, en virtud de las operaciones de selección del sistema que favorecía

a los poseedores de recursos sociales heredados, no solo ocupó puestos subalternos (mecnógrafo de medio tiempo de Manuel Gamio, formador de cuadros políticos en el PNR, funcionario público de secretarías o direcciones públicas de reciente formación) sino que algún tramo de su trayectoria inicial quedó fuertemente condicionada su continuidad como candidato a la carrera intelectual debido a dificultades de orden personal que lo inhabilitaban para cumplir con los requisitos mínimos de ingreso a la comunidad intelectual y política. En este sentido es que el mecanismo del mecenazgo intelectual y político representa para este trabajo otra de las vías de acceso centrales para una interpretación no sólo de la trayectoria de Mendieta, sino del funcionamiento y regulación del sistema político mexicano, al menos desde el punto de vista del mecanismo de reclutamiento de sus élites.

El fenómeno de la selección y conformación de las posiciones dominantes presupone un esquema de movilización al interior de las élites que incluyen a sectores de la clase media alta. Muchos de los aspirantes a desarrollar una carrera intelectual fueron reclutados de familias acomodadas que sufrían un proceso de descenso social, herederos que veían el riesgo del desclasamiento y la pérdida de ciertas posiciones de status.¹⁶ Cuando están en proceso de descenso familiar, las estrategias tienden a movilizar y conservar cierto tipo de relaciones sociales: el patrimonio de las relaciones personales como parte del capital social que aún permanece a pesar del descenso familiar. Constituye una estrategia de ciertos grupos que están en un proceso de deterioro de su posición social, ya no como detentor del capital económico ni político, pero al menos como empleados del primer círculo de los sectores acomodados.¹⁷ (Miceli, 2012).

Lucio Mendieta ni siquiera pertenece a esta clase de intelectual. Su punto de partida es sensiblemente desventajoso pues carece de “herencia simbólica”, su origen social y familiar le van a imponer una frontera que limitaría su acceso a las posiciones de privilegio del mundo

¹⁶ Sin embargo, este no fue un patrón dominante para el caso mexicano que analizo; aunque existen ejemplos que aluden a estrategias de esa índole como el caso de Lombardo Toledano o el propio Pablo González Casanova

¹⁷ En trabajos como “Poder, sexo e letras na República Velha” e “Intelectuais e classe dirigente no Brasil (1920-45)” en *Intelectuais à brasileira* (2012), Sergio Miceli compone el cuadro de los intelectuales y su relación con las clases dirigentes en Brasil durante la primera mitad del siglo XX a partir de la introducción de elementos relacionados con algunas particularidades del origen familiar: la dinámica social del parentesco dentro de la familia ampliada, el género y el lugar que se ocupa dentro de la fratría, el papel de la madre y la gravitación que tuvo, por ejemplo, la ausencia del padre para toda una generación de intelectuales.

intelectual. Por mi parte me concentraré en resaltar algunos aspectos pertinentes que definieron la forma en que Mendieta, para decirlo metafóricamente, logra sacar un visado que le permitió transitar y escalar a mejores posiciones. Su itinerario es, fundamentalmente, el de un productor cultural condicionado por su situación de subordinación.

Origen familiar y primeros espacios de socialización

Hablar de los intelectuales es reconocer que se está mentando un mundo social diferenciado. Se trata de un grupo que testimonia un tipo de experiencia y de atributos sociales de características singulares. Las experiencias de socialización son relevantes para entender el lugar que este tipo de actor ocupa en la división social del trabajo y las modalidades en que se va a presentar su ingreso al campo profesional. Al enfocar a este grupo social desde la idea de la experiencia social, se inscribe a los intelectuales y su trayectoria dentro de largos periodos de tiempo acumulado. Tanto en personas como en grupos y colectividades, las marcas de experiencia social acumulada orientan y dan contenido a una trayectoria de vida. La familia es uno de los dispositivos sociales que concentra y refleja en mayor medida ese tiempo de sedimentación de la experiencia social.

El sujeto estudiado debe ser ubicado como parte de una familia, y ese origen familiar debe mirarse como la plataforma inicial de conformación de las propiedades sociales con las que ese agente dispone. Esa familia, que a su vez pertenece a un sector social que ocupa una posición determinada en el sistema de estratificación, sostiene la primera etapa formativa del *habitus* con el que cuenta el agente. Esos segmentos diferenciados de capital adquirido en la familia lo predisponen para ingresar en círculos e instituciones de socialización secundaria que completan las cualidades o diferentes capitales con los que va a contar. Por eso no es un objetivo vano ponderar las condiciones familiares como parte central en la exposición del origen social de un sujeto y de su trayectoria vital. Observar a la familia como un contenedor de la experiencia social es fijarse, por ejemplo, en las apuestas y expectativas distintas que la familia realiza (y los criterios simbólicos o cálculos materiales de los que se echa mano para definir esas apuestas) para cada uno de sus miembros; en la diferente composición del linaje paterno y materno, el género, el número de hijos, si el lugar que se ocupa en la familia

es el de primogénito o el menor de los hijos, el rol formativo o de influencia correlativas al padre o a la madre.¹⁸ Fijarse en las diferentes estrategias de reproducción familiar es central, también, para observar las tendencias que toma una familia al estar sometida a procesos de descenso o ascenso social.

Lucio Mendieta nace al interior de una familia en la que su único rasgo de clase media era la alta estima que guardaba sobre la importancia de la educación.¹⁹ De padre militar, la trayectoria educativa de Mendieta debe ser entendida como parte de un recorrido que comprende la transición de un aspirante de provincia a la de un candidato a líder intelectual o político, egresado de las instituciones clave para este propósito.²⁰

¿De dónde se reclutan a las personas que van a conformar los grupos dirigentes? ¿Es relevante hacer un rastreo regional de este proceso? En un país que era predominantemente agrario, ¿cabe preguntarse sobre el origen rural o urbano de los líderes políticos? Para los objetivos de esta tesis, el planteamiento de esas cuestiones es medular para poder establecer una imagen de las dimensiones, rutas de acceso y espacios, ciertamente reducidos y acotados, en las que se llevaba a cabo la vida intelectual. Veremos más adelante que la centralización radical que representó la Ciudad de México es, tanto en infraestructura material como simbólica, el factor organizador más decisivo del mundo cultural. A pesar de ello, otras regiones y centros urbanos adquieren una importancia relativa dependiendo el grado de gravitación que tuvo para las élites políticas regionales el nivel de educación obtenido.²¹

¹⁸ Advertimos que en relación a Lucio Mendieta, los datos sobre el ala materna de su origen familiar son prácticamente nulos. Contamos pues, para esta reconstrucción inicial del origen familiar, con los datos relativos al padre.

¹⁹ “En un país en el que nueve de cada 10 familias pertenecían a los sectores más pobres de la población, solo uno de cada 10 integrantes de esa generación provenía de ellas. A esa décima porción de mexicanos perteneció Mendieta” (Olvera, Margarita 2004 :42)

²⁰ Las cifras que Roderic Camp proporciona sobre los antecedentes de clase de los padres de aquellos educados que devinieron en líderes políticos muestra cómo la generación a la que pertenecía Mendieta, es decir, aquellos sujetos que habían nacido entre 1890 y 1899, un 52% pertenecían a la clase alta y media y un 47% a las clases bajas. Estas cifras sufren una inflexión irreversible en la generación de líderes políticos nacidos entre 1910 y 1919, en donde el 70% de los padres de esos líderes políticos eran de clase media y alta y solo un 30% tenían origen social bajo. (Camp, 1985: 63).

²¹ Como señaló Roderic A. Camp: “Exceptuando a las universidades del Distrito Federal, las escuelas preparatorias más atractivas de México han sido el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca (en la actualidad Universidad Benito Juárez); el colegio de San Nicolás (hoy en día Universidad de Michoacán, Morelia; la universidad de Guadalajara; la universidad de Veracruz en Jalapa y la Universidad de Puebla” (Camp, 1985: 72)

Hacia finales del siglo XIX y principios del XX, Oaxaca entra en esta topografía secundaria de la vida intelectual. El primer factor que nos sirve de pista para sostener esa afirmación es contundente: Benito Juárez y Porfirio Díaz, los dos líderes políticos que dominaron la vida nacional durante toda la segunda mitad del siglo XIX, eran de origen oaxaqueño. Ambos cursaron la carrera de derecho en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca. Ahí ocuparon, sobre todo en el caso de Juárez, importantes cargos tanto académicos como administrativos. El Instituto de Ciencias y Artes era el centro educativo regional más importante del sur del país, su enseñanza tenía un claro matiz humanista. Para finales del siglo XIX ya tenía fama de ser un bastión liberal con una fuerte tendencia anticlerical y positivista. Cabe mencionar que la presencia del Instituto dentro de la comunidad oaxaqueña era intensa, una cantidad importante de estudiantes provenían de comunidades aledañas y en la propia ciudad desarrollaron clubes políticos e intelectuales. El prestigio que otorgaba esa institución da cuenta de un ambiente social que tenía en alta estima la formación educativa como medio de movilidad social. Por otro lado, si bien Juárez representaba el más asombroso ejemplo de ello, eso no significa que fuera un patrón común como vía de movilidad, de hecho, por sus alcances, significó una verdadera excepción.

El otro factor es que, alrededor de 1900 y gracias a la intervención directa de Díaz en su estado natal, Oaxaca tenía el porcentaje más alto de asistencia a la escuela primaria de todo el país (casi tres veces el promedio nacional), lo que ocasionaba que las trayectorias educativas tuvieran mayores posibilidades de proseguir su camino a instancias y niveles educativos superiores (Camp, 1985: 74).

En el momento en que Mendieta cursa el primer año de preparatoria, el Instituto atraviesa un momento de crisis: la matrícula de alumnos es muy reducida y, debido a que el presupuesto cae a niveles mínimos, los profesores se ven obligados a dar clases de forma gratuita. Aun así, ese centro de estudios siguió teniendo influencia para promover las carreras públicas de sus estudiantes, en su mayoría de orígenes humildes, pero solo en una dimensión local. Esta escala, relativa al ámbito de lo local, representa la primera jurisdicción de las aspiraciones y expectativas de un aspirante a la carrera política. El aspirante y su familia podían contentarse con las posibilidades que abría el cruce entre educación y ámbito local; pero también podía existir la posibilidad de brincar la cerca de la influencia local para instalarse en circuitos

regionales. Aquellos que querían ascender aún más, una vez terminados sus estudios en el Instituto, tenían que migrar a la Ciudad de México para encontrar posibilidades de colocación en la escala nacional. En este escalafón que va del ámbito local, a la escala regional y posteriormente a la nacional, se incrusta un patrón de ascenso dispuesto para las elites provincianas y algunos sectores de sus clases medias urbanas (Camp, 1985: 150).

Lucio Mendieta se adelantó a este proceso, pues no se esperó a terminar la preparatoria en el Instituto de Artes sino que, por circunstancias que expondremos a continuación, pudo terminar su preparatoria en la Escuela Nacional Preparatoria, ni más ni menos que la agencia educativa de mayor prestigio del país. El dato adquiere una pertinencia analítica a partir de la dinámica de ascenso familiar que significaba el hecho de dar el salto a la capital del país.

Justino Mendieta: destacado coronel antirrevolucionario

En primer lugar hay que movilizar los datos que son arrojados por la estructura familiar. Dijimos que un agente debe ser ubicado, antes de encontrarlo ya instalado en su posición dentro del campo intelectual, como parte de una estructura familiar. Dentro de los datos que tenemos a disposición, la vía del linaje paterno nos arroja la posibilidad de elaborar algunas inferencias sobre la incipiente trayectoria formativa de Mendieta.

En las primeras semanas del mes de abril de 1911, un teniente del ejército porfirista llamado Justino Mendieta aparece ²² como parte de una exitosa campaña militar para retomar posiciones en contra de los rebeldes revolucionarios adheridos a la revuelta magonista en Mexicali, Baja California. El coronel Miguel Mayol, al mando del 8vo batallón de infantería²³, asignó al capitán primero, Justino Mendieta, la tarea de detener el avance

²² La fuente del dato puede consultarse en el libro de Pablo L. Martínez, "El magonismo en Baja California". Otros autores han señalado la importancia de los hechos ocurridos durante 1911 en Baja California, inscribiéndolos como un capítulo central en la revuelta magonista en lo que apenas significaban los primeros brotes de la revolución armada. Asimismo, la confirmación de que el Justino Mendieta del que hablamos aquí es el padre de Lucio Mendieta la encontramos en: Roderic Ai Camp "Mexican Political Biographies, 1935-2009", Fourth Edition, 2011, University of Texas Press.

²³ Fuerza militar que había cobrado fama en la Secretaría de Guerra y Marina como la unidad militar "mayor y mejor entrenada que hasta entonces había aparecido en la península" (Lowell L. Blaisdell, "La Revolución del desierto, Baja California, 1911", Universidad Autónoma de Baja California, 2005)

sedicioso liderado por el jefe rebelde Luis Rodríguez, ranchero originario de Tecate, apoyado, en su mayoría, por comunidades indígenas de la región. Luego de unos días en batalla, la plaza fue recuperada por el ahora recién nombrado capitán Mendieta el 17 de marzo del mismo año. ²⁴Reportes de la prensa de la época indican, a partir de entrevistas con combatientes de ambos bandos, que fue la pericia del jefe de las fuerzas federales, más que los errores de Luis Rodríguez, lo que inclinó la balanza para las fuerzas de Mendieta.

Días después el capitán primero, Justino Mendieta, se anota otro triunfo al derrotar el contraataque de las fuerzas rebeldes. ²⁵ La suerte de Justino Mendieta quedó desde ese momento atada al destino de ese estado de la república y al de su padrino político, el jefe militar, Esteban Cantú. ²⁶ Justino Mendieta es ascendido al grado de Teniente Coronel y todavía, hacia 1915, aparece en el directorio del diario oficial del Estado de Baja California como jefe de guarnición de la plaza de Ensenada. Al parecer, su relación con Cantú era tan estrecha que fue también asignado como Jefe del Cuerpo de Caballería llamado “Esteban Cantú”.

A partir de esta breve reseña de la carrera militar del padre de Lucio Mendieta, es posible esbozar algunas conclusiones correlativas. Lucio Mendieta ingresa a las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria en el mismo año en que su padre obtiene sus mayores éxitos militares. A pesar de que ya llevaba un año de preparatoria cursado en el prestigioso Instituto de Ciencias de Oaxaca, la familia Mendieta decide doblar la apuesta y envía a su hijo a la capital para que concluya sus estudios en la institución educativa más decisiva a la hora de abrir los canales de colocación política. En el Instituto,

“la mayoría de los estudiantes eran de clase media aunque solo fuera en el sentido de que sus padres apreciaban el valor de la educación. En el verdadero sentido económico, no lo eran. Los padres que disponían de suficientes recursos enviaban a estudiar a sus hijos a la Ciudad de México” (Camp, 1985: 149).

²⁴ Véase: David Piñera Ramírez, “Visión histórica de la frontera norte de México”, Volumen 5.

²⁵ Marco Antonio Samaniego López, El impacto del Maderismo en Baja California, 1911

²⁶ Esteban Cantú se convirtió en el personaje político más influyente del estado: primero jugó sus cartas para Madero, luego para Huerta, que lo ascendió a grado de coronel. Aprovechando que Baja California no gravitó como territorio clave para el proceso revolucionario, al caer Huerta se declara como neutral y salva la disolución del ejército federal decretada por Carranza con el que mantiene relaciones tensas pero logra pactar con él, al grado de gobernar el estado entre 1916 a 1920, año en que Obregón lo obliga a retirarse de la escena política.

Al parecer, los “suficientes recursos” llegaron a las arcas familiares en esa primavera del mes del año 1911. Este dato es también relevante en la medida en que hace más complejo el papel que jugó esa coyuntura histórica en las carreras de los estudiantes que después engrosarían las filas de las élites políticas y culturales. ¿En qué sentido impactó la Revolución en sus carreras? Vemos que este impacto no fue homogéneo ni de la misma naturaleza para todos. Por eso es difícil sostener la idea de que la Revolución supuso una democratización ampliada y sostenida en el acceso y reclutamiento de sus clases dirigentes. Si Mendieta pudo ingresar en la institución de educación media más influyente y reconocida del país, no fue fruto de los cambios impulsados por los grupos descontentos con el régimen de Díaz, sino al contrario, fue una circunstancia particular en la que, su padre, un coronel del ejército porfirista, es decir, un miembro oficial del régimen al cual se le encomendaron labores militares antirrevolucionarias, pudo obtener un reconocimiento de ascenso en la estructura militar que se reflejó, paralelamente, en un sensible ascenso en las expectativas de su hijo que migró ese mismo año a la Ciudad de México.

Un joven provinciano en las aulas de la “Ciudad Letrada”

Lucio Mendieta tuvo, para 1911, la oportunidad de ingresar a la institución educativa que llevaba sobre sus hombros la responsabilidad de significar una oferta educativa que traspasara las barreras del ámbito local. No era una institución cerrada al talle de las elites capitalinas, al contrario, “la Escuela Nacional Preparatoria sirvió como un canal para el reclutamiento de los individuos provenientes de zonas rurales que siguieron carreras políticas” (Camp, 1985: 126). El efecto de embudo de esta institución se vería reforzado por el hecho de ser el principal semillero de líderes políticos. Es decir, se abre el abanico para el acceso no solo de las elites capitalinas sino de las clases medias y altas provincianas, pero al mismo tiempo esto representa un cierre mucho más estrecho para otros sectores menos favorecidos. Seguramente, si otras escuelas de nivel medio hubieran representado el mismo grado de filtración hacia los canales de reclutamiento político, la importancia de la ENP sería relativa, pero esto no fue así salvo en escasos ejemplos donde la educación preparatoria se otorgaba en algunos estados como los que se han mencionado con anterioridad. Por otro lado, los centros de enseñanza de nivel medio en el país pasaron a un periodo de inestabilidad a partir de 1910. Incluso la ENP mantuvo una franja de incertidumbre que obligó a suspender

actividades en forma intermitente. A pesar de ello, la Ciudad de México no fue un foco rojo en la confrontación armada como sí lo serían otras regiones del país. *“Esto atrajo a un gran número de estudiantes de provincia. Como consecuencia de su estabilidad, la Escuela Nacional Preparatoria se convirtió en un centro educativo e intelectual para la mayoría de las personas que continuaron sus estudios en la Universidad”* (Camp, 1985:130).

Más aún, si hablamos en términos de infraestructura, el hecho de que sólo tuviera una sede, el Colegio de San Idelfonso, nos lleva a inferir el alto grado de reconocimiento que había entre la comunidad estudiantil, comunidad que desarrollaba sus actividades en un espacio concentrado en una sola sede y que, en virtud de su estructura, volvía inevitable el encuentro con el otro. En este ambiente estudiantil, el provinciano no era una especie rara o advenediza dentro de la matrícula general de la escuela, por el contrario, al momento de ingresar en esa institución, tanto el joven provinciano como el capitalino, adoptaban el disfraz de iniciación del hombre letrado, asimilando maneras de hablar, de vestir, contactando con similares cuerpos de conocimiento y tradiciones de pensamiento, asumiendo el tutelaje de algún mentor, etc. Los alumnos eran agrupados por el año que cursaban dentro de la ENP, así que había un grupo por cada uno de los cinco años que duraba todo el plan de estudios. Aquellos que llegaban al final no solo podían reconocer a sus compañeros de grados inferiores, sino que la extrema familiaridad con sus compañeros de generación fortaleció aún más sus vínculos afectivos e ideológicos (Camp, 1985, 130).

Ahora bien, las posibilidades de integración de Mendieta en ese nuevo ambiente capitalino no fueron tan sencillas como este último dato sugiere. Algunos de esos alumnos venidos de provincia tenían la necesidad de hospedarse en casas de estudiantes a precios accesibles. Esto ya marcaba una diferencia importante con aquellos que podían hospedarse en casas de familiares o directamente porque su residencia fija era el Distrito Federal. Aunque como señala Garciadiego, el origen social de los estudiantes no tiene una plataforma de datos que corrobore su posición social, es posible *“llegar a la conclusión de que la gran mayoría de esa comunidad provenía de las clases medias y altas, pues solo una minoría de estudiantes gozaba de becas”* (Garciadiego, 2010: 14). Por otro lado, si Mendieta venía de un centro de estudios que gravitaba aún con cierto prestigio y eso le otorgó un pasaporte positivo, no tenía el mismo efecto su antecedente familiar. A diferencia de muchos de los estudiantes que en

esos momentos llenaban las aulas de la ENP, cifra cercana a los 1800 alumnos, Mendieta no tenía las credenciales de procedencia de una familia educada de clase media en la cual se registren títulos académicos. Ni sus padres eran abogados, ni médicos ni ingenieros ni mucho menos escritores o periodistas, ni siquiera comerciantes de clase media. En contraste con algunos de sus compañeros con los que convivía a diario en la ENP, de Mendieta no se tiene registro sobre si tuvo acceso a viajes y a otras esferas de socialización que tuviera como eje la alta cultura.

En relación a los contenidos, la orientación de Lucio Mendieta hacia la abogacía puede explicarse en la medida que en la ENP la base de contenidos más humanísticos y generales, de corte más diletante y literario o de corte más “positivo” o científico, se combinaba con una suerte de propedéutico que tenía como finalidad sentar las primeras bases para aquel que aspiraba a desarrollar profesiones ligadas al ámbito jurídico o médico. Es interesante observar, por ejemplo, la seriación que la ENP imponía a sus alumnos para el estudio de lenguas extranjeras desde las reformas de Gabino Barreda. El latín, en lugar de ser enseñado durante el primer año junto a las llamadas “lenguas vivas”, se enseñaba durante los últimos dos años para que el egresado tuviera más cercana la familiaridad con esa lengua y así *“facilitar los estudios y cultivo de la jurisprudencia y la medicina. Es decir, es útil para el estudio de carreras en las que se ingresa una vez que la preparatoria ha terminado”* (Zea, 1985:122). El inglés, alemán, y sobre todo el francés, como idioma del hombre culto de la época, predisponían al estudiante para su incorporación al mundo cosmopolita, pero no para el requisito más específico que en el siguiente eslabón exigirían las escuelas profesionales de jurisprudencia o medicina. Textos sociológicos fueron incorporados por el propio Barreda que, a su paso por Francia como estudiante de medicina, tuvo contacto con la obra de Comte. Hacia principios de siglo, la ENP ya contaba en su plan de estudios oficial un curso ordinario de sociología. Esta línea de procedencia se mantendría firme incluso en la ENJ bajo el auspicio del profesor Miguel Macedo (Olvera: 2013:69).

Ideológicamente, el alumno ingresaba a un fortín positivista precedido de largas décadas de desarrollo. Durante los años de formación de Lucio Mendieta, que cruzaron ni más ni menos que los años de mayor agitación social y política del proceso revolucionario, la ENP se mantuvo como un bastión conservador, cuando menos resistente a la participación activa en

favor de los revolucionarios. Esto no quiere decir que en el interior del claustro de profesores no hubiera marcadas diferencias que contraponían corrientes diversas y de una enorme pluralidad de tomas de posición. Camp advierte sobre el riesgo de reducir esas instituciones a la ortodoxia positivista. Las tendencias políticas o apolíticas, nacionalistas o cosmopolitas de los profesores más influyentes dan un panorama más plural que lo que el patrón dominante permite observar a primera vista:

“Estos profesores pueden dividirse en varios grupos. El primero incluye a los positivistas, algunos de los cuales eran apolíticos, mientras que otros, que en el salón de clases eran pedagogos objetivos, defendían los principios que ayudaron a defender el régimen de Díaz. El segundo grupo, denominado humanistas fue importante en la destrucción de las columnas intelectuales de la filosofía positivista que sostenía al porfirismo. Por otra parte, no eran partidarios de las ideas neoliberales o de economía socialista que se propagaron después de 1920. El tercer grupo, los liberales, continuaron la línea del pensamiento liberal de la década de 1850 hasta el siglo XX. Defensores por lo general de la Revolución, eran partidarios de la libertad política y de algunas de las reformas sociales moderadas propuestas por ese movimiento, pero apoyaban una estructura económica capitalista sólo ligeramente diferente de la del siglo XIX” (Camp, 1981:146).

Las actitudes entre ortodoxos y heterodoxos, para utilizar la fórmula de Ringer, componen un cuadro de tensiones al interior de ese centro educativo que no responde a la rígida clasificación de “positivista”, más allá de que sea la vara con la que se medían las disidencias, pero tampoco hiperboliza la politización de esa institución a partir del proceso político revolucionario que afrontaba el país en ese momento. Se trataba más bien del balance de fuerzas entre viejas tradiciones y nuevas perspectivas.

Porque si bien es cierto que se trataba de una etapa de formación educativa de nivel medio, completamente transicional, no debemos olvidar que se trató, más allá de los contenidos que ofrecía, de una “institución-trampolín” que proyectaba a sus integrantes hacia el encuentro con un espacio de oportunidades mucho más amplio que lo que la mera formación preparatoria ofrecía. Por eso las relaciones que se establecían eran desde el principio del ingreso una cuestión central para entender la lógica de movilización de un aspirante. Pues lo que en el programa reformador de Gabino Barreda para la ENP puede decantarse, como señaló Leopoldo Zea en su momento, como una “uniformidad de las conciencias” que tenía como fin la uniformización de la sociedad en torno a la obsesión positivista por el orden social y político (Zea: 124), algo que en puede entenderse de forma más objetiva como *experiencia compartida*.

No comparto la idea de que la Revolución, como experiencia compartida por esa generación de estudiantes, significara *de facto* una oportunidad y un incremento de sus expectativas de participación política. Menos cuando en torno a la Revolución se congrega a toda una generación sin atender los casos particulares y las modalidades en las que, dado el caso, se dieron resultados similares como consecuencia directa o indirecta de ese proceso histórico. Es vago afirmar y -todavía más- es muy arriesgado extender el impacto de la Revolución a una “toma de conciencia” colectiva o generacional que terminara siendo el germen de procesos tan distanciados como las tomas de posición de un estudiante preparatoriano y la fundación de una disciplina:

“La experiencia revolucionaria, el desplazamiento de la élite porfirista, así como la apertura que había mostrado hacia todos los universitarios que quisieron colaborar con el régimen carrancista, hizo que los jóvenes estudiantes y profesionistas egresados de la Universidad, comenzaran a tomar consciencia del papel protagónico que podrían tener en la vida pública después del fin de la lucha armada. La previsible reconstrucción nacional que sucedería a esta etapa, así como el consumado desmantelamiento del aparato gubernamental porfirista, abrió un campo inédito a la acción y al pensamiento dentro del cual Lucio Mendieta forjaría su identidad, produciría su obra y contribuiría a la fundación de una nueva disciplina” (Olvera, 2004: 64)

Ni hubo un “consumado desmantelamiento del aparato gubernamental porfirista”, ni tampoco es posible afirmar que durante el decenio del 10 se pudiera establecer la relación entre “reconstrucción nacional” y la apertura a la “acción y pensamiento” que esos “jóvenes estudiantes” tendrían en un futuro. Al contrario, la precariedad política del país durante la Revolución mermó las garantías de estabilidad con las que sí contaron generaciones precedentes de estudiantes durante el porfiriato. Como agentes letrados, los estudiantes de la ENP no podían evitar tener contacto con las fuentes periodísticas y con las discusiones que provocaba el drástico cambio en el sistema político que pasó de la paz porfiriana a un completo clima de inestabilidad y violencia. Es sostenible inferir que el grupo social ligado a instituciones del antiguo régimen, en este caso educativas, viera trastocadas – o cuando menos puestas en suspenso- las garantías de sus expectativas. La fortuna de varios de los jefes de plaza en el mundo cultural durante la década del 10, como Pedro Henríquez Ureña o Alfonso Reyes, refleja la volatilidad de las posiciones.

Así que, lo que no sabía aún esa generación de preparatorianos, incluido el propio Mendieta, es que la revuelta revolucionaria no solo no los entregaría al linchamiento de las masas embravecidas por su domiciliación simbólica ligada al Porfiriato, sino que, al contrario, los

obligaría a ocupar sitios de protagonismo en diferentes niveles de la vida pública. En ese sentido, más que en el contenido ideológico de alguna de las corrientes de pensamiento a su disposición, es que debe entenderse el cariz conservador de esa generación. Ligados por un “espíritu de cuerpo”, la unidad que encontraron entre sí partió de un sentimiento de defensa compartido, un cierre de filas de soldados temerosos y llenos de incertidumbres. En una situación tal, los aspirantes a líderes políticos optaron por seguir el guion de los acontecimientos con disciplina y correcta distancia.²⁷

Ahora bien, durante los años que Mendieta cursó en la ENP (1911-1915), su padre, como ya mencionamos, permaneció en Ensenada como jefe militar y al parecer esto se reflejó en cierta estabilidad económica e incrementó las expectativas profesionales del hijo que, ya desde 1915, se perfilaba para la carrera de abogacía con su ingreso en la Escuela Nacional de Jurisprudencia (ENJ).

En los datos consultados, la pista del padre se pierde a partir de enero del 1916, año en el que, ya como gobierno “político y militar”, Esteban Cantú gobierna el estado de Baja California. En febrero de ese mismo año, Justino Mendieta es removido tanto de su puesto como jefe de armas de Ensenada como del Cuerpo de Caballería.²⁸

Las bondades de “hacerse amigo” en años inciertos: el futuro abogado en la nómina del antropólogo

La suerte de Lucio Mendieta, que había conquistado ya la ruta correcta de movilidad política al pasar de la ENP a la Escuela Nacional de Jurisprudencia (ENJ), se ve ensombrecida el mismo año en que su padre es destituido de cualquier cargo en el gobierno de Baja California. La tendencia cambia, el efímero periodo de ascenso familiar significó para Mendieta el derecho a obtener la membresía en la cantera de intelectuales y políticos de mayor peso en el sistema medio superior, y con ello, el ingreso a la antesala del éxito político o intelectual

²⁷ Para Roderic Camp, esta circunstancia significó el germen de la emblemática disciplina política de la clase dirigente mexicana, característica del partido oficial como del entorno cercano al poder ejecutivo (Camp, 1985)

²⁸ <http://www.bajacalifornia.gob.mx/portal/gobierno/legislacion/periodico/1916/INDICE-ENE-1916.pdf>

representado por la Escuela Nacional de Jurisprudencia (ENJ); ahora, cuando su padre es borrado del entorno político donde ejerció una decidida influencia, la carrera de Mendieta corre el riesgo del fracaso ante la amenaza de una inminente deserción.

¿Por qué es importante “sociologizar” estos datos y no dejarlos como parte de una secuencia anecdótica en la biografía de Lucio Mendieta? ¿Qué elementos aporta para el análisis de su trayectoria intelectual? Porque si estos datos se separan del “contenido” intelectual, si se hace una división entre la biografía y el trabajo con las ideas de un intelectual, como si fueran dimensiones que no se tocan, se dejan de lado las condiciones de posibilidad que permitieron que en última instancia ese sujeto tuviera que vérselas con actividades intelectuales y no con otras actividades inscritas en la división del trabajo. Mendieta se ve obligado desde ese primer momento a mantener una tensión entre sus expectativas intelectuales (derivadas del enorme influjo que significaba para un joven aspirante pertenecer a esas dos instituciones) y el reacomodo de estas expectativas en posiciones y oficios de poca estima intelectual dada la extrema precariedad de su situación de dependencia ante la suerte del padre.

Como acertadamente lo señala Olvera (2004), el origen social de Lucio Mendieta fue una excepción a la regla –y desde luego no la única- de todo aquel que aspiraba a desarrollar una carrera intelectual o política. En este trabajo, sin embargo, he insistido en matizar la idea de que uno de los cambios que trajo la Revolución fue la apertura del sistema de reclutamiento político a nuevos grupos sociales. Señalamos que esto tuvo un carácter transitorio y el reclutamiento de grupos menos favorecidos solo se llevó a cabo durante un breve periodo de tiempo (Camp, 1985; 2013).

En resumen: si Lucio Mendieta pudo migrar a la ciudad de México en el año 1911, es posible inferir que lo hizo a condición de contar con las posibilidades económicas y con las condiciones de formación necesarias para entrar a un centro de estudios de alta exigencia como la ENP. Aprovechó una coyuntura favorable y, desde la propia familia, que funcionó como agencia patrocinadora, se desmarcó del Instituto que para entonces no estaba en condiciones de asegurar un futuro prometedor. La decisión de ir a la ENP debe analizarse en ese sentido como el salto más decisivo que la familia daba para modificar, por la ruta educativa y a través del hijo, sus condiciones de existencia. No fue por medio del ingreso de Lucio Mendieta a la carrera militar, emulando a su padre, ni tampoco se conformó con seguir

en un espacio, el Instituto de Ciencias, que había perdido niveles de competencia y en el cual podía asegurar un horizonte ciertamente más acotado pero libre de obstáculos. Las fichas fueron puestas en su traslado a la Ciudad de México, no como una familia acomodada, sino como resultado directo de acontecimientos favorables para el jefe de familia.

Por otro lado, si su primera formación hubiera carecido de las competencias que adquirió aprovechando las condiciones educativas de su estado natal, alto nivel de alfabetización y una institución de prestigio como el Instituto de Ciencias, simplemente no hubiera cumplido con las condiciones necesarias de ingreso a la ENP. Estas son condicionamientos sociales que no deben obviarse a la hora de registrar la trayectoria de un personaje. Desde este rastreo no solo se pueden hacer conjeturas sino extraer algunas hipótesis sobre las tomas de posición que adoptaría como agente intelectual. A partir de posibles inferencias de los datos disponibles, llamo la atención que 1917 no solo fue el año en que su padre deja de pertenecer a la nómina del gobierno de Baja California donde ocupaba un puesto alto, sino que fue, muy probablemente derivado de esta circunstancia, el año en que Lucio Mendieta piensa abandonar los estudios de derecho que ya había comenzado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, un verdadero invernadero en medio de la trifulca revolucionaria, y fue entonces cuando conoce y se liga a la figura más decisiva de su carrera intelectual: Manuel Gamio. Pero antes de pasar a ese episodio, muy probablemente el más decisivo de su trayectoria formativa, es necesario apuntar algunas cuestiones sobre la ENJ y su gravitación en la escena educativa y política.

Un rasgo distintivo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia fue la poca densidad de alumnos que mantuvo durante toda la década que arrancó en 1910. Aun así, tres camadas de estudiantes fueron decisivas para ese periodo: la que empezó a estudiar derecho en 1915, la llamada “Generación de 1915”, un grupo intermedio fuertemente ligado a la anterior generación en donde destacaron figuras como Cosío Villegas y Narciso Bassols; y la generación que comenzó sus estudios hacia 1918 de donde salieron “Los Contemporáneos”. Como puede apreciarse, el elenco de futuras figuras públicas que desfilaron durante los años en que Mendieta cursó sus estudios en la ENJ marcaría el pulso de la vida política y cultural de las siguientes décadas. La intensa participación política de casi toda la matrícula estudiantil estaba atravesada por una impronta transgeneracional que enlazaba a miembros

recién llegados con figuras estudiantiles consolidadas que pronto integrarían la renovación del claustro de profesores. Las relaciones personales eran, por tanto, muy intensas y de una enorme actividad intelectual y política (Krauze, 1976; Camp, 1981, 1985, 2013; Olvera, 2004, 2013; Mendieta y Núñez, 1959; Torres Bodet, 1969; Silva Herzog, 1979; Garcíadiego, 1997).

Mil novecientos dieciséis fue un año axial para la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Un grupo de estudiantes de la escuela fundaba la Sociedad de Conferencias y Conciertos, iniciativa sostenida por los llamados “Siete Sabios”. Paralelamente, se conformó la Federación de Estudiantes Universitarios del Distrito Federal. Al interior de la ENJ la movilización política no fue mayor a la demanda externa de agentes letrados. Luego de la incertidumbre abierta durante el periodo de Victoriano Huerta, tanto las perspectivas de los estudiantes como sus entornos institucionales fueron adquiriendo un mayor grado de estabilidad hasta convertirse, a partir de 1920, en la principal factoría de líderes políticos del país. Durante el régimen de Carranza, el proceso de cambio en las expectativas estudiantiles tenía ya una tendencia irreversible. Los estudiantes se enlistaron en un circuito intenso de sociabilidades que podía partir de la amistad y el reconocimiento hasta el oportunismo político. Más que nunca, el estatus de “universitario” daba por supuesto un paquete de credenciales que daban acceso al sujeto portador de esos certificados a un círculo de privilegios. Se ratificaba el hecho de que ser estudiante redundaba en una “buena inversión política” donde estaban asegurados cargos públicos desempeñando funciones ajustadas a su preparación, “hacían discursos en la Cámara de Diputados o se volvían consejeros de generales casi analfabetos” (Krauze, 1980:21).

En gran medida, “hacerse amigo” significaba (y lo es todavía) la puerta de acceso a estos círculos de influencia. Lo distintivo de ese periodo es que esa alta densidad de circulación de privilegios y demandas del que era sujeto el trabajo intelectual, se concentraba en un mundillo bastante estrecho donde las líneas de contención entre una generación y otra estaban completamente diluidas gracias a la extensión de lazos afectivos y personales. El tráfico de cargos no dejó de estar apoyado en vínculos personales que seguían la premisa según la cual siendo amigo se podía ser funcionario, o al menos era más fácil la obtención de algún empleo que estuviera directamente ligado a un anillo de influencia salido de la etapa universitaria.

Como quedó expuesto en el segundo capítulo de este trabajo, durante esos años, un mecanismo de reproducción de ese grupo adquirió mayor peso: existía una suerte de reciclaje académico-burocrático, es decir, alumnos recién graduados que de inmediato se convertían en profesores; luego venía la promoción hacia cargos públicos para después volver a los recintos universitarios si era necesario:

“Los estudiantes jóvenes a los que se promovió a las cátedras y cargos gubernamentales fueron numerosos: Lucio Mendieta y Núñez, que ocupó un cargo bajo Manuel Gamio como jefe del Departamento de Población en 1921, impartió en la escuela de jurisprudencia la clase de Derecho Agrario, por solicitarlo así su antiguo compañero, Narciso Bassols [...] Manuel Gómez Morín fue profesor de derecho público cuando se graduó en 1918, y subsecretario de Hacienda en 1919-1921, para ser nombrado después director de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en 1922” (Camp, 1985: 159)

El mismo Lucio Mendieta relata que fue gracias a la intermediación de su compañero de generación, Carlos Noriega Hope -después un notable escritor y guionista de cine y en ese momento ligado al equipo de trabajo de Manuel Gamio en la zona arqueológica de Teotihuacán-, que tuvo la oportunidad de entrar al equipo de trabajo de Gamio y ascender poco a poco en su estima hasta reconocerlo finalmente como su mentor intelectual. El propio Mendieta testifica su asombro por el respaldo que le brindó Gamio desde que lo reclutó:

“A pesar de las limitaciones presupuestales, me dio un empleo de escribiente, el más modesto en la escala burocrática; pero me autorizó para continuar la carrera elegida y llegado el caso, para no asistir a la oficina durante cierto tiempo con objeto de que fuese dable preparar los exámenes de fin de cursos. No podía haber soñado, siquiera, acogida más generosa” (Mendieta, 1979: 56)

La influencia de Gamio ya era notable desde antes del periodo armado de la Revolución. Al terminar la Revolución, Gamio vuelve a la escena nacional y ocupa importantes puestos. Gracias a la puesta en marcha del nacionalismo cultural, que comprendía temas como el indigenismo y el agrarismo, fue que el proyecto intelectual de Gamio tomó un nuevo impulso. En 1917 Gamio encabeza la Dirección de Antropología, plataforma institucional para su proyecto intelectual. Esta Dirección era en realidad un apéndice de una de las Secretarías de Estado que tendrían mayor peso en la siguiente década, la Secretaría de Agricultura y Fomento. Cuatro años más tarde, en 1921, Mendieta inicia su carrera pública al asumir como jefe del Departamento de Población Contemporánea, órgano ligado a la Dirección de Antropología.

En medio de todos estos nuevos temas y proyectos de los que se haría cargo el Estado como rector de la vida política y económica, uno de los temas dominantes que dejó tras de sí la Revolución mexicana en contexto nacional fue el agrarismo popular. Como señala Knight, el agrarismo determinó la suerte de gran parte de los proyectos, reformas y programas “más radicales, estructurales” (Knight: 2010:1320). Los cambios en la tenencia de la tierra los nuevos modelos productivos y los nuevos actores del campo modificaron no solo estructuras económicas sino que tuvieron un impacto decisivo para que la Revolución pudiera ser adjetivada, y tomar forma con ello, como una revolución “agraria” que fue capaz de movilizar a amplios sectores populares. Durante el periodo que arranca hacia 1920, fue cada vez más fuerte la emergencia de “un poderoso grupo de presión agrarista que abarcó a campesinos, políticos y otros simpatizantes, como los artesanos y trabajadores urbanos” (Knight, 2013:318). Como puede observarse, el tema movilizó desde muy temprano a una muy variada muestra de actores y, en razón de que esta fue una política puesta en marcha de manera vertical, los sectores y actores aliados o que mantenían cierto grado de proximidad con la élite política encontraron un espacio de acción auspiciado por uno de los intereses prioritarios del régimen. El indigenismo, como uno de los temas que retomarían las élites políticas e intelectuales a partir de los años 20 ocuparía un lugar estratégico. “Un conjunto de ideas y estudios antropológicos surgidos de la Revolución con el propósito explícito de civilizar (al amparo de la acción gubernamental) a la vasta población indígena para así integrar una nueva cultura nacional (Kourí en Altamirano, 2010, vol. I: 420).

De ahí la aceptación de un intelectual como Gamio que, a pesar de tener credenciales políticas poco presumibles, como la de haber sido alto funcionario del gobierno de Huerta, contaba también con credenciales profesionales excepcionales. Las conexiones académicas de Manuel Gamio, sobre todo con la universidad de Columbia donde residía su mentor intelectual, Franz Boas, le otorgó una línea de crédito para los círculos gubernamentales, primero bajo el régimen de Díaz y luego con distintos líderes políticos e intelectuales surgidos de la Revolución. Como se puede apreciar en su trayectoria, la vocación política de Gamio, reflejada en su convicción de intervenir en los procesos y debates nacionales, superó los límites disciplinares de su trabajo científico. Con toda probabilidad, este fue una de las marcas heredadas a su pupilo Lucio Mendieta que en su momento combinó el trabajo intelectual con el ejercicio público como funcionario. Sus intervenciones en la prensa, en

conferencias y en distintos espacios tanto académicos como de opinión pública, lo motivaron a abanderar una versión nacionalista basada en el indigenismo. 1916 significó la consolidación de ese proyecto con la aparición de su libro “Forjando Patria”. En esos años determinantes para el proyecto intelectual y político de Gamio, Lucio Mendieta ya formaba parte de su nómina, primero en el ya mencionado proyecto de investigación sobre Teotihuacán, y después en la Dirección de Antropología.

El trabajo de Gamio puede ser entendido bajo la encrucijada política y científica, homogeneizar a la raza bajo el imperativo nacionalista quería decir también que el trabajo científico debería ocupar un lugar central para dicho propósito. El mentado “retraso” de las etnias indígenas, según Gamio, puede diagnosticarse a partir del estudio sistemático de sus manifestaciones culturales; requisito previo para las modalidades de integración de esa población al conjunto de la nación y la patria. Seguramente, el contacto de Gamio con diferentes entornos y tradiciones académicas, lo influyó para que él mismo fomentara proyectos en donde intervinieran diferentes profesiones para...

... “la realización de proyectos de investigación integrada –como el que entonces dirigía en Teotihuacán- que incluyera no solo estudios etnológicos, sino también “fisiográficos, biológicos, arqueológicos, históricos y estadísticos-demográficos” en determinadas áreas de la cultura indígena, los cuales servirían de base para la formulación y la implementación de políticas públicas adecuadas y eficaces (Kouri, 2010: 428).

Por otro lado, y como era de esperarse, las reformulaciones legales que había traído consigo el proceso agrarista (relativas al reparto y las nuevas formas de tenencia de la tierra contenidas en el artículo 27 constitucional), demandaron la intervención de juristas, abogados, escribanos, notarios, secretarios, etc. Fue el proceso social agrarista que tuvo como motor la movilización popular y luego el aval de los sectores dirigentes lo que abrió nuevas posiciones para ser ejercidas, nuevos nichos para profesiones ya establecidas como la abogacía.

Es posible entender desde esta serie de presupuestos la vinculación que Mendieta tuvo en sus primeros trabajos intelectuales con la cuestión agraria y étnica, no solo porque se trataba de un tema en boga, sino porque la demanda de sujetos calificados y legitimados para intervenir

en ese proceso fue una prioridad para el Estado.²⁹ Y dado que el agrarismo era ya una vieja cuestión pero que a partir de las reformas realizadas en la constitución del 17 y la asunción de los sonorenses al poder, el tema se recalentó en varios frentes adquiriendo una dinámica nueva. En 1923, es publicado por la editorial Porrúa, el libro *El problema agrario de México*, de Lucio Mendieta, texto que fue acreedor de múltiples reediciones a lo largo de varias décadas.³⁰ Álvaro Obregón había iniciado un periodo de intensa actividad en el ámbito agrario desde la promulgación de la Ley de ejidos de 1920 y los decretos y reglamentos de los años 1921 y 1922, respectivamente. Estas iniciativas levantaron en torno suyo una movilización de recursos, debates y actores que veían en el nuevo escenario un espacio propicio de actuación.

“Es verdad que durante el régimen de Obregón la reforma agraria cobró carácter de un verdadero proceso institucional, o si se quiere, de un movimiento político nacional; procedió siempre por saltos y con un estricto sentido de la oportunidad política, pero se fundaba en una legislación que iba definiendo e inventando los procedimientos y los mecanismos que debían llevarla a término” (Córdova, 1983: 282).

Vemos que después de esos años de incertidumbre que lo llevaron a ligarse como empleado de segunda fila en el proyecto de Gamio, y luego cómo esto influyó para la primera fase de determinación de los temas dominantes de su producción intelectual, la participación de Mendieta en el debate fue, gracias a esas plataformas de apoyo y legitimación simbólica, muy precoz. Esta circunstancia es destacable pues su intervención la hace ya en su papel de experto del tema agrario, apenas unos pocos años después de haberse graduado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y sin llegar aún a la edad de 30 años. Esto sin mencionar que lo hace en una editorial reconocida ya en los círculos intelectuales de la época pues, desde que

²⁹ Lo anterior no quiere decir que desde la llegada de los sonorenses al poder, la aplicación del reparto de tierras y las consecuencias que trajo consigo la figura del ejido fuera algo que caracterizó al gobierno de Obregón o de Calles. Como sabemos fue hasta el sexenio cardenista que esta política se llevó a cabo a una escala importante de acción por parte del Estado. Queremos únicamente señalar que tanto el agrarismo como el anticlericalismo fueron las posturas ideológicas más radicales que adoptó el régimen: “Lo importante es, sin embargo, que para la década de 1920, el agrarismo y el anticlericalismo estaban enganchados tanto en la práctica como en la percepción. Los maestros apoyaban abiertamente las demandas ejidales, la organización de sindicatos, la formación de cooperativas de consumo y las campañas para la creación del salario mínimo o de una legislación procampesina”(Knight, 2013: 318)

³⁰ Este libro tendría un impacto central en los estudios agrarios en México. Mendieta encuentra en el Porfiriato la etapa más problemática para la cuestión de la tierra: grandes concentraciones de tierra a la par de procesos expropiatorios a propiedades comunales. Esta línea de interpretación sería desarrollada más ampliamente por Jesús Silva Herzog en *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*. (1964), FCE, México.

en 1914 tuvo su debut como casa editora de libros bajo la intensa participación de Antonio Castro Leal, otro miembro emblemático de la generación de 1915, la editorial sirvió como una de las más importantes plataformas de divulgación para un gran número de intelectuales y escritores.

De esta manera, las demandas de esos sectores fueron incorporadas a los programas de reorganización del Estado y algunos temas derivados de la movilización popular fueron elevados a rango de políticas de Estado y conformarían los pilares ideológicos de una Revolución, que como resultado de los múltiples actores, intereses y procesos que intervinieron, fue durante mucho tiempo vaga en sus principios y presupuestos.

Uno de los primeros enclaves del cambio del nuevo régimen fue su apuesta por la ampliación de la educación básica bajo la implementación de diferentes proyectos educativos que oscilaron entre las audaces cruzadas culturales y educativas de Vasconcelos, hasta la escuela callista impulsada por Moisés Sainz. Proyectos de esa naturaleza necesitaba de la incorporación de profesionales y expertos en distintas ramas:

“La élite política fue allegándose miembros con formación universitaria, cosmopolitas, profesionales, buena parte de ellos sin lazos individuales o familiares con el estatus revolucionario [...] Los nuevos funcionarios eran jóvenes, a menudo graduados en la Universidad Nacional de México. Serios, perspicaces, enérgicos, deseaban a la vez mantener el funcionamiento sin fricciones del sistema” (Knight, 2010: 1324)

Pocas expresiones tan concentradas como esta para describir a la generación de jóvenes educados que estaban a punto de incorporarse a los oficios de la vida pública: “serios, perspicaces, enérgicos” y sin pureza revolucionaria en su filiación política. Listos para el llamado, estos jóvenes, que habían superado las incertidumbres propias de la Revolución en su etapa armada, fueron ocupando los puestos de mediano y alto rango en la estructura burocrática.

En este contexto es en el que hay que ubicar al joven Mendieta, observar el sistema de relaciones en el que está situado, qué caminos tenía para elegir, qué presiones recibía, ante qué dilemas estaba. La figura de Mendieta debe ser sacada de la crónica edificante y mistificadora, que haga un recuento de su trayectoria bajo el supuesto teleológico de que estaba destinado a ser un intelectual. Al contrario, hay mirar las vicisitudes a las que se enfrentó este proyecto, si se asume que existió como tal. Mendieta tuvo que hacer frente en

las dos décadas que siguieron a 1920 a situaciones personales e institucionales que afectaron su carrera. Intenta hacer una carrera en un México que estaba en un proceso de formación y estabilización de instituciones.

Los espacios de producción cultural son limitados; la universidad está constantemente intervenida por el conflicto político; por otra parte, la escuela más influyente es la de jurisprudencia, la disputa de esa hegemonía por parte de la escuela de economía llega hasta 1934. En estas circunstancias, Mendieta, con aspiraciones intelectuales manifiestas, es un productor cultural que durante los años 20 hace trabajo intelectual combinado con el ejercicio político y funcionarial. Los trabajos propiamente académicos fueron trabajos aislados, -o mejor dicho, ligado a su vinculación funcionarial- y alejados de un proyecto con la continuidad que años después le brindó la plataforma del Instituto. Como ya ha sido señalado, la dependencia de esas funciones, cercanas al Partido Nacional Revolucionario (PNR), puede explicarse por las condiciones de desventaja con las que comenzó a competir por una posición. Fuera de la esfera estatal las posibilidades de hacer carrera intelectual existen pero son limitadas, están los diarios o están las revistas que es financiada con recursos que provenían del estado a falta de un mercado de bienes culturales o de los espacios más limitados donde se registró un mecenazgo de carácter privado.

Intelectual burocrático: instituciones y reclutamiento, sus espacios y sus rutas

¿De dónde proviene el interés por la educación de los sectores medios y altos de una sociedad que, como es el caso de la realidad social estudiada en este trabajo, presentaba índices de alfabetización muy bajos? La formación educativa, a la luz de su importancia en la composición de la élite política, se convierte en el principal mecanismo de reproducción de clase. La familia, como unidad social tendiente a conservar nichos de privilegio, tiene a la mano otras formas de reproducción como las alianzas matrimoniales, la selección del heredero o heredera para ampliar la línea de sucesión, la apuesta por invertir o poner en juego los diferentes tipos de capital que ha acumulado la familia. Pero es sobre todo la educación lo que asegura un certificado válido que trasciende las lógicas internas de la familia y proyecta sus aspiraciones en el marco de la lógica de la *inversión*. La educación media y

superior representó para esos años más que un medio de movilidad social dinámico, una fuente dinámica de reproducción de las clases medias y de los sectores dirigentes.

Como señala Camp, la apertura posrevolucionaria tuvo efectos acotados en la ampliación y democratización del acceso a la educación superior como medio de ascenso social, sus efectos se limitaron a un periodo de tiempo corto y a casos excepcionales que no hicieron más que ratificar la primacía de los sectores acomodados en la lógica de la reproducción vía la educación especializada. El Estado faculta, estimula y protege a las instituciones educativas en tanto instrumento de legitimación y reproducción de clase. La distinción simbólica que adquirirían los educados los ungía de cualidades especiales que los separaban del resto de la población, en la misma lógica que descrita por Bourdieu:

“El acto de clasificación escolar es siempre, pero particularmente en este caso, un acto de ordenación en el doble sentido que esta palabra implica en francés. Este acto instituye una diferencia social de rango, de clasificación, una relación de orden definitiva: los elegidos son marcados, de por vida, por su pertenencia (antiguo alumno de...); ellos son miembros de una orden, en el sentido medieval del término. Y de una orden nobiliaria, conjunto claramente delimitado (en el que se está o no se está) de personas que están separadas del común de los mortales por una diferencia de esencia y están legitimadas, por este hecho, para dominar. En esto también la separación operada por la escuela es también una ordenación en el sentido de consagración, de entronización en una categoría sagrada, una nobleza” (Bourdieu, 2014:98)

En relación al papel que los intelectuales han tenido en la historia de México, la apelación de Bourdieu es solamente una apoyatura sociológica que sintetiza, como vimos en el primer capítulo, una larga tradición que comienza con Weber en su sociología de la religión o su texto sobre los literatos chinos. Sin lugar a dudas, tanto al esquema de Weber como al Bourdieu puede agregarse, para el contexto latinoamericano, las tesis que Ángel Rama desarrolla en “La ciudad letrada”. Guardando distancias y salvando los contextos históricos específicos, la coincidencia analítica es innegable.

La función de “la escritura” consistía en afirmar el orden -y la jerarquía social- dada “su capacidad para expresarlo rigurosamente en el nivel cultural” (Rama, 1998:22). Mientras Bourdieu habla de los “profesionales de la manipulación simbólica”, Rama alude a la “implícita calidad sacerdotal” del grupo letrado que desde la colonia hasta la posrevolución se trasmutó en “múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder [...] ocupando un elevado rango dentro de la sociedad” (Rama, 1998:32). Por tanto, las razones por las que la certificación

educativa es expuesta como mecanismo de reproducción de clase no es tomada a molde del caso francés expuesto por Bourdieu en muchas de sus obras, sino solo un correlato que ayuda a ilustrar de mejor manera el caso aquí desarrollado. En un mecanismo de reproducción de clase de esta naturaleza, los procesos de selección y reclutamiento adquieren una centralidad mayúscula.

¿Por qué es importante hablar de reclutamiento como mecanismos social de selección e ingreso a las elites? Se trata de uno de los enfoques que soportan buena parte de la argumentación para describir la trayectoria de Mendieta. En el mundo moderno, la política y el mundo intelectual están abiertos al concurso de grupos sociales a los que antes se les privaba el acceso. Es en virtud de un cambio social que la lógica del reclutamiento político e intelectual tiene un significado sociológico. No se trata de entender solo una mecánica, sino de inscribir las peculiaridades de ese mecanismo de selección y asignación social al proceso de transformación sufrido por la democratización del acceso. Sería un error mirar el reclutamiento político como parte de una evolución natural de las sociedades que han ingresado pautas democráticas a su sistema político, al contrario, hay que observarlo como parte de un núcleo de contradicciones, recambios y disputas al interior de los grupos dirigentes.

Por estas razones subrayamos la importancia de describir la lógica de ese mecanismo de selección social. Una de las lógicas internas del reclutamiento político e intelectual, está directamente relacionada con la dialéctica existente entre el “heredero” y “desheredado”. Consiste en advertir que en la medida en que los agentes presentan condiciones deficitarias de capital simbólico, cultural, económico, social o político quedan en una situación de mayor dependencia del mecenazgo de la política pública y de los espacios de acción que abre.

Desde luego que, a primera vista, este argumento puede aparecer como una interpretación con sesgos mecanicistas, cuando en realidad se trató de un proceso que vinculó múltiples factores, luchas intestinas entre grupos heterogéneos, personajes y cursos de acción que se resisten a ser catalogados como parte de un modelo. De esta manera se correría el riesgo de que la rigidez del modelo establecido por la vinculación entre formación educativa y liderazgo político eliminara las cualidades más específicas, los aspectos más singulares del proceso de constitución de la burocracia política y, lo que realmente nos interesa en este

trabajo, del proceso de conformación del campo intelectual durante ese periodo. A partir de esta objeción, que más allá de ser una imputación metodológica nos plantea del desafío de poder apoyar en este argumento, no un modelo de clasificación del mundo intelectual mexicano ni del intelectual mexicano de la primera mitad del siglo XX, sino una interpretación que nos permita explorar la posibilidad de establecer una generalización acotada a partir de un caso particular, generalización siempre sujeta a la lógica que impone el ajuste a lo relacionamente posible que el caso particular ayuda a ilustrar. Si nos atenemos a nuestro objetivo particular, puesto ya a prueba en una dimensión más amplia, ¿es el caso de Lucio Mendieta y Núñez un caso particular de una muestra más amplia, de una modalidad de intelectual en el México de ese periodo?

Estimamos que la respuesta puede encontrar claves a partir de preguntas más generales: ¿De qué forma, pues, es utilizado este dato según el cual fue la Universidad Nacional la principal cantera de líderes políticos?, o si se prefiere una formulación más vinculante: ¿por qué aquellos sujetos preparados y dispuestos a desarrollar una carrera intelectual aspiraban, se conformaban o terminaban asumiendo una carrera de orden político en la burocracia mexicana? ¿Qué coyuntura política o qué procesos de continuidad histórica dispuso a esos candidatos a la carrera intelectual en la órbita del poder político del Estado en sus diferentes tentáculos burocráticos? Las élites políticas dirigentes que condujeron los principios reorganizadores del Estado posrevolucionario, ¿asignaron a los intelectuales a puestos del alto rango en la burocracia política de toma de decisiones?, o, por el contrario, ¿fueron reclutados para ocupar posiciones técnico-funcionales que, formalmente, los mantuviera a raya de la disputa del poder político? ¿Se trató, en suma, de una inclusión plena al proceso político o de una exclusión de éste para confinarlos a labores técnicas?

En cierto que las respuestas quedarían solo parcialmente saldadas si se esgrimen las abundantes y rigurosas muestras de recolección de datos, cifras y porcentajes que Roderic Camp expone en varias de sus obras. Aunque esta entrada de la cuestión ya es a todas luces concluyente, nuestra tarea es descubrir cómo esto funcionó como lógica social de reclutamiento y reproducción de clase. El propio Camp presenta avances significativos al respecto. A lo largo de varios trabajos, Camp elabora un análisis, casi de orden poblacional, sobre los líderes políticos, y se da cuenta de algunos componentes homogeneizadores de ese

grupo social. Es llamativo que su pauta de comienzo no sea la trayectoria educativa, está antes la mención del origen predominantemente urbano y de clase media de esta subpoblación diferenciada del resto de la sociedad por sus actividades específicas. Camp no rodea la cuestión preguntándose qué es lo que los candidatos a líderes políticos mexicanos tenían que llegar a ser para ocupar un puesto de mando, sino qué rasgos funcionaban como prerequisites, qué era aquello que debían portar para encontrarse en los rangos de postulación como candidatos y, eventualmente, llegar a instalarse en el circuito de posiciones del poder político o en las posiciones de liderazgo del mundo cultural mexicano.

Fueron las nuevas funciones y demandas de la propia Universidad Nacional lo que estructuraría los vaivenes de la lucha por su plena autonomía. Desde el giro vasconcelista en el discurso inaugural de la Universidad, donde definió una reorientación del papel de la universidad en la sociedad mexicana, hasta el empuje del propio Vasconcelos que tuvo en la discusión sobre la autonomía de la universidad como una de las plataformas de apoyo para su propio proyecto político, pasando por la discusión por la libertad de cátedra de los años 30, la tensión central entre los intelectuales y el Estado estaría en gran parte cifrada por el difícil proceso de constitución de la autonomía universitaria. En el bando opuesto, el régimen emanado de la Revolución mira con recelo a la universidad, antiguo bastión ideológico del viejo régimen y las tensiones se van a reflejar de una u otra hasta la década del 40.

Pasamos ahora a dar un vistazo a la domiciliación generacional de Mendieta. Es cierto que esta filiación es más nomina que estrecha, sobre todo si se vincula a Mendieta con las cabecillas de esta generación. A pesar de ello Mendieta sí conformó un grupo de mediana influencia directamente ligado, por espacios y temporalidad, pero sobre todo en su matriz ideológica, a la generación de 1915

Generación de 1915

La Generación del 15 es indisociable de la Revolución mexicana, fue en muchos sentidos una generación resultante del proceso revolucionario. Es necesario entender de manera

general lo que significaban tanto la ENP como la ENJ como canales de reclutamiento político de la alta burocracia en México. Afortunadamente los testimonios son abundantes al respecto, tanto de los compañeros de generación de Mendieta, como por lo que él mismo manifestó sobre el ambiente de esas instituciones cuando él fue alumno de ellas. Justamente encontramos en ese grupo de estudiantes a la generación más influyente de la etapa posrevolucionaria, la llamada generación de 1915.

El inmediato reclutamiento para ocupar el centro de la vida pública toma a esa generación es una fase de desarrollo, en un momento biográfico donde su papel como productores culturales todavía no estaba definido. Fueron reclutados a medio camino entre la madurez personal y las vagas expectativas que tenían de su papel en los nuevos y convulsos acontecimientos que atravesaba el país. Es decir, a diferencia de los caudillos culturales ya consolidados, estos jóvenes tenían un camino personal por forjar, las oportunidades de participación e intervención en las funciones públicas fueron sentidas no como una parte mecánica de un proceso de selección derivada de su condición de hombres educados, sino que fue vivida por parte de alguno de ellos como un llamado histórico a ser parte de la transformación de un país. La Revolución abrió ese proceso que extendió una convocatoria a sujetos que durante el Porfiriato estaban destinados a vivir del aparato burocrático y cultural del régimen, pero ocupando un segundo plano.

En paralelo a este presupuesto el énfasis está puesto en la primera etapa de la trayectoria intelectual de Mendieta a partir de su inscripción a la llamada Generación de 1915. Desde esta perspectiva es posible entrever que más que un precursor o un líder intelectual visionario, Mendieta fue un intelectual burócrata “desheredado”, marcado por los déficit de capital social, económico y político; pero que fue capaz de heredar arquetipos sociales que atraviesan varios periodos de la historia política del Estado mexicano y su superposición con diferentes proyectos -e instrumentos- de modernización: cacicazgo, verticalidad, patrimonialismo, el liderazgo de Mendieta será enfocado bajo estos arquetipos, tan anclados en el imaginario del sistema político mexicano desde el Porfiriato y consolidados durante los gobiernos posrevolucionarios.

Antes del impacto que tuvo en su movilidad administrativa el activismo político como miembro del partido, o incluso antes de sus producciones propiamente intelectuales, el

periodo formativo de Mendieta en la Escuela Nacional Preparatoria -institución clave para el futuro de las ciencias sociales en México- y su adscripción al temple que caracterizó a la llamada *generación de 1915* fue lo que determinó su biografía intelectual. Para Margarita Olvera, la filiación de Mendieta a esta generación es “*no sólo cronológica, sino vivencial, política y emotiva*” (Olvera, 2004: 42).

Este episodio de la trayectoria de Mendieta es crucial no solo como antecedente para la consolidación de su liderazgo, sino porque son justo los años donde se fijan las primeras pautas de relación entre el Estado posrevolucionario y las comunidades y grupos de técnicos e intelectuales. La generación de 1915 reflejó, quizá más vívidamente que ningún otro grupo, las tensiones inherentes entre el poder y el ejercicio propiamente técnico de diferentes disciplinas.

Una de las consecuencias más visibles que la Revolución dejó tras de sí fue cómo las relaciones entre el poder político y los intelectuales se trastocaron con el relativo ocaso del hombre de letras, más cercano al diletante, y la emergencia del “técnico” experto. No sólo se trató de un proceso político y de recambio de burocracias sino de una fase reconstructiva global del Estado y del proceso paulatino de cambio de paradigma de los patrones culturales e institucionales de la sociedad. Aquí es conveniente detenerse para analizar el cambio de temple entre dos generaciones de intelectuales que gozan de una fama pública y un juicio historiográfico muy distante entre sí, a pesar de que su línea de continuidad histórica es directa. Porque mientras una generación se convirtió en canónica y sus miembros constituyen el centro de referencia en toda la primera mitad del siglo XX con respecto a la cultura mexicana, la otra cayó prácticamente en el olvido, junto a casi todos sus miembros, al grado de que aún es debatible si realmente constituyó un grupo compacto con un programa o una ideología definida. Me refiero al Ateneo de la Juventud, por un lado, y a la antes mencionada Generación de 1915, por el otro. Ambas generaciones provienen de la misma Alma Mater constituida por el circuito entre la Escuela Nacional Preparatoria y la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Para ambas generaciones la relación con el Estado fue determinante (Monsivais, 1976; Martínez, 1997; Krauze, 1980; Gómez, 2002).

Un problema adjunto a estas coordenadas en el estudio y comprensión de lo que se sanciona como una generación, tiene que ver con la frontera que establecen en relación a los valores

históricos y sociales del que parten, así como que se posea la suficiente cohesión interna como para completar una “reunión en el tiempo y en el espacio de un grupo de escritores notables y un percance social de enormes consecuencias para la vida política de una comunidad” (Martínez, 1997:14). Si esto constituye un problema para la generación ateneísta, lo es todavía más para la Generación de 1915 que desde sus documentos fundacionales (Gómez, 1927) fue identificada con una coyuntura histórica que literalmente empujó a decenas de profesionistas e intelectuales a ocupar distintas funciones públicas.

Esta coyuntura ha sido descrita en paralelo a la suerte que corrieron las figuras más influyentes del Ateneo de la Juventud a partir de 1914. En un estudio pionero en establecer el vínculo entre el Ateneo de México y la Generación de 1915, Enrique Krauze ofrece líneas de continuidad y de ruptura dentro de un continuo contacto entre las actitudes intelectuales de ambas generaciones. Lo más llamativo de la lectura de Krauze consiste en que retoma un momento de ocaso de los ateneístas en la vida pública de México argumentando cómo esta circunstancia violentó el ritmo y las modalidades de recambio entre una generación y otra. En los términos en los que Krauze coloca la discusión es notorio que toma como centro de gravedad tanto los acontecimientos de orden político como la trama de decisiones que cada actor asumió frente a determinada coyuntura. Las reacciones fueron tan diversas como lógicas o desconcertantes, según el autor. Las motivaciones de los ateneístas eran, dentro del espectro ideológico y reivindicatorio de las distintas facciones revolucionarias, en el fondo, moderadas y conservadoras: mayor apertura en el mundo de la cultura y las humanidades así como régimen de enseñanza renovado. En la deriva de los acontecimientos, el grupo de los ateneístas facturó paulatinamente las posibilidades de su capital político y el afán de participación en la vida nacional para intervenir decisivamente en su transformación. Esta impronta de intervención en la vida pública fue una de las herencias principales para el grupo de 1915, la cual pareció mejor dotada de reflejos políticos cuando llegó su momento.

Fue precisamente un error de cálculo político lo que dislocó el protagonismo del Ateneo cuando algunos de ellos se integraron al gobierno de Victoriano Huerta. Paralelamente, fue sobre todo a partir de un ejercicio revisionista por parte de Reyes, Ureña y Vasconcelos que la filiación revolucionaria del Ateneo se registró como el correlato cultural, el de las ideas, la tinta y el lápiz, de la Revolución que en paralelo se fraguaba con las armas de los caudillos

militares. Ellos mismos elaboraron un corpus discursivo de una colectividad letrada y con ello pusieron en circulación “*los tópicos de su mitología revolucionaria*” (Martínez, 1997: 16). El vínculo con la sociedad y la historia quedaba sellado al revestirse como la cuna de la emancipación de la cultura hacia nuevas formas de expresión que reflejaran la nueva situación del país. Las paradojas comienzan una vez que esa generación, la del Ateneo, se ve obligada a concebirse como legado o patrimonio literario e intelectual al mismo tiempo que la nueva generación, la de 1915, siente el llamado vocacional a traducir este legado en la construcción de instituciones:

Más que una ruptura generacional o un proyecto generacional fallido, aunque algo de eso existe, podría hablarse de un relevo de generaciones. De haber seguido en México, los ateneístas habrían seguido la ruta de fundadores de instituciones, maestros del “pueblo”, nuevos directores de la vida académica. Al dispersarse con la Revolución, la generación del Ateneo cedió esa responsabilidad a la generación siguiente nacida en la última década del siglo. Esta generación de estudiantes recibió el legado de acción, de movimiento, una responsabilidad político-cultural en lugar de una doctrina: proteger, mejorar y acrecentar las instituciones (escuelas, planes de estudio) que los ateneístas apenas habían tenido tiempo de fundar (Krauze, 1997).

Porque si bien la acción pública del Ateneo fue vigorosa en el plano discursivo, lo cierto es que su participación se vio limitada, pues sus iniciativas ocurrieron en un país en guerra y sin la posibilidad de diseñar un proyecto institucional medianamente garantizado en su continuidad. Y cuando decidieron integrarse lo hicieron bajo el supuesto y la aspiración vasconcelista de aspirar al poder como una élite letrada genéticamente revolucionaria que, como lo señaló Monsiváis, “aceptan la idea de un despotismo ilustrado”, pero renovador de las fuentes de la cultura (Monsiváis, 1976: 326). Al contrario de esta circunstancia, la Generación de 1915 tomó su sitio plenamente como el musculo técnico del régimen hacia el año 1920 cuando los sonorenses tomaron el poder y comenzaron a reclutar a estos “estudiantes” recién graduados.

Si las “responsabilidades” heredadas del Ateneo abarcaban el ámbito político y cultural, las soluciones debían tener un inconfundible sello técnico en su diseño y, desde este punto de

vista, lo más cercano posible de la neutralidad política o lo más lejano posible de la posición crítica. A estas alturas parece inevitable preguntarse sobre las condiciones de sociabilidad política de los técnicos que habían dejado el manto de la intelectualidad letrada con el que se ungió el Ateneo. Porque si bien existió en ambas un significado social con el que impregnaron sus iniciativas, el carácter fue distinto, pues el joven inexperto quizá fuera más optimista sobre el alcance de su actividad pero, paradójicamente, menos ingenuo en su contacto con el poder; es decir, ya no tenían esa aspiración ateneísta de convertirse en el sabio-rey, sino simplemente en el operador detrás del trono o, para utilizar una feliz expresión de Krauze, ser la “eminencia gris” dentro de los actores de poder; no ya el intelectual con sueños de gran estadista, sino el colaborador especializado, el asesor disciplinado y, sobre todo, ser partícipe de las “bondades” del Estado al convertirse clientes sujetos a ciertos privilegios. Por eso su labor se circunscribe a partir de entonces a la posibilidad de integrar soluciones concretas y prácticas.³¹

Así, el intelectual da un salto del mero reconocimiento elitista del cenáculo o círculo literario, al reconocimiento público de su labor gracias a la unción del Estado³², por más específico que resultara su labor. Años más tarde, Mendieta dimensiona las cosas todavía en clave apostólica: *“El profesor ideal es un maestro inteligente del ramo, un investigador productivo, un sintetizador espiritual y, en lo posible un ferviente educador del pueblo y sus dirigentes”* (Mendieta y Núñez, 2004: 86).

Los integrantes de la Generación de 1915 comienzan sus funciones públicas después de una revolución armada, en unas circunstancias donde los espacios de acción eran múltiples y aparecían como ilimitados y urgentes, entre otras cosas por la precaria situación institucional del país en todos los órdenes de gobierno.

³¹ Estos intelectuales van hallando y ejecutando una convicción: el lenguaje más alto de un país nuevo es la técnica. Si su “año cero” es 1915 (la convención mitológica que designa el instante de tránsito del caos y la barbarie a la estabilidad), tratarán invariablemente –de diversos y aun opuestos modos- de apartarse de su génesis, de ahorrarle a México los males del desorden y la improvisación. Nos salvaremos a través del conocimiento riguroso y específico de la acción planificadora, de la perspectiva científica. (Carlos Monsiváis op. cit. p. 1414)

³² “... el grueso del talento, la ambición, la voluntad de triunfo y reconocimiento de México, se ha dirigido a la política y al gobierno, centro de los valores y las consagraciones de la sociedad, alcanzando lo cual todo lo demás viene por añadidura –dinero y prestigio, seguridad y poder.” (Aguilar Camín, 1990:22)

La conducta política del intelectual burócrata debía ceñirse a las pautas que en muchos sentidos el propio sistema político estaba aún por convertir en regla; en gran medida porque el esquema de transferencia o ruptura entre el modo de socialización de la política en antiguo régimen porfirista y la triunfante clase dirigente revolucionaria estaba por definir sus líneas generales o por incorporar aquellas que habían quedado suspendidas. Las relaciones entre el poder y los intelectuales y su evolución institucional coinciden en su etapa de consolidación, también coinciden en su periodo de construcción de las pautas directrices que condicionaron todo el aspecto de la cultura desde la literatura y las artes plásticas hasta el mundo académico en su conjunto. Se trata, pues, de un episodio obligado para entender el proceso en que se institucionalizaron las ciencias sociales en México.

Ocupaciones burocráticas y giros intelectuales

Apenas rebasados los 20 años, Manuel Gómez Morin y Vicente Lombardo Toledano, quizá las figuras más relevantes de la Generación, fueron nombrados como secretario particular del ministro de Hacienda y Oficial Mayor del gobierno del Distrito Federal, respectivamente. El rango de dichos puestos refleja que el sistema político abrió sus vínculos de incorporación a una nueva generación que, en las viejas condiciones del régimen Porfirista, hubiera desempeñado funciones mucho más discretas.

Lucio Mendieta es colocado como jefe del Departamento de Población Contemporánea en la Dirección de Antropología, instancia ligada a la estratégica Secretaría de Agricultura y Fomento a tan solo un año de haber terminado su licenciatura en derecho. De ese momento hasta la fundación del Instituto habrían de pasar más de 18 años en los que su activismo político y sus funciones administrativas, en distintas dependencias del Estado, lo prepararon para encabezar las labores en el Instituto de Investigaciones Sociales. Vemos abrirse una brecha de tiempo de más de tres lustros para que Lucio Mendieta cristalizara la gestación de instituciones educativas y de investigación en el ámbito de las ciencias sociales. Durante esos años Mendieta participó en instituciones recién creadas o profundamente renovadas. Hacer una carrera política como intelectual significaba en gran medida permanecer como “elegible” dentro de un escalafón abierto a ciertas aptitudes y perfiles. Lucio Mendieta cumplía con los

requisitos que al mismo tiempo cerraban el sistema de inscripción para aquellos que no los poseían: origen educativo de prestigio, relaciones con el sector público, formación especializada además de una militancia política activa. Mendieta interviene en la vida política como militante del PNR en un momento donde la carrera política entraba en su fase de institucionalización por parte del partido. Hacia 1929, el periódico oficial del recién fundado PNR refrendaba el principio “no clasista” de la militancia y el reclutamiento; para ello se apoyaría en la premisa de que “un programa político puede contener garantías para los intereses de todos: intelectuales, burgueses y proletarios” (Meyer, 1995). La oportunidad para Mendieta se abre en la medida en que puede colocar su posición como intelectual en alguna función del partido. A partir de 1935, Lucio Mendieta asume la dirección del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del partido oficial. Por tanto, la tarea fundacional del Instituto no fue una actividad nueva para él, pues años antes organizó desde el partido oficial un instituto de corte académico.

Ubicado en este contexto, la carrera de Mendieta se dividió dos modernizaciones que se realizaban en paralelo -la de un Estado diseñando sus instrumentos institucionales y la del campo de las ciencias sociales que intentan atajar por su lado problemas medulares de la sociedad mexicana todavía afectada por las consecuencias de la Revolución mexicana-, lo cierto es que esas “modernizaciones” conllevaron en su seno fuerzas de orden tradicional que plantearon una de las peculiaridades más distintivas del Estado mexicano, a saber, la

“contradicción enorme que nadie ha podido o ha querido resolver: el cuerpo de tecnócratas y de administradores, la burocracia profesional, comparte los privilegios y los riesgos de la administración pública con los amigos, los familiares y favoritos de sus Ministros. La burocracia mexicana es moderna, se propone modernizar al país y sus valores son valores modernos. Frente a ella, a veces como rival y a veces como asociada, se levanta una masa de amigos, parientes y favoritos unidos por lazos de orden personal. [...] Tanto por su situación como por su ideología implícita y su modo de reclutamiento, estos cuerpos cortesanos no son modernos: son una supervivencia del patrimonialismo” (Paz, 1979: 92).

Es posible sostener que los procesos de institucionalización –política, económica, cultural o disciplinar- en México, están fuertemente marcados por esta contradicción al interior de la gestación y organización operativa en la construcción del Estado.

De esta manera, la valoración crítica del papel de Lucio Mendieta pasa (no solo como anecdotario biográfico sino como un antecedente indispensable) por el examen y la descripción de otros ámbitos culturales tales como la naturaleza de la burocracia en México

sobre la que se gestó la institucionalización de la sociología. La línea de flotación de Mendieta dentro del sistema osciló entre el partido y la administración, los dos pilares más decisivos del régimen de la Revolución institucionalizada. El tránsito era natural y políticamente ambientado bajo rituales burocráticos y de reclutamiento bastante afines. Después de todo, Mendieta había visto cómo sus compañeros de aulas en la Escuela Nacional Preparatoria se convirtieron durante dos décadas en los modernos arquitectos institucionales del Estado posrevolucionario, motivados por el imperativo de que “*construir el país es multiplicar las instituciones*” (Monsiváis, 1976: 1415).

Hacia 1920, mucho antes de que la evolución del Estado revelara la contradicción interna descrita por Paz, el país comenzaba a construir su base organizativa con la contribución activa de técnicos improvisados para ocupar puestos en secretarías clave como la de Hacienda y Educación. Porque en la descripción que hace Krauze del cambio de estafeta entre una generación y otra, parece no reparar en el desplazamiento de algunas estructuras y pautas políticas del Porfiriato dentro del nuevo régimen. Una de las consecuencias directas de esa transferencia fue la noción de aprendizaje político que el Ateneo tardó en procesar cuando los acontecimientos que derivaron del conflicto armado se les vinieron encima; en cambio, los jóvenes recién graduados -y “*en estado de permanente pánico*”, como los describe Rama-, daban muestras de que habían aprendido a no estar del lado equivocado, que si querían permanecer en el juego tendrían que aprender sus reglas y entender que las reglas, en un México que se debatía entre el caudillaje y la incipiente institucionalidad, las pone -o las impone- el político dedicado “*al arte de llegar al poder y conservarlo*” (Guzmán, 1992: 148)

Posiciones disponibles para un intelectual en México: ala burocrática-ala intelectual

El sistema de reglas y valores, prácticas e instituciones constituyen el sustrato del que emergieron formas y figuras que caracterizaron la índole del nuevo Estado emanado de la Revolución. Los actores del nuevo escenario político podían cambiar en cuanto a sujetos individuales y hasta en la nueva configuración de actores colectivos y sus respectivas demandas, pero variaron poco en las modalidades de establecer redes con los circuitos del poder.

La ya clásica distinción que hace Xavier Guerra entre sociabilidades de tipo tradicional y las modernas que movieron todo el espectro político del régimen porfirista constituye una lectura invaluable para establecer un paralelo, a veces de contraste y otras de coincidencia, con el mapeo de la política mexicana a partir de 1920. También los más ilustres intelectuales y funcionarios del Porfiriato salieron de las filas de la Escuela Nacional Preparatoria y la Escuela de Jurisprudencia; no era extraño que la preparación de los nuevos delfines de la alta burocracia estuviera tan programada política y socialmente que un recién graduado pudiera encontrar una inmediata colocación.³³

Que esas instituciones educativas siguieran teniendo como una de sus funciones centrales la de reestablecer el reclutamiento político y adaptarlo a las nuevas condiciones demuestra el grado de hibridación entre los viejos y nuevos patrones institucionales. Knight, por ejemplo, desarrolla una interpretación mediadora cuando afirma que ni se trató de una revolución que echara por los aires al antiguo régimen, ni tampoco se trató de una farsa que ocultara la incuestionable continuidad del viejo régimen revestido de nuevas formas y actores. “Sin embargo, esta continuidad de ideas no significaba que la revolución simplemente representó un suave cambio de velocidades, o, para usar otra conocida metáfora técnica, un “parpadeo” en la pantalla de la historia mexicana, tampoco significa que el propio término revolución sea inapropiado. Es verdad que los proyectos revolucionarios no fueron concebidos *de novo*: a diferencia de sus homólogos franceses, los revolucionarios mexicanos no estaban tratando de escribir una *tabula rasa* (Knight, 2013: 279) El peso de las sociabilidades tradicionales consolidadas durante el Porfiriato en la política mexicana del nuevo régimen posrevolucionario reveló que muchas estructuras sociales resistieron los embates del cambio. Los vínculos de parentesco, de grupo, amistad, militares o políticos no perdieron el juego de

³³ Otro ejemplo que se distingue por la fuerza de su trascendencia en la política económica del país durante el régimen de Porfirio Díaz es José Yves Limantour: “... líder cada vez más poderoso de intelectuales y tecnócratas al que se le conoció comúnmente con el nombre de “Los científicos”. Durante la década 1880-1891, desde su cargo de diputado federal, Limantour encabezó varias comisiones de importancia relacionadas con asuntos comerciales y financieros. En diversas ocasiones representó los intereses financieros y diplomáticos de México en el extranjero, y para el 9 de mayo de 1893, fecha en la que fue presentado como secretario de Hacienda [con tan solo 38 años], ya había establecido relaciones cercanas con prominentes economistas, banqueros y financieros en Europa”. (Grunstein, 2012: 82)

dinámicas y contrapesos que caracterizó al antiguo régimen³⁴. Ángel Rama lo describe en los siguientes términos:

“Es el modelo mexicano del porfiriato, que logró sobrevivir a las vicisitudes de la Revolución para reconstruirse victoriosamente desde Carranza (con los mismos viejos hombres) y desde Álvaro Obregón (con pléyade sustitutiva periódicamente) el que permite avizorar las razones que sostuvieron la forma contemporánea de la ciudad letrada. Con una intensidad que no se encontrará con iguales términos en otras capitales latinoamericanas, allí se conjugaron dos fuerzas que se buscaban: el ansia de los letrados para incorporarse a la ciudad letrada que rodeaba el poder central, lo que en otros puntos se presencié, y el ansia de este para atraerlos a su servicio, obtener su cooperación y hasta subsidiarlos, prolongando una áulica tradición colonial que se había comenzado a disolver en muchos otros países” (Rama, 1998: 93).

Para el intelectual burócrata las alianzas políticas necesarias para su colocación seguía rigiéndose en una medida importante bajo el esquema básico del Porfiriato donde

“se distinguen bien los elementos recíprocos del vínculo: por un lado la ayuda intelectual de un grupo de profesionales competentes, por el otro el apoyo oficial para obtener puestos – cargos de diputados y de senadores, de expertos en comisiones u organismos técnicos- para los negocios –concesión de mercados estatales, privilegios fiscales para nuevas industrias, concesión de tierras de colonización-” (Guerra, 1995: 151).

La agudeza de Xavier Guerra no esconde ni un ápice la lógica más instrumental del sistema de conveniencia: el trabajo intelectual era recompensado con “*apoyo oficial para obtener puestos para... los negocios*”. En este sentido, la situación de los intelectuales que integraron a las élites gobernantes después de la Revolución no fue la misma que la de los llamados “científicos”. De ninguna manera queremos señalar que el rasgo de continuidad en la relación

³⁴ El libro de Xavier Guerra, México, del antiguo régimen a la Revolución (1995), fue un parteaguas en la bibliografía histórica de la Revolución pues desmontó la idea de que la Revolución Mexicana representó un corte radical y definitivo con el antiguo régimen. Esta lectura dominó el imaginario colectivo al sostener que nunca nada fue igual después de 1910. El libro de Xavier Guerra plantea que entre el Porfiriato y los gobiernos posrevolucionarios existe una estructura de continuidad: el Estado. Ese Estado con origen en la colonia española, un estado proveedor, protector, patrimonialista, patrocinador, capaz de concesionar el poder con el fin de integrar las partes en una estructura política hegemónica. Las leyes agrarias de la revolución mexicana están pensadas a la luz de las Leyes de Indias. Andrés Molina Enríques (1979) lee la recopilación de las Leyes de Indias en donde el estado es el garante “de la autoridad necesaria para la organización coercitiva” que lleve a cabo una “política integral que en realidad no es sino la virreinal adaptada a las circunstancias” (Molina, 1979).

de los intelectuales con el poder consista en esa lógica instrumental de conveniencia recíproca, sobre todo si se reduce al interés material. Los cambios que la Revolución provocó como proceso social, le dieron

“al gobierno posrevolucionario mayor flexibilidad y capacidad para cambiar y cooptar. Aun transminaban la política, los favores, el peculado y el compadrazgo; pero hubo distribución de recompensas más amplias, sistema de reclutamiento más “meritocrático”, y circulación más rápida de las élites” (Knight: 1318).

Más de una aseveración de Knight en esta última cita resulta cuando menos discutible; pero el fondo del argumento que intenta deslizar el proceso transicional de un régimen a otro indica la combinación de patrones y prácticas de continuidad, y ciertos mecanismos de flexibilización –e inquietantemente no de ruptura- dentro del sistema de reclutamiento y recambio de las élites. Es más, sería erróneo, siguiendo este argumento de Knight, que se diera un carpetazo sobre el grado de homogeneidad de las élites siguiendo la pista de las familias y los individuos que pudieron dar el salto de un régimen a otro sin perder su estatus de privilegio. Esto significaría “deshistorizar” el papel de las élites, separarlos de la sociedad y sus procesos de cambio por los que, por medio de una Revolución, se habían transformado de fondo estructuras políticas y económicas, y en donde muchas de estas transformaciones tuvieron el empuje de una amplia movilización popular.

Nos acercamos así a uno de los problemas centrales al analizar los procesos de institucionalización en diferentes niveles de la administración pública, entre ellas, la educación pública superior. Encontramos en estos casos reflejado una tendencia más general que subyace a las diferentes etapas constructivas de las instituciones del Estado. El fuerte intervencionismo y el autoritarismo centralista del Estado mexicano y de sus instituciones se forjó en gran medida gracias a la poca participación u oposición de actores colectivos, económicos y políticos, muy poco consolidados o deficientemente articulados. Los espacios que estos actores no ocuparon fueron verticalmente copados por el Estado en una relación inversamente proporcional donde, a menor madurez y participación de actores políticos y económicos autónomos, mayor sería la capacidad del Estado de intervenir en estos ámbitos de forma centralizada. El mecanismo por medio del cual el estado concesionaba facultades iniciaba en el momento en que oficializaba la actividad pública, no antes. Las luchas por

generar espacios de relativa autonomía devinieron en procesos bastante dilatados y sin los suficientes soportes institucionales para mantenerse “por fuera” de los tentáculos del Estado.

Una de las figuras que definieron la mentalidad posrevolucionaria, tanto por su peso histórico desde el México independiente como por la centralidad que ocupó durante el conflicto armado fue la del caudillo. Otra, consolidada en el orden social del régimen porfirista, es la de cacique. Ambos términos suelen emplearse indistintamente como sinónimos al referirse a un conjunto de atributos que un sujeto determinado ostenta por su capacidad de influencia y poder, bajo el que efectúa tanto sus propósitos como, en su caso, propósitos colectivos. Cuando Enrique Krauze introduce el término “caudillos culturales” para analizar el papel político de intelectuales como Gómez Morín, Lombardo Toledano, Antonio Caso o Vasconcelos, justifica su apelativo de caudillos por la envergadura de las obras realizadas en la vida pública y cultural del país.

Acá surge una primera distinción entre caudillo y cacique: el impacto y trascendencia de un caudillo intelectual en la vida nacional es mayor a las empresas, podría decirse locales y muy concretas, de un cacique en un entorno con límites más estrechos. Parece ser una cuestión de dimensión y escala, pero el elemento decisivo que se deja entrever es que se trata de un problema de distancia; es decir, el grado de cercanía con el poder. Un caudillo cultural aspira entonces a ser el artífice de una transformación general de la vida pública a partir del estatus adquirido, asume su rol de guía y carga sobre sus hombros el grueso de la responsabilidad cívica; mientras que un cacique se limita a desempeñar una función de administrador de una porción de poder que le ha sido encomendado, de las iniciativas y recursos que se asignan a un ámbito concreto de un engranaje institucional en vías de construcción. Mientras que el caudillo impulsa grandes proyectos y aglutinaba en torno suyo a grupos de diferentes sectores; el cacique se limitaba a promover iniciativas y a armar cuadros afines para instrumentalizarlas. El caudillo genera lealtad y temor, admiración y reverencia; el cacique se conforma con estabilidad de su terruño y de que nada suceda en éste sin que pase por su supervisión. El caudillo cede el poder, lo regionaliza, lo focaliza y le imprime a esta concesión una serie de condiciones que atan al beneficiario; el cacique ejerce y administra el poder en su espacio de proximidad sabiendo que le ha sido delegado. Sobre estas vías de

bifurcación jerarquizada de las responsabilidades y proyectos, el caudillo cultural asigna tareas a aquellos que han sido encomendados, por medio de una selección que comprende múltiples canales y actores, para la realización de tareas más concretas.

El fin del caudillo intelectual no es, pues, la aspiración por ser los artífices de nuevas instituciones, sino la voluntad radical por instaurar en México la regeneración completa de la sociedad mediante la cultura, mediante una

“obra de beneficios colectivos, imponiendo a la realidad cruda y bronca de la Revolución la sublime y ordenada de la ética absoluta y la técnica. Todos ellos fueron hombres con grados universitarios, ideas, libros y conferencias, en su hoja de servicios; hombres que quisieron embridar culturalmente a la Revolución: Caudillos Culturales” (Krauze: 15).

Emprender un cacicazgo, en cambio, significaba en gran medida no sólo construir terreno sino adueñárselo, permanecer en él y erigir desde ahí un centro de gravitación. Construir alianzas, establecer y conservar vínculos era parte del juego. De ahí la necesidad de que intelectuales de distintas disciplinas tuvieran altamente desarrollado el olfato político para oscilar entre las dos burocracias denunciadas por Paz. En un terreno llano, el cacique vierte iniciativas personales y las convierte en públicas.

Lucio Mendieta y Núñez fue ante todo un cacique institucional a la par que intelectual. Sólo dos datos bastan para corroborar esta afirmación: durante veintisiete años fue director del Instituto de Investigaciones Sociales de forma ininterrumpida, y se mantuvo al frente de la Revista Mexicana de Sociología sin un concejo editorial, de tal suerte que de manera unipersonal decidía qué temas y qué artículos serían publicados.

Pensemos que para cuando Mendieta llega al IIS sólo cuenta con equipo de trabajo mínimo que consistía en dos investigadores y una secretaria. Desde ese momento emprende un proyecto de expansión institucional mediante el establecimiento de vínculos institucionales y personales con otras comunidades científicas tanto en México como en el extranjero. Pronto se da cuenta de que necesitaba un instrumento de difusión y enlace, de ahí surge la Revista Mexicana de Sociología (RMS) con la cual se consolida la relación personal con colaboradores de la revista como Alfredo Poviña, Raúl Orgaz o Ricardo Levene de Argentina, Mario Lins de Brasil y los estadounidenses Pitrim Sorokin y Robert Redfield.(Olvera, 2004: 92). Lucio Mendieta reporta con estos proyectos una formación previa de forjador de instituciones y de competencia administrativa, además de tener en claro

la importancia de la generación de vínculos externos. Esto a pesar de que la sociología era una rama totalmente secundaria para las preocupaciones pragmáticas del régimen. Desde esta perspectiva, se vuelve insostenible la tesis según la cual el Estado mexicano necesitaba de los conocimientos técnicos de una disciplina como la sociología y de paso zanjar uno más de los múltiples mecanismos de legitimación del régimen. Sostenemos que el proceso fue a la inversa: justo porque la sociología nace en México ligada a las preocupaciones del Estado y a la necesidad de proyectos e instituciones para llevar a cabo, el proceso de modernización y reestructuración el país, es que puede afirmarse que la institucionalización de la sociología tuvo como eje la búsqueda de legitimación por parte del poder público. Esto sobre todo porque la formación del gremio fue especialmente dilatada en contraposición de otras comunidades mucho más acreditadas.

En general, puede observarse una lógica similar en los procesos de institucionalización de las ciencias sociales: cuando la comunidad de profesionales, especialistas e intelectuales está mejor acreditada por la jerarquización y pertinencia que el Estado otorgó a ciertos problemas; y cohesionada en torno a determinados valores relativos a una tradición, con intereses, bienes y un patrimonio intelectual compartido, entonces es posible constatar una articulación más horizontal y plural de sus liderazgos institucionales³⁵.

Las connotaciones de lo que significa “lo público” en el orden político de las funciones administrativas y, más ampliamente, en su relación con las estructuras de poder del Estado, no dejó nunca de lado la capacidad de influencia de los vínculos tradicionales que transmutaron el sentido de lo público en oportunidades de negocio. Es en este sentido en el que el Estado mexicano, como lo apuntó Paz hacia 1978,

“en su trato con el público y especialmente en la manera de dirigir los asuntos, sigue siendo patrimonialista. En un régimen de este tipo el Jefe de Gobierno – el Príncipe o el Presidente-

³⁵ Es el caso de la economía, que rápidamente se instaló en el escalafón más alto dentro de los temas urgentes para el Estado. Su institucionalización contó con un legado de conocimiento apoyado en una extensa base bibliográfica y un liderazgo diversificado en varias figuras de la talla de Gómez Morín, Jesús Silva-Herzog, Daniel Cosío Villegas, Gonzalo Robles, etc., todos ellos funcionarios emblemáticos en alguna etapa del régimen. En la arquitectura, las nuevas corrientes que harían eco con los ideales revolucionarios fueron impulsadas por una pluralidad de liderazgos que marcaron los parámetros formativos de la disciplina. Juan O’Gorman, Enrique Yañez y Juan Legorreta fundaron la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA) ligada al Politécnico y en donde con participación de Hannes Meyer, se integró el primer curso de urbanismo en México; asimismo, en la Escuela Nacional de Arquitectura José Villagrán, Enrique del Moral y Alberto T. Arai lideraron el cambio de la enseñanza arquitectónica en el país. (Pérez-Rayon, 1990: 33)

consideran al Estado como su patrimonio personal. Por tal razón, el cuerpo de los funcionarios y empleados gubernamentales, de los ministros a los ujieres y de los magistrados y senadores a los porteros, lejos de construir una burocracia impersonal, forman una gran familia política ligada por vínculos de parentesco, amistad, compadrazgo, paisanaje y otros factores de orden personal. El patrimonialismo es la vida privada incrustada en la vida pública.” (Paz, 1978: 40).

Notas sobre la institucionalización de las ciencias sociales y su relación con el Estado

El caso de la Universidad Nacional es muy ilustrativo al respecto pues fue en los vaivenes del periodo revolucionario que la Universidad Nacional adquiere carácter estratégico. Después de la caída de Huerta la educación en México se federaliza, pasando así a ser facultad de las autoridades intermedias a lo largo del territorio nacional. Se actuaba bajo el presupuesto de que la Universidad Nacional fue una institución que reflejaba los valores elitistas del periodo porfirista y, en consecuencia, habría que desmantelarla y darle a los municipios la autoridad y los recursos sobre la educación. Esta situación continúa así hasta 1920 en que Vasconcelos pelea por la federalización de la educación. Cuando llegan los obregonistas se percatan de que el Estado necesita un aparato educativo menos disperso y para eso se necesita que el poder central la retome. Fundan un órgano educativo con presupuesto federal y de dimensiones nacionales, ese instrumento no se llamó Secretaría de Educación Pública, se llamó Universidad Nacional. La Universidad Nacional se funda bajo la impronta vasconcelista antes que un ministerio, dado que este no se puede fundar aún sino hasta que en 1921 cuando queda dictaminado por ley que la administración de la educación ya no caería en los municipios. La Universidad Nacional pasa a ser una dependencia de la Secretaría de Educación y van a trabajar juntas hasta 1929, año en que se consiguió de manera formal la autonomía de la Universidad. Este es uno de los más sobresalientes procesos de construcción de un espacio de sociabilidad de los intelectuales que habían quedado esparcidos o que tenían empresas individuales demasiado centralizadas.

Los intelectuales se ven a sí mismos como servidores del Estado en la medida en que juegan ya un rol dentro de la universidad. El Estado va a avalar y hacerse cargo, de manera institucional, de que el intelectual esté vinculado a un espacio bien diferenciado de otras esferas de la intervención estatal. Porque no sólo se trataba de un mecanismo de cooptación y aquietamiento mediado por un trabajo condicionado por el propio Estado, sino que también

fue necesario pensar y diseñar ese espacio para que fuera lo suficientemente sólido para desarrollar tareas y demandas urgentes para una sociedad que había revelado ya su profunda complejidad: la educación, la economía, las etnias indígenas, las relaciones internacionales, el trabajo. De ahí que los Institutos de Investigación formalicen lo que previamente se daba de manera atomizada cuando, por ejemplo, la secretaría de Agricultura y Fomento, desarrolló un centro de estudios como la Dirección de Antropología en la que Mendieta es nombrado en 1921 jefe del Departamento de Población Contemporánea, al cual estuvo también vinculado Manuel Gamio, mentor directo de la carrera inicial de Mendieta, de sus intereses por los estudios étnicos y sobre el derecho agrario y, también, figura clave para explicar las oportunidades de movilidad política y académica de Mendieta.

Pero en la trayectoria de este proceso, como fue el de la construcción de la Universidad Nacional en una institución de dimensiones socio políticas y que además fungiera como la principal empresa educativa, se desprende de ahí la dicotomía política de mayor gravitación en el periodo posrevolucionario: las tensiones entre el caudillismo y la institucionalización como dos principios mutuamente excluyentes y al mismo tiempo dependientes uno de otro. La necesidad del principio de caudillaje para construir instituciones es uno de los aspectos más paradójicos de la historia moderna de México. Fue un momento en que el caudillo militar por antonomasia de la Revolución, Álvaro Obregón, apoya al caudillo cultural más decisivo del periodo, José Vasconcelos, para la refundación de la educación pública en México.

“... la meta de la revolución sería convertirse en un conjunto institucional, de manera que las aspiraciones que la originaron se convirtieran en usos y costumbres sancionadas por una legislación emanada del propio proceso revolucionario. Sin embargo, esa meta la negaría como revolución. Por lo tanto, el caudillismo sería el elemento que tendería a negar la institucionalización, mientras que ésta habría de afirmarse al ser la negación de la negación” (Matute, 1986: 109-110).

Procesos de institucionalización tan incipientes precisaban entonces una fuente de liderazgo que apelara a raíces más profundas y eficaces; en vez de injertar una suerte de higiénica división del trabajo propia de una burocracia modernizada.³⁶

³⁶ Un caso excepcional fue el Banco de México y la secretaría de Hacienda que desde su fundación propiciaron un servicio profesional de carrera con un altísimo grado de exigencia formativa y de reclutamiento: “Hacienda y el Banco de México se singularizan en el mundo administrativo mexicano. El origen y la formación continua del personal protegen un verdadero *ethos* alimentado por la disciplina y el profesionalismo del medio. Hacienda y el Banco de México reclutan a los alumnos más prominentes de las universidades.” (Rousseau, 2001:71)

En suma, la trayectoria intelectual de Lucio Mendieta, que tuvo como enfoque su primera etapa de desarrollo -sin dejar de atender algunas líneas abiertas para entender lo que fue su función como uno de los protagonistas de la institucionalización de la sociología en México- debe entenderse a partir de los condicionamientos asociados a las circunstancias que rodearon no solamente su trabajo intelectual, en el sentido meramente cognitivo, sino a los condicionamientos exteriores que lo obligaron a tomar determinadas tomas de posición. El peso del Estado debe medirse, como ya se apuntó, como parte de la poca autonomía del campo intelectual frente al poder político. La primera etapa por analizar (1911-1930), ofrece un escenario donde el intelectual depende de forma directa de su cercanía con el poder político. Ante tal cantidad de concentración de recursos materiales y luego de tareas, el Estado ofrece y funda organismos cada vez más especializados. Es evidente que estos tipos de liderazgos como el que encabezó Mendieta y Núñez tenían lugar en donde la institución no estaba desarrollada. ¿Qué grado de diferenciación de funciones guardaban las instituciones de investigación en esa época?, ¿cómo estaban organizadas, qué personal tenían? Estas son preguntas que no sólo se pueden resolver a la luz de lo ocurrido en el IIS sino en las organizaciones análogas que lo precedieron. Un liderazgo así no tiene que ver con una vocación autoritaria del sujeto sino con la necesidad ejecutiva y operativa para emprender tareas constructivas de esa índole en una sociedad donde todavía no hay estructuras burocráticas con funciones diferenciadas, y en unas instituciones académicas que estaban por echar a andar sus órganos colegiados. Pero fue más importante enfocar la trayectoria formativa del agente para deslindar de ahí hábitos y prácticas propias del ejercicio intelectual que tuvieron un correlato institucional y público.

Conclusiones

Lucio Mendieta como “caso particular de los posible”: Lógica y alcances del análisis de trayectoria

Desde un punto de vista sociológico, el análisis de trayectoria desarrollado en este trabajo reviste dos sentidos diferentes pero complementarios: el espacio social y su morfología, por un lado, y el agente que se desenvuelve en ese espacio social. Esa morfología condiciona la acción del agente que tiene incorporada una historia y que a su vez sus acciones revisten un sentido histórico. La acción de ese agente no sólo se explica por esa acumulación incorporada de tiempo, sino que también se entiende puesto en relación con otro agente que forma, como coetáneo, parte de ese espacio social que a su vez está estructurado por relaciones de fuerza en las que se incrusta la trayectoria individual para encontrar un grado determinado de ajuste. Así, las tensiones intermedias entre esas relaciones de fuerza pueden versar, por ejemplo, en el modo en que se establecen prácticas legítimas o recursos para llevar a cabo determinado oficio. Los canales de acceso no son unívocos. En el proceso de acumulación de legitimidad de su carrera intelectual, Mendieta y Núñez se vio orillado a elegir oficios sensiblemente menos gratificantes que otros compañeros suyos de generación a los que les fue reservada una cartera de funciones burocráticas y culturales de alto rango.

Sostenemos que si la interpretación de la figura de Mendieta tiene posibilidades ilustrativas para casos análogos, es a partir de la exposición de algunas características de su trayectoria biográfica e intelectual. Una primera cuestión está en describir cómo una trayectoria como la de Mendieta era posible en el régimen de relaciones de la comunidad intelectual donde se desenvolvió, qué condiciones facilitaron o dificultaron el desarrollo de su carrera intelectual. Esta es una de las razones por las cuales el énfasis está asignado a su etapa formativa y no al de su consolidación. Aquí el análisis plantea una supuesta disyuntiva que debe discutirse en

términos analíticamente más rigurosos. La disyuntiva no solo plantea una cuestión de punto de arranque o de definición, sino que opone una polarización bajo principios cognitivos mutuamente excluyentes desde el punto de vista de la lógica de la disyunción. La radicalización de esta tensión puede expresarse de la siguiente manera: o se da un predominio al análisis relacional que ponga su acento en los datos derivados de las relaciones intersubjetivas, es decir, aquellos núcleos de información emanados de los contactos personales, descritos en los testimonios vertidos en documentales como cartas, memorias, ensayos, etc., donde el sujeto sea interpelado a un nivel de trayectoria biográfica e intelectual, o se enfatiza más una perspectiva que ponga en juego las relaciones objetivas entre la configuración global de una estructura diferenciada de posiciones portadoras, cada una de ellas, de características objetivas derivadas de su colocación en relación al campo de poder, en primer término, y a las relaciones internas que, como campos de una autonomía relativa, se establecen objetivamente entre sí y en las cuales ese sujeto o grupo social adquieren un carácter más estructurado de interpretación. O se orienta el análisis a una posición subjetivista o se desarrolla bajo una perspectiva más sistémica o estructural.

Desde nuestro punto de vista esta no solo es una falsa disyuntiva que pone en riesgo el grado de integralidad de una perspectiva mediadora que, en principio, no ve mutua exclusión entre ambos enfoques, sino la complementariedad de un mismo proceso de análisis. Por esta razón, nos resistimos a descartar el dato biográfico en favor de una suerte de perspectiva orientada a una limitada y errónea interpretación de la historia de las ideas, donde el contexto configurativo de un *zeitgeist*, dé por descontado el proceso de emergencia de ideas y grupos sociales por igual, o, peor aún, imponiendo una respuesta intelectualista de carácter mistificador y esencialista de la experiencia de esos sujetos a partir de su “unción” espiritual o letrada, frecuentemente promovida por los mismos sujetos en el desarrollo de la representación que tienen de sí mismos y de su producción intelectual. Desde una perspectiva de esa índole, la entrada sociológica queda interrumpida en su desarrollo analítico. Con este trabajo intentamos una propuesta de análisis de la trayectoria de Mendieta que al mismo tiempo pueda esbozar una interpretación no solo de la incipiente organización del campo intelectual durante el periodo seleccionado y sus relaciones con el poder político; sino también esbozar el trazado de una tipología de trayectoria intelectual dentro de las trayectorias posibles que permitían las condiciones sociohistóricas de ese periodo.

El Estado mexicano en relación a América Latina adquiere en muy poco tiempo un desarrollo muy complejo. El glosario con el que fue sancionado (estado autoritario, unipersonal, corrupto, antidemocrático, populista) por la historiografía política de los años 80, sacó de la discusión el tema sobre la complejidad de ese sistema político que no era solo un órgano de gobierno, sino que fue un Estado administrador, regulador, programador, dictaminador de proyectos. El Estado es mucho más que un centro de toma de decisiones, sus instrumentos de gobierno son el resultado de procesos sociales que se ponen en marcha y que pudieron, eventualmente, concretizarse en instituciones.

Dentro de este gran almacén institucional, la burocracia intelectual del periodo —entendida en sentido amplio, es decir, aquella que estaba integrada al aparato cultural y, por otro lado, aquellos intelectuales que ocupaban altos cargos en alguna secretaría de Estado— nunca pudo establecer un coto de poder real frente a la capacidad de incorporación y cooptación de amplios sectores sociales que tuvo el diseño gremialista del partido oficial desde su fundación. Esta es una de las conclusiones centrales en la discusión entre intelectuales, burocracia y Estado de este trabajo. Como quedó señalado en el segundo capítulo, una de las audacias más pronunciadas del político profesional, clave en su diferenciación con la alta burocracia intelectual de los años 20 y 30, fue la de asumir el transformismo hacia la figura del hombre de negocios, del gerente-técnico que se hacía cargos de asuntos públicos desde una lógica de discrecionalidad y clientelismo político. En un escenario tal, *“es evidente que entonces los procesos y compromisos decisorios de las partes interesadas se darían incluso con menos controles que antes, a puerta cerrada, desde sus consorcios inoficiales. Quien inmediatamente hallaría su cuenta de lo más inmediato [...] no sería el dirigente político, sino el astuto hombre de negocios”* (Weber, 1991: 135).

Por su parte, el relato historiográfico sobre los inicios de la institucionalización de la sociología en México, que dentro de sus tareas tiene la de establecer una clasificación de actividades, autores, textos, paradigmas teóricos, etc; intentará, por añadidura, situar el grueso de la labor intelectual en el panorama general de una sociedad compuesto por la historia, la política y todas las instituciones afines a un ambiente cultural determinado. Es medular poder comprender la experiencia de la temporalidad histórica de una generación o un grupo de actores para poder explicar los procesos de socialización de una tradición

mediante las modalidades de transmisión generacional no solo de las ideas, sino de la forma en que estos grupos generan prácticas y hábitos (intelectuales o extra intelectuales) propios, a la vez que no pueden evadir su condición de subordinación, real o simbólica, con respecto al poder político. Por esta razón consideramos que una de las aportaciones más sólidas del trabajo desarrollado aquí fue la de inscribir al agente en el sistema de relaciones de fuerza propias del campo intelectual pero también de las ejercidas por el conjunto de actores e instituciones –formales e informales- inscritas en el campo del poder, particularmente, las relativas al poder político y a las lógicas internas de las estructuras burocráticas del Estado.

Durante casi toda la primera mitad del siglo XX, al menos hasta antes de la década del 40, la universidad no ocupó un espacio central en la gestión del mundo de la cultura; eran más bien personajes individuales que dieron una interpretación biográfica a la revolución y sus resonancias culturales. En México hubo un circuito restringido de revistas, periódicos y editoriales que funcionan como plataformas institucionales que desplazaron el papel de la universidad en el circuito de las élites letradas. A esto hay que agregar, como he venido insistiendo, que en México no hay un mercado interno de bienes culturales, es el Estado, nuevamente, el que tiene que ocupar ese vacío. Una precaria y lenta consolidación de las clases medias más las concentradas oportunidades de educación en élites letradas ligadas al gobierno configuraron un esquema de relaciones e interdependencia entre los intelectuales y el poder.

Porque si las publicaciones gráficas y editoriales independientes, el circuito alternativo de producciones artísticas o intelectuales y los colectivos autónomos que llevan a cabo iniciativas que impactan la vida cultural suelen mantener distancia con el poder político, es posible concluir que si esos circuitos por donde se lleva a cabo la producción, circulación y consumo de bienes culturales no están desarrollados o se encuentran en situación de atrofia, cobrará más fuerza el rol del Estado para cumplir funciones de mecenazgo. De hecho, al contrario de lo que pudiera suponerse a primera vista, el mundo académico, por su proximidad y dependencia directa o mutua conveniencia y su carácter burocrático y centralizador, es más susceptible a convertirse en un espacio conservador. Esta dependencia o precaria autonomía que históricamente guardan las instituciones académicas con el poder público, confecciona un tipo de productor (y de producto) intelectual en constante tensión

con las élites políticas o con los recursos que ponen a su disposición. Los centros universitarios pueden entenderse como epicentro de la producción científica y bastión principal de la comunicación de conocimiento en una sociedad, pero su relación tanto con el poder político como con su “patrocinadores” particulares está sometida a un régimen incierto que inhibe la posibilidad de mirar estos establecimientos como instituciones fijas, independientes e imperturbables. Por derivación, el intelectual inscrito a tal o cual centro universitario va a quedar condicionado por el juego de tensiones que esa universidad mantenga con el poder político. Incluso, agregando un factor más de variabilidad, esa relación también se verá trastocada a partir de la discriminación por disciplina o facultad y de las tensiones entre éstas entre sí y la que cada una por separado mantiene con la autoridad central de la universidad, condicionada a su vez por el poder político.

Los campus universitarios modernos y el tipo de intelectual que produjo así como los géneros y bienes culturales producidos en su interior representan la historia de un largo proceso de consolidación institucional. Fue a partir de que la universidad se convirtió en el nicho vocacional moderno más extendido que su afianzamiento como plataforma institucional se desarrolló en paralelo de la profesionalización del intelectual académico. Las universidades, que apoyaron su modernización más desarrollada en la una doble faceta, compuesta por la enseñanza y la investigación, albergaron toda suerte de perfiles intelectuales que sembraron sus trincheras disciplinares a lo largo y ancho de los campus universitarios. Sin embargo, la tarea de definir a un intelectual a partir de suscribirlo al sistema universitario plantea la cuestión del alcance de sus funciones y la naturaleza variada que presentan las distintas disciplinas que se imparten en una institución académica, amén de las diferentes estructuras organizativas que regulan su funcionamiento.

Detrás de estas conclusiones subyace una posible ruta de interpretación fundada en la idea de que las disciplinas científicas, en este caso la sociología, llevan la marca indeleble de quienes fueron sus fundadores y establecieron los primeros hábitos intelectuales, de los que se derivan, por ejemplo, la identidad o no identidad del ejercicio profesional, la posibilidad o imposibilidad de forjar una tradición propia, de conformar o no una base de legatarios dispuestos a proseguir con el proyecto de especialización e investigación necesario para todo campo científico, etcétera. Bajo esta perspectiva, la figura de Mendieta vista desde su

trayectoria formativa (que de hecho ya nos coloca en el problema derivado de su hibridación profesional al pasar de abogado a científico social) nos coloca de cara a una reinterpretación no solo de su figura, sino de las tendencias que tomó la disciplina a partir de su liderazgo; liderazgo explicable, en más de un sentido, en función de su experiencia formativa. Tomando estos puntos de apoyo, y no las erráticas preconcepciones tomadas al inicio de la investigación, es que se pueden derivar algunas conclusiones sobre el dilatado –y frecuentemente fallido– proceso de consolidación de la práctica sociológica en México, juzgada a partir de los índices de cientificidad que manifiesta de forma objetiva, o si se quiere, de los métodos y temas desarrollados por la práctica sociológica en nuestro país. Nominalmente, Mendieta y Núñez ha sido identificado en la historia de la disciplina bajo la figura de “fundador”, como el líder intelectual que llevó a cabo el proyecto de institucionalizar la sociología en México. Sin embargo, Mendieta cumple más con las características de un “precursor”, al menos desde el punto de vista que impide asegurar que su figura fue capaz de establecer una escuela, un grupo de investigación que siguiera y se formara bajo patrones de investigación derivados de forma directa del liderazgo intelectual de Mendieta. Esto no sucedió así para la sociología mexicana. Las razones que explican el fallido liderazgo intelectual, con todo lo que en este sentido implica el apelativo de “intelectual”, al interior de la disciplina (no solo de Mendieta, sino del proyecto emprendido por Medina Echavarría hacia finales de los años 30, o incluso el impacto la originalidad de la obra de González Casanova) deben buscarse bajo la orientación de una visión sociohistórica más amplia del campo intelectual en México, particularmente en su relación no solo con el poder político, sino con la cultura política que determina la naturaleza particular de los liderazgos en los centros de mayor peso en la enseñanza e investigación de la disciplina y de sus espacios institucionales como plataformas “políticas” en constante disputa y no como plataformas de investigación colegiada. Sólo así se podrán extraer conclusiones menos reduccionistas sobre la historia de la disciplina en México.

Bajo este supuesto, la figura de Lucio Mendieta como aspirante, como intelectual desheredado, que se formó en espacios de socialización ligados a la militancia política, nos conduce a entender algunas claves que caracterizaron su liderazgo y que orientaron tanto la práctica como la organización institucional de la disciplina en México. El patrón de cacicazgo institucional en detrimento de liderazgos intelectuales capaces de desarrollar una tradición

de investigación y, por ende, una notable ausencia de formación de equipos de trabajo, de precursores y legatarios, poca profesionalización. Si a esto se le agrega que la sociología en México, a diferencia de la economía, fue desde sus inicios una disciplina de segundo rango para los intereses del Estado y que sus posibilidades de expansión se vieron más limitadas, puede inferirse de ahí algunas de los déficits que perduraron en la conformación de la disciplina. A esto debe sumarse también la verticalidad burocrática con la que se fincó el sistema universitario y el más reciente sistema de evaluación del trabajo de los investigadores. Al analizar la conformación del aparato cultural de ese periodo, fundacional en más de un sentido para la suerte del sistema educativo superior y público, nos percatamos de la intrínseca relación de dependencia entre el Estado y la universidad, encontramos pistas sociohistóricas de la politización de los espacios académicos. Esta línea representa una oportunidad para ensayar una vía de interpretación del origen institucional de la disciplina y, de manera ampliada, de la génesis en la institucionalización y burocratización del sistema educativo superior.

Bibliografía

Aguilar Camín, Héctor (1984): *Saldo de la Revolución*. Ediciones Océano, México.

— (1990): *Después del milagro*, Cal y Arena, México.

Altamirano, Carlos, edit. (2010): *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*. Katz, Buenos Aires.

Ben-David, Joseph (1974): *El papel de los científicos en la sociedad. Un estudio comparativo*. Ed. Trillas. México.

- Collins, Randall (1966): Social factors in the Origins of a New Science: The Case of Psychology, American Sociological Review, Vol. 31, N. 4, pp. 451-465. Para la cita utilizada en este trabajo: “Los factores sociales en los orígenes de una ciencia nueva: el caso de la psicología” Traducción: Hernán Scholten.

Bourdieu, Pierre (2000): *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona.

Bourdieu, Pierre y Loïc Waquant, (2008): *Invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI, Buenos Aires.

- (2003): *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- (2008): *Capital cultural, escuela y espacio social*, siglo XXI, Buenos Aires.
- (2010): *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- (2011): *Las estrategias de la reproducción social*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- (2011b): *Las estrategias de reproducción social*, siglo XXI México
- (2014): *Homo academicus*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- (2014): *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires.
- (2015): *La nobleza de Estado: educación de élite y espíritu de cuerpo*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Camp, Roderic (1981): *La formación de un gobernante*, FCE, México

- (1985): *Los líderes políticos de México, su educación y reclutamiento*, FCE, México.
- (2013): *Metamorfosis del liderazgo en el México democrático*, FCE, México.
- (1995): *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo XX*, FCE, México.

Camp, Roderic, Charles Hale, Josefina Zoraida (1991): *Los Intelectuales y el poder en México*, Colegio de México.

Córdova, Arnaldo (1972): *La formación del poder político en México*, Ediciones Era, México 1972.

- (1983) *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM), México.
- Coser, Lewis (1980) *Hombres de ideas*, FCE, México.
- Díaz Arcienega, Víctor (1989): *Querella por la cultura revolucionaria* (1925), FCE, México.
- Dreyfus, F. (2012): *La invención de la burocracia. Servir al Estado en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, siglos XVIII-XX*, Editorial Biblos, Buenos Aires
- Gamio, Manuel (1916): *Forjando patria*, Porrúa, México.
- Garciadiego, Javier (2000): *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, El Colegio de México, México.
- (2010) “Intelectuales y poder revolucionario” en *Historia de los intelectuales en América Latina, Vol. II, Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*. Carlos Altamirano (director), Buenos Aires.
- Garrido, Javier (1982): *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del Nuevo Estado en México 1928-1945*, Siglo XXI, México.
- Guerra, Francois-Xavier (1995): *México: del antiguo Régimen a la Revolución*, Vol. II FCE, México
- Gómez, Luis (2002): *Manuel Gómez Morín*. Planeta Agostini, México.
- Grunstein, Arturo (2012): *CONSOLIDADOS: José Yves Limantour y la formación de Ferrocarriles Nacionales de México*, CONACULTA, México.
- Halperin Donghi, Tulio (1972): *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid.
- Hegel, Friederich (2004) *Principios de la filosofía del derecho*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Knight, Alan (2010): *La Revolución mexicana*, FCE, México.
- (2013): Repensar la Revolución mexicana, “La Revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista o simplemente una “gran rebelión”? tomo II, El Colegio de México, México.
- Krauze, Enrique (1976): *Los caudillos culturales de la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México.
- (1980) *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*. Joaquín Mortiz, México.
- Jean Meyer y Cayetano Reyes, (1977): *Historia de la Revolución mexicana*, “La reconstrucción económica”, tomo 10, El Colegio de México, México.
- Matute, Álvaro (1986): *Evolución del Estado mexicano*, Volumen II “Reestructuración 1910-1940”, Ediciones El Caballito, México
- Mannheim, Karl (1963) *Ensayos sobre sociología y psicología social*, FCE, México.
- (1993a): *El problema de las generaciones*, REIS, n. 62, Madrid.

- (1993b) *Ideología y utopía*, FCE, México
- Mendieta y Núñez, Lucio (1937): *El problema agrario en México*, Porrúa, México.
- (1959): *Historia de la Facultad de Derecho*, Dir. Gral. de Publicaciones, UNAM, México.
 - (1951): *Homenajes, Augusto Comte, Emilio Durkheim y Manuel Gamio*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.
 - (1979): *Tres ensayos sociológicos. Augusto Comte, Emilio Durkheim, Manuel Gamio*, UNAM, México.
- Molina Enríquez, Manuel (1979): *Los grandes problemas nacionales*, ERA, México.
- Monsiváis, Carlos (1981): “Notas sobre la cultura mexicana del siglo XX” en *Historia general de México*, tomo 2, El Colegio de México, México.
- Moya, Laura (2013): *José Medina Echavarría y la sociología como ciencia social (1939-1980)*. El Colegio de México, México.
- Murillo de Carvalho: 1997
- Neddell, Jeffrey (2012): 367 *Belle époque tropical. Sociedad y cultura de élite en Río de Janeiro a finales del siglo XIX y principios del XX*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Nisbet, Robert (2009): *La formación del pensamiento sociológico*, Amorrortu, tomo II, Buenos Aires
- Olvera, Margarita (2004) *Lucio Mendieta y Núñez y la institucionalización de la sociología en México, 1939-1965*. Universidad Autónoma Metropolitana unidad Azcapotzalco. México
- (2013): *Economía y Sociología en México. Revistas especializadas, liderazgos y procesos de institucionalización, 1928-1959*, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, México.
- Paz, Octavio (1979): *El ogro filantrópico*, Joaquín Mortiz, México.
- Pérez-Rayón, Reinaldo (1990): *Obras e ideas*, Instituto Politécnico Nacional, México
- Poggi, Gianfrano (2005): *Encuentro con Max Weber*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Rama, Ángel (1998): *La ciudad letrada*, Arca, Montevideo
- Remi Lenoir, *Objeto sociológico y problema social*, en “Iniciación a la práctica sociológica”, Buenos Aires, 1993,
- Ringer, Fritz (1995) *El ocaso de los mandarines alemanes. La comunidad académica alemana, 1890-1933*, Ediciones Pomares, Barcelona.
- Ross, Stanley (1981): *¿Ha muerto la Revolución mexicana?*, Premio editores, México.
- Rousseau, Isabelle (2001): *México: ¿una revolución silenciosa? Élités gubernamentales y proyecto de modernización (1970-1995)*, El Colegio de México, México.
- Sabine, George (1968): *Historia de la Teoría Política*, Fondo de Cultura Económica, México.

Schorske, Carl (2011): *La Viena de fin de siglo*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

Vessuri, Hebe (2007): *“O inventamos o erramos”. La ciencia como idea fuerza en América Latina*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

Torres Bodet, Jaime (1969): *Años contra el tiempo*, Porrúa, México.

Weber, Max (1981): *Economía y sociedad*, FCE, México

- (1991): “Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada” en *Escritos políticos*, Alianza, Madrid.
- (1985): *Ensayos de sociología contemporánea*, tomo II, Planeta Agostini.
- (2009) *El político y el científico*, Prometeo libros, Buenos Aires.

Zabludovsky, Gina (2007): “Burocracia. Tecnocracia y modelos posempresariales”, *Sociología y cambio conceptual*, Siglo XXI, México.

Zea, Leopoldo (1985): *El positivismo y la circunstancia mexicana*, FCE, México